

Novelas
de
Don Antonio Fedesma
Sin publicar

Don Adolfo
El Diacono Dionisio o Triunfo del Cristo.
Lo que queda del pasado

- Como Primeros -

1/

Don ~~de~~ Adolfo.

1

Pobre Adolfo, ¿le podía negarse talento, imagi-
nación, valor, generosidad; una porción de virtudes
de la voluntad y de la inteligencia; pero carecer
de lo que vulgarmente llamamos don de gentío.

1 Había hecho sus estudios con aprovechamiento, y cuando capitó la oportunidad de ser profesor, se sacrificó mil veces por sus amigos y no los tomaba de veras; amó y le pagó con valerosidad: creó trabajos estu-
diosos y no tuvo lectores; había que apenas para los que se paraban por las artes, singularmente por la química, eran en llego a la química, por lo que los parientes del artista.

~~Arlequin~~ Arlequin. Decidida que era adusto, orgulloso, que jamás perdona una vida, y en el fondo tenía un carácter suave, dócil, benévolo, humilde sin afectación y transigente con todos el mundo.

Aquel semblante rígido, exigüo,
de que no podía prescindir ~~para la causa~~
de junción tan ardua, ~~era~~ ^{Ora adito resultaba estrimado}
de unas cuantas líneas apries de sus ojos
y de su nariz, d su frente y de sus fincados
labios. A primera vista pareciera en
contra; pero, en realidad, aquella máscara
taciturna, ~~resultaba~~ ^{estaba} el centefor de un equi-
ta bello y platónico.

Alguna parte de responsabilidad
cabele, sin embargo, a la atmósfera creativa
o a la simbiosis ~~que~~ ^{de} no haber intentado

jamás desmayarse, había que se equivocaban todos al juzgarse, que acudía á su defensa, como otros, para defender, con gran vicia palabrería, la primera impresión de la gente. Él dejaba correr las cosas algunas vez esas injusticias le arrancaban una sonrisa triste. Pensaba, sin darse, que ~~la gente~~ tenía d'idea ir por todas partes diciendo: "Buenos señores, que yo no soy la que parecen, tengan entendido que la cara, el pelo del alma, en ocasiones, como los señores enojos, en vez de enojada, la desfigura", etc. creyendo cada cual lo que quisiera, en el fondo era como una gran espíritu no estaba molesto por una línea recta a ninguna curva, o por una línea curva a una situación.

actuados. Del caso es que no ~~parece~~^{parece} una hom-
bre por, impudico, brutal encarnado; ni de esos
que han sido llamados y corren apurados en
sus ocultos simpatías de la deformidad fi-
sica o moral. ~~El~~^{El} ~~Bombero~~^{Bombero} ~~vicio~~^{vicio}, adusto, or-
quillo, pero varonilmente fuerte y avara
elaboración.

Meloboris su calce trinquicefale ~~an~~ ^y ~~Schubert~~,
luminosa, ~~cristallina~~ ricordata ^{esister} ~~in~~ ⁱⁿ ~~un~~ ^{un} ~~numero~~ ^{numero}
del Museo Capitolino; su fronte depigata.

desarrollaba el hombro de manera varon, no
exento por ello de pasiones; ~~tan~~ labios gruesos,
~~patricios~~ ~~exaltados~~ ~~coléricos~~ era
nada en su aspecto, su musculatura, recia,
primaria de todo, como por cima del
hombro, no era por pronunciación, sino por
conformación natural de aquel cuerpo
esclavista, y de aquella cabeza, que parecía
siempre dispuesta a la entremetida,

Los desahucios de consideracion
no pocos desquilaron, y se enagoraron las
tristes amistades. Muerta magnanimamente
casi siempre; abriendo en sus pensamientos,
y no repartaba en nadie. Como correspondia
a los sabidos, a lo mejor de él se acordaba
de cada la vida, cuando debia, o lo que
brincamos la con cualquier y regularidad
te, como se tentaba de con un amolillo.
Y después cuando oia en la sala, ~~la~~
~~lectura~~ ^{lecturable} de un libro de mejor modo, pero el
amor propio ofendido de los demás, no solia
darle por satisfecho.

en fin, era hombre para comenzar
una, no dado a presenciar el teatro social, con
temperativo y meditador; entregado a ideas y
nuestros diálogos con un tipo de expresión de
mar, que se complacía en ir repugnando,

dañados el bello color tostado de las mu-
lles otras que ya tenía ceñoladas, y guinda-
das en su pequeños musos de peruados.

Había quedado la carcasa de Caracas,
más por lo que que por necesidad; un pul, de
puro de doctorado, no parece en hacer más
quena oposición, y al cabo de ~~tanto~~ se volvió
a vivir, a una posición que era de ~~su vida~~,
que formaba parte de su candela, y ~~unos~~ dos
leguas de eliraturar, en un pusblucillo ro-
deado de narrajes, situando a las marques,
de un río casi seco; aldea de blancas casitas,
que arrocaban hasta el declive de un
cerro, dándose la mano con huanziles
cueras, que más arriba clavotaban de
agujeros al terreno, ~~placando~~ al especto
de una aviso.

L.L.

La aldea del Reyol torcia para el del
atractivos singulares, de una posición
mucha el ambiente de aquellas torcas
de haja por una de blanca flor y de
docenas jóvenes, ni la perspectiva de
aquellas vegas placidas, por donde el agua
de las torcas del río corría batlucera,
en campos sombreados de higuera en la
franja avanzada de el terreno más monito

a su misma visio; la cara, alimentando
pasiones y deseos de perder.

Don Dolfo aia las conversaciones de
sus visitantes, terciaba de vez en cuando
en ellas y otras cosas se parlaron todo, cualis
a jugar al ajedrez, aunque se alargaban
algunas horas chicas.

Ades dió, como fastidioso, la reunión
se disolvió, y Don Dolfo, agarrado de un brazo de
buenos y hermosos, iba hasta el portal de
la finca a dar un vistazo a sus contentos, que
en un momento ^{venidos} y largos, después de cuantos años
~~que los tenían los años~~, y con sus rostros
anchos, ~~habidos hasta los ojos~~, parecían en la
oscuridad de la noche, como gigantes, salidos
de alguna ~~trinchera~~ conjetura.

L.L.L.

La afición de ^{Don} Dolfo a aquella aldea
y ~~aquella~~ vida sencilla y su predilección
por ciertos lugares, para sus paseos, y tal vez,
tenia quizás, esta natural explicación. De
niño había vivido ~~en~~ temporadas con
sus padres en ^{la finca} aquella quinta, y ligados a su
mejores recuerdos estaban aquel ~~aldea~~ ^{solio} de
la parolita ~~de~~ ^{aquella} fuente de cor
pante ~~para~~ ^{de} ~~las~~ ^{afueras} y aquellos muros,

en que el cementerio levantaba sus tor-
jías terribles.

¡Dajo aquel árbol, jugé tanto en mis
años infantiles, tantas veces buqué por aque-
llos arroyos y reuoltos hasta las rodillas, en
aquellas aguas diabólicas, o expuse venas
de ellas, ya hecho un monstruo a las man-
chaduras horrendas de la alba, que ins-
tintivamente y sin darse cuenta se en-
caminaban aquellos ríos y ~~que~~ ^{se} ~~guataba~~ ~~de~~
~~permaneciendo~~ ^{permaneciendo} su pipa, recordando ~~señal~~ ^{señal}!

Lo era tal vez, que quisiera re-
crear con la imaginación y la memoria
detalles minuciosos, o aporados, de mi pre-
sencia alba; acaso no pensaba en nada
de eso, reclinado y mirando por sobre mi
el espacio las espirales de humo de mi
~~tabaco~~ ^{tabaco} ~~expansión~~, pero sentíase elevado por una suave
empuje hacia aquellas riberas, y en mi
quinta parte vivía tan á gusto como en
aquella quinta apacible ~~de~~ ^{al} ~~de~~ ^{refugio} ~~de~~
sus ~~propiedades~~ ^{terrores}.

La tierra atrae y es en atracción
solo en fenómeno físico, dependiente de la
ley de gravitación universal, pero en fe-
nómeno moral también, esto es en única

apto que nunca para gozar jamás, fuer-
te para resistir los golpes contrarios de
la fortuna. No es todavía el tiempo de
la retirada a los cuarteles de invierno
del ejército. Don Rafael ^{contaba esa} ~~era~~ ^{era} ~~era~~ ^{era}
solamente y ya desde algún tiempo antes
~~estaba con~~ ^{estaba con} ~~ellos~~ ^{ellos} ~~en~~ ^{en} ~~una~~ ^{una} ~~solitaria~~ ^{solitaria}

14.

15.
 Lo que era el motivo oculto que lo apor-
 taba de la sociedad perfecta y alegre, en el
 punto y hora en que mayores atractivos
 podían brindarle. Si quería realmente
 ser libre, nadie lo podía privar de
 la vida que él quería. ~~La vida que él quería~~
~~por~~ ^{des} en Madrid que allí ~~tenía~~ ^{quiso}
~~una vida que él quería~~ y no se le da la facultad
 de decidir; y que vivió un periodo en que
 gastó a su padre algunas miles de pesetas,
 más de su bolsillo por supuesto de esta
 suerte.

Lianes.
 En el abrozo inmenso de la corte,
 no era fácil salir porque aguas navegaban
 y el haber tanida una época de despidi-
 mos un ~~doma~~ ^{acotaba} gran cosa, allí donde la gran
 animal hubiera sido ~~de~~ ^{goa} ~~de~~ ¹¹⁶ ~~de~~ ⁸ ~~de~~ ^{amap} ~~de~~ ^{rap}
 el principio por mara.

Sigillorum cum titulo de Almatius et la.

[illegible]

Entonces ocurrió a nuestro personaje el
seguir la asociada rumba de los mundos,
sabores que en el mundo han sido, y por
eso su criterio era tan preciso sobre todo,
las cosas a que se aplicaba, y en donde por
las humanas grandezas, tan manifiestas

Algunas veces, que el Maestro de escuela
quería darle halagando ~~de~~ ^{de} ~~que~~ ^{que} indicaba
que aquella vida no era propia de su talento,
ni aquel victorioso espíritu natural de sus
energías, ^{don} Adolfo ~~era~~ ^{era} ~~con~~ ^{con} ~~el~~ ^{el} ~~hombre~~ ^{hombre}
y había un gesto de indiferencia, que cos-
taba la palabra al pedagogo. Y ^{pero} ~~era~~ ^{era} el
secretario en los periódicos la noticia de.

que se colocase esas personas para en
greírse alrededor de su miserable agujero.
Probablemente no nos dignaríamos si-
quiera echarle el pie encima ~~con~~
~~para~~ para apretarla. Si con merced del
de Superioridad vivía el hombre sin duda
al porvenir de Adolfo el siendo tan su
amigo como lo era yo y los hijos
paraba sin embargo ~~par~~ parquitos,
cuando el mismo orgullo que podía abri-
burselo ora el de despreciar a los sobe-
bios y considerándose superior y superior.

VI.

Alto Dios es grande. Dicia Marcellus, en
uno de sus ~~discursos~~ discursos, serían
más de la de la tierra. Adolfo algo picado
de pensamientos materialistas, le parodiaba
en sus monólogos ante la naturaleza,
atribuyendo a ésta la única grandeza di-
na de la imaginación. Pues madrugados,
como el Hidalgo Manchego, salía con su
propela al braso y su perro pidiendo por
delante, recorriendo sembrados y huertas
volateando codornices en el ~~otro~~ otro, o ac-
chando tortolas en los olivares ~~de~~ por

El Verano:
~~después~~ pero se honro muy bien que
reconocer que ~~caso~~ ^{caso} nunca disparaba
movido a pie al contra aquellas ave-
cillas, contentándose con encartarlas
las con la escopeta, y regalarlas en su
muerto, y darlas por muertas, moral-
mente como ^{habían} aquel general de la
Restauración ~~a quien dudaba~~ sus
enemigos por moralmente fusilados.

El paction de después de la cae sal-
tar a la codorniz, agarrada, se que-
daba con un palmo de cañón, vol-
viéndola a su arco y gruñéndola de
disgusto, el ave que había partido
veloz se paraba más lejos, acun-
da de un haber sentido el disparo a
guerra pluma, y Adolfo contento de
su buena acción se iba a descansar a
la infantil correría, a un caballo del
barrido, cabe alguna acopio de agua
mercaderante, o a la muestra de alguna
barrera, donde a lo mejor aparece
el gaitancillo de la quinta, o la mi-
stracha de la carga de laica, con lo

[illegible]

a la escopeta encendida, y un poco
al perro que conociendo al real guiso
de un amigo, se agachaba temblando,
seguro de recibir cuando me tiru-
esboruiz unos cuantos cartuchos entre
el agua tibia de inuitos.

¡ Poco veía para su intención en
medio de su aparente coraje! Adolfo
cuando veía irritado por eso por
causa al profesor, nervioso y fuera
de sí, se conformaba en grito y pogan-
do con su amante encontraba a un
tero ve N. S. Adolfo, se lamentaba, que
iradente se dormía y como lo había
atravesado. ¿ Este grito, señalaba una
causa al profesor, que me le ha entre-
do por dentro? ¿ Ven ven, caballero,
asi como te tengo dicho que me lo
la muestra? ¿ Como infame! ¿ dicen-
do y haciendo ~~se~~ arrojaba al cañon
le tiraba la escopeta misma y ~~se~~
estudiando el cartige me se acordaba y se
acaballa entre los inuitos. Ya lle-
vaba el profesor dos practicas mu-
tos a quindaguarda por pelearias, se

z. fama al referir de él alguna bursia
ó algun cargo genial; mientras le paraba
la mano por el brazo y le echaba al mole
en una orondella cargada de papales.

Tambien solia concurrir al cura
a estos banquetes, y entonces D. Adolfo en-
traba en discusiones filosóficas morales
y religiosas a sus dos amigos, quedándose al
espectador, pues con la poca theologia del
cura y la malavintada dialéctica del do-
mine que era un fervoroso incrédulo, sea
cada obra digna de un minuto. El de una
y otra, y el de pluma y plumada, se ponian
de frente como gallos moriscos, se atacaban
a espoleaciones, y unas veces el cura picaba
la oreja al contrario con algun latigazo de
Santo Tomas, que aquel no entendia, y pe-
nia a unacarle y conculca, otras el profe-
sor apabullaba al cura con algun argu-
mento sacado de los olivares de Voltaire
de la moral de los moralistas del Marqués de
Holbach o ^{liberaco} de otros ~~liberaco~~ semejantes.

Quis opina D. Adolfo, desian
encarriados como pavor al final de la dis-
cusion buscando cada cual un fallo pa-
rable? Adolfo, dejando el comedor y aporaz

de su cabeza en la diestra mano, con
el codo sobre la mesa, procura y exclama
de común con los otros, de beber la ciencia;
"Solo sé que no sé nada."

VII

Yo era rigurosamente cierto que nada
superior ^{que} Adolfo de aquellas cosas, y por lo
tanto, que creyera no saber nada; y me
era un subyugado en una indiferente.
Sus estudios, científicos, no habían acom-
pañado siempre a los estudios filosóficos,
y tenía cierto vago criterio sobre los pun-
tos capitales de la ciencia universal.

Por ejemplo, estaba cierto de su
propia existencia, y de la realidad del mun-
do natural, sin recurrir al cogito ergo
sum de Descartes; teniendo por loco a
Pitágoras que, a fuerza de idealismo, llegó a
dudar de la realidad de su cuerpo, lo po-
día poner en duda las leyes matemáticas,
que tanto había profundizado, en las leyes
físicas conocidas, y encontrándolas tan in-
manejables y enmarañadas, que atajaba toda
idea de caos, confundía la casualidad y el
gobierno, creía que entre la red inigualable
de los átomos como entre la inmensa

y magnífica de los mundos, había
~~ya~~ ^{algunos} Seres supranaturales ordenados en
los mundos de todo aquello. Viendo en
si propios, en su cerebro encendida la
maravillosa de la inteligencia, más
estupenda que la del sol, y de energía
diferente de las otras luces y fuerzas,
origen del universo, deducía que tal
ser era bien una concepción o des-
tello de aquel foco inteligente, y con-
venciente que todo lo comprendaba. Fi-
jándose en el conjunto sorprendente
del progreso humano, al lado del
estacionamiento de los seres infrie-
res, atribuía a' era primera racional
pensante excolencias, no de canti-
dad de calidad, sobre las otras vitales,
y aritméticas, y virtudes un de-
gelo superior para la Humanidad,
con todas sus razas, pasadas y naci-
eras. La pequeñez de la tierra, com-
parada con la inmensidad de los
mundos de la Vía Láctea, y de las mil
nebulosas lejanísimas del espacio, en

vez de ser un resorte, sus brújulas de
grandera de la Cuera ordenadora y de
adhera del humano espíritu, le ser-
vían de confirmación; por cuanto no
se trataba de un pequeño juguete de
la carnalidad; sino de una muestra
a los ojos humanos de las obras ocultas
del Señor, y de la posibilidad de
glorias ~~de Dios~~ ^{de Dios} para millones de hu-
manidades parecidas. Pero en lo que ex-
celaba, era en la presencia de una in-
teligencia como individuos, como un
baja de oro gran leonido, y en su
dosa más bien, piedra del edificio, gra-
no de arena del conglomerado, gota
de agua del Océano, y en su im-
penetrable de la hoguera universal. Por
otra parte, sentía ser parecido; hallaba
la vida interesante; y también deseaba
comprobar como cierta la teoría de la
mutación, para convencerse de
que después de un breve aislamiento to-
ma, iría saliendo de mundo en mundo
como viajero incansable, hasta recorrer
todas las orcas de las estrellas, y sentar-

re. de todas las cosas descouscrites,
Oh! Si el hubiera hecho el Uni-
verso le habria conbucado asi. Quie-
ra qulvareda de astros, de ppenididos de
un foco central; caperichos ininimas elip-
sas por orbitas de millones de mun-
dos, en torcos de miriadas de roles; ra-
taletes multiples para cada tierra
videra, y la vida coenunando por
el enfriamiento de los istos, extremos
ascendiendo a la solidificacion de los
planetas, llegando a la condensacion
de los roles, preparando a manera de
infinito numero de istos a los coenun-
gantes humanos, a los Ullidos juveniles,
que partiendo de una pognativa Glaca
recorrerian en inaberriles bajetas toda
las astros, todos los pognuntorios del
Universo, todos sus ciendados, enajados
de portentos y maravillas, paterindose
de Ciencia, fortificandose de viendes,
coadyuvando con pognos trabajos
y astros a la conclusion de la gran obra
divina. Fuso hubiera pnesto la pa-
nure de ~~coenun~~ ^{coenun} sus timoblas, y pogni

mas a las puertas cari de la cuna; qui-
los dolores y las tragedias, en medio del
grandioso drama, que tambien permu-
tara a un espíritu del mal mezclarse
en estos asuntos; más que, de rebelarse el
ángel, lo tambien angustiendo con fuego
del cielo, trocándolos sus molindos en pol-
vos carbonizados. Y de las tierras, tambien
hechos harapos; y de las ruinas, por
to permitidos; y de las serpientes acuchilladas
palomas; y de las bestias feroces virgenas; y
de los ladrones, robos, artestas, puertos, fra-
tuosamente concordes. Y luego, cuando
todos tambienen hechos se recorridos uni-
versal, cuando todos se tambienen acerca
de lo posible con su inteligencia y su
corazón, a las perfecciones de la gran
Causa, habria acercado en movimen-
to de union todos los mundos, hasta
trocarlos unos con otros; habria los deja-
do inmoviles o incorruptibles en eter-
nas primavera; habria con ellas ter-
minado el grandioso palacio, usorada
definitiva de todos los seres inteligentes,
y los habria hechos reconciliar, y amar

formando una inmensa y gloriosa
familia; poseedora de todos los misterios
de amor y abdicación de la causa, serena.

Esa era la vida profusa de fe
y vagas esperanzas religiosas de Adolfo; pe-
ro se guardaba bien de indicar nada de
ello en sus polémicas al abate y al cura
porque de todos modos no le habrían de enten-
der, y porque él mismo, desencaraman-
dose al fin de sus rectificaciones, terminaba
por encontrarse rodeado de oraciones, y
quedando su cuerpo e ignorando que
fuera la materia, sentiendo frías
su pensamiento sin conocer su crea-
ción. Tampoco, no pudiendo formarse
idea precisa de aquella gran Causa en
que creía, ni del porque y para que de
sus creaciones, y recordando sus con-
sas famosas palabras del discurso re-
crático, que no eran las de un orador
sino las de un filósofo convencido de
lo insignificante de la humana existencia.

VIII.

Por eso recordaba encareciendo las ardientes
polémicas del cura y del abate, a

que meía como inferiores metidos en una
gota de agua, tratando de dar razón de las
Leyes de Klappero; y con su encogimiento de
hombros más modesto que indiferentista
contaba al fin aquellas ~~discrepancias~~ ^{discrepancias}.

La que hubiera de cierto en ~~aquellas~~ ^{los}
altos asientos de la filosofía y del destino
humano, que podía saberse por los esfuer-
zos de la razón; él nunca recurría a la fe,
y al ~~esta~~ ^{esta} se protestaba de que carecía de
ella; de modo que estaban quedando y apa-
rados por una barrera que hacía imposible
su aproximación.

Después de todo, Adolfo profesaba
el principio de dejarse llevar ~~rigida~~ ^{rigida} una
fuerza inteligente el Universo como el
creía, o un Destino ciego y una Voluntad
inconsciente; él se dejaría conducir por
su impulso; obedecería a los dictados de su
conciencia y cumpliría sus deberes, y ape-
raría venirse la hora de la muerte para
entrar en ~~definitiva~~ ^{que definitiva} de si había algo
para el ser humano más allá de la
tumba o sumergirse por siempre en
la eterna oscuridad; después de haber-

• brillado un punto en la noche de los
misterios como luciérnaga.

Terminante estado de duda, ~~o por~~
~~por-decisión de confianza dentro de la in-~~
certidumbre, no periraba a Adolfo del
sentido moral necesario para arreglar
sus acciones a la mas intachable con-
ciencia. Diera que el materialista conver-
cido se convirtiera en cívico, y repetiera
aquel "cruenteros y libaneros que luego in-
vencemos" de Espinosa; pero el devoto de
una Causa nueva, perplejo y vacitante
solamente sobre el punto aquel de la in-
mortalidad del alma, no podia seguir ese
criterio sensual y demolidor; porque, si
acertaba dando rienda suelta a sus pa-
siones, en el caso de acabar todo con la
muerte aqui abajo, la equivocación po-
dia ser. El ayuntamiento, la caída tremenda
si luego habia otra existencia y con ella se
pagaban las culpas, que recogia el fruto
de los sacrificios.

Habia quejas que ser morales, ante
nos, ~~fictos~~ ~~exemptores~~ ~~del deber~~ ~~permanen-~~

gato por la conciencia propia como ley
no solo para no contrariar ninguna de
las leyes universales, no solo para acatar
los mandatos de esta gran Cacería preparan-
do a manera de infinito número de es-
tas a los maravillosos números a los Ulises
geniales que partiendo de una pequeña
etapa recorren en invisibles bajos lo-
das las costas todos los personatones del
Universo todas sus ciudades ocultas de
portantes y maravillas, saliendo de
ausencia fortificándose de virtudes congre-
gando con progresos trabajos y artes a la
construcción de la gran obra divina. Justa-
mente puesto lo sea número con sus linéas
y cuerdas a los puertos, corra la cuerda ni
los dolores y las tragedias en medio del gran
so drama incombible presentando a un
espíritu del mal revelando en otros pun-
tos, más que se rebela el ángel lo ha-
bra aniquilado con fuerza del hecho tímido
de sus habitantes en otros espasmos. Jide
las tierras también hechos paraisos y de
marisamos fijos facinorosos y a los
~~gentes de mar~~
que los de los más para de par de tierras

ent, mas cuando al fin propio de esu
cudo, como viajero que a bordo de un tra
satlántico atenciona el Océano ignorado
para el, que deja conducir del piloto que
sabe y aconseja las cartas, marinas, y co
nosce los rumbos, y dirige la nave en la
calma que la ~~lleva~~ ^{abarriga} ~~lleva~~ ^{lleva}.

Esta era para Adolfo una vida de
devoción y religiosidad. Si él hubiera os
tado cierto de su inmortalidad, no ha
bria podido como bendecir y alabar
al Dios que le había dado tal virtud
de penetrabilidad a través de los siglos
y de las evoluciones de los mundos; por
entonces se sentía que adoración ha
bría sido pago de un favor inmen
so recibido, y como tal obligado que
cerarías. Estando en la duda, en la
incertidumbre sobre esa cuestión, per
diendo a su entender lo mismo per
dería su espíritu que extinguiría
el ejemplo sus deberes morales, de
levarse a confesar pecadores, el apelar
su conducta a una ley espiritual, a
uno el hubiera de obtener premio

que ^{acaso} ~~no~~ ~~llegaría~~ a recoger en otra
existencia, ~~de~~ ^{pero} ~~los~~ que los recordara
quitar, constituiría un mayor acata-
miento, una sumisión más de su
terrenal hacia el Supremo Hacedor, y así
con modificaciones tales más deudas,
y méritos, podría repetir los versos
de San Francisco Javier: "Yo me mu-
ro un día para siempre".

Es justificable que aquel hombre
solo, plantado en un desierto, con una po-
sición brillante, pudiese renunciar a
una existencia alegre y ~~placentera~~ ^{placentera}, si ha-
biera retirado del mundo y de sus por-
pocas aquella vida asética, y se empu-
sa a mejorar y sus propiedades, realeran-
do plantaciones en que frutos serían para
el, de comestibles, y si sus progenies, que
perdiera serían de devotos beneficios
a sus herillos del Hospital, y también
en obras de caridad con la mano derecha
de que la izquierda no llegaba a enterarse.
Se había visto, notable para el que
de Adolfo tenía que ganarlo por sus buenas

acciones y por las disposiciones, nos
valer de su capacidad, ~~pero~~ ^{si no} la traba, y por
comenzar su labor en aquel rincón. Cam-
postrados no era perdidos, y no fallaría
quien dedicara a su memoria alaban-
zas y recuerdos, ~~como la transfiguración de~~
~~la efímera existencia, a aquel como~~
~~aquel que había de permanecer a su lado~~
nos guerdonando, y que como hemos di-
cho, solo venía de aquella manera, su te-
rior imposible de ~~entender~~ ^{de ver}, más de aquel
interior bebiendo suave y contemplati-
vo.

Solamente podía interceptar la
entrada en la bienaventuranza alguna
poco de antiguo que llevara consigo
al corazón como un regalo, y que se pre-
dara impetuosamente en su pecho, allí
de sus fallos, dijera de mucha debilidad
valora que nos accionara y nos reluciera
y nos traxera a él, y que luego en vez de
buenos se reviriera con delante en ~~su~~ ^{su} ~~su~~
tres recuerdos, contemplándose el espíritu
en recordando en sus pasados débiles.
Tal vez ésta fuera el secreto de
D. Adolfo, en el pensamiento y en el volar con

voluptuosidad, cuando engarzando en,
nidos, conquecinos del cura, del estao,
con el alcalde de montonilla, ibase bajo
el árbol aquel, a el rebato de aquella fuer-
ta a fumar en su pipa de canchero, a
causar bromas, a burlas que se oían
~~simuladas~~ en sus aspiratos ~~políticos~~ ^{precipitados},
imaginarios.

Pero no es bueno hacer conjeturas,
ni tener acercamientos sin prueba, sino
gándoselos derecho de los mla. convección
de los demás, y si de interior no pudi-
o al ~~colonia~~ ^{colonia} nuevos deberes, juzgar por
ellos, reduciendo a su papel al de un
narrador, y dejando que los sucesos se expliquen
por sí mismos, los misterios y abismos de
aquellos personajes.

IX.

Después de un ~~indefinido~~ ^{enorme} ~~crecer~~ ^{colada} ~~de~~ ^{plata}
shades, ~~manifiesto~~ ^{de} ~~los~~ ^{reales} ~~que~~ ^{para}
por el dolo y sus contradicciones, en el límite
de juego del mundo, ~~la~~ ^{la} ~~primera~~ ^{la}
su primera ~~habitar~~ ^{habitar} ~~que~~ ^{que} ~~se~~ ^{se}
se ~~habituaba~~ ^{habituaba} con sus colores.

A los balcones ~~de~~ ^{de} ~~el~~ ^{de} ~~dolo~~ ^{dolo} ~~subian~~

los muros de abril y Mayo le entregaban
al subterráneo, y le aporaban el espíritu
como a Hércules.

Esta sucedía lo mismo a las demás
casas del valle, por verdaderos de las
más humildes viviendas, se abrían para re-
cibir el rayo de sol a la puerta de las cuevas
que abarcaban el monte, salaban albero
Rados los albañiles, y quitaban los muros
por las tardes rasguando por quitasas en
la petrolea de la albañilería ^{donde} se abrían bridas;
relaciones y las marchadas que en pseudos
iban a la fuente con sus canchales, adorna-
ban los muros de sus traveses con rocas
amarillas, y rojas albañiles.

De albañilería solían llegar tam-
bién canchales albañiles de piedras, que
desparacandore por las paredes, fron-
terales al río, o tendiendo blancos mante-
les en los riberos, se entregaban a fiestas
y comilonas. Ninguna que otra aferrada
en aquella albañilería trataba a ella tan po-
rablemente, para ~~aferrada~~ obligarse.
Adolfo veía desde sus balcones en los de-
clives de la conquinia, las pequeñas ro-
marias: pero no visitaba, ni era visitado.

usado, y de salir con sus tierras y sus
solos, entregados a manos de una comu-
nidad que el mejor día la vendería
por un poco de dinero, como barco viejo
arrojado a la plaza por la tempestad.

En esos días primarios sales, ten-
gendo de la explotación de la luna solar,
y del culto de vida de los árboles y los
camuños, el doctor solía encaminarse a
las calles de ciperones del viejo Marque-
sado. Allí encontraba recuerdos y melan-
colia; y miraba su presencia no como
trayendo infortunadamente, en aquellas re-
misiones la casa memorial antigua, con
sus tejados y banderas repletas, con sus sala-
res anteriores, con sus partidos de casa
y sus banquetes de celebrantes, y sus veladas,
bullerías, y su muchedumbre de servidores,
y sus viejos marcos aporrazados de
zapatos de chaballa, vestidos de seda, bordada
caraca, empolvada y estropeada, y siendo oyentes.

A la tarde los amigos acudaban
en las altas grietas de las paredes, las oculta-
das en rampas de infantes pedregales,
los techos con sus maderas, pedregales y hue-
cos abiertos dejaban para como sumidos.

a las aguas del río, y bajo las bóvedas,
de la capilla vicaria, mantecadas, in-
columnes, aridaban los sabandijos, y
grandes telarañas, que enredaban cazando
sobre el altar la esbeldosa de un Cristo
abandonado.

D. Adolfo tenía ganas de adquirir
aquella finca deteriorada, y aquel caserón
medieval caído. Sería la única en que tal
vez uno se ejercitase en pericia agrícola
para transportarla en productividad mara-
villosa: quizás la dignaria estar así con sus
hierros, eriales, con sus árboles salvajes, con
sus solos intrincados, con sus muros
desencadenados, y con sus fincheros ci-
pes. Algo había que nutrirse del material
bueno de la industria, para camuflarlo al
espíritu; y el rey se hallaba en armonía
con aquellos sombríos parajes, que un
alegraban con la primavera, y que vol-
vían los ojos a lo que fue.

El cura y el alcalde conocían los
deseos de Adolfo; sabían que éste anhela-
ba poseer el Marquesado; pero le atribuían
a locura o ambición, creyendo que pro-

gozaba convirtiéndolo en fructífera granja

Un hombre como aquel sin le-
neros, mejorando constantemente sus
necesidades, amigo del arte moderno que
resplandecía en su casa, y en los jardines
que la cercaban, no podía concebir aquella
posibilidad para otra cosa que para romper
sueños y males, roturar sus praderas, ade-
narrar sus trojes, reconstruir sus viviendas,
~~plantar~~ ^{destruyéndolas} ~~desaparragando~~ ^{destruyéndolas} aquellas ruinas
brutas, y ejercitar la habilidad de su pa-
dreno, con nuevas primicias de horticultu-
tura.

El viejo Matías, el hombre de confian-
za de D. Adolfo, labrador y horticultor en una
piensa, bebía los vientos ~~para~~ ^{para} que su amo
adquiriera en buena venta el Marquesado.
Allí se que podían hacerse grandes cosas
y sacar de las mejoras ^{mucho} de la ribera. En aque-
llas tierras como vírgenes, limpiadas de bro-
zas y malezas, roturadas por los arados,
fecundadas por los limos del río, crecían
los castaños y los limoneros casi tan rápida-
mente como los naranjos; y D. Adolfo podía
constituir sus huertos a pocos labores. Tan-
to se caía, porque no había remedio;
pero en toros de su vieja granja salía

drian blancas y alegres las viviendas,
de los ~~vecinos~~ colonos, y una de ellas, una
seguramente, sería para Maruja quan
do se casara, o por mejor decir para el
marido que eligiere. Maruja, que no
había de quedar sola en el mundo se
torcía la cabera al viejo hospitalero

Maruja nieta de Ullatín, era
húspita de padres, y al calor del abuelo,
recogida en la quinta de Adolfo,
cuidaba de los jardines al lado de su
progenitor, y estaba encargada de la
venta al detall de los frutos y de las flores.
Sería decirse que se había criado allí;
porque sus padres murieron cuando
apenas tenía seis años, y al abuelo
le la llevo consigo; y los recuerdos le qui
sieron siempre. Adolfo la vio crecer
de ahí chiquilla. Seguramente que ~~al~~ ^{pero}
~~al~~ al arreglar las tierras del Marquesado, re
servaría una labor para ella y su marido,
cuando le tuviese; siguiendo las tradicio
nes de apartarla de la casa; donde los
labradores parecían adscritos al terreno
y vivían y morían sin separarse de sus
amos.
Maruja era ya una muchacha

serena; pero no levemente desarro-
llada, con grandes ojos negros, tostada
del sol, de cutis ~~de color~~ ^{de color} ~~de color~~ ^{de color} ~~de color~~ ^{de color}
branco robusto, orejas carnosas, cuerpo
de ancha cerradura en estrechos corpi-
ños, dando saltaban sus pechos a un
andar firme, finas facciones de more-
na, cejas gruesas de anchura, sentidos
ardientes de africanos.

Herminia y Zafra como pocas, pare-
cía que se galanteaba, ni tenía novia,
ni mostraba afición a tenerlos, de modo
que por eso todo malograba los proyectos
de su abuelo, el bueno de Matías. Para
ella no había más Dios ni Santa María
que su jardín, su huerta, sus gallineros
y palomeros, el arco de las habitaciones
del pñovito, eso sí, a su despacho no le
caba nadie más que ella y se paraba un
poco tiempo en dejarlo limpio como
un espejo, en barajar sus papeles, en al-
dear la colocación de sus libros, de que
no entendía ni jota.

Alquel despacho con su chimenea
francesa, su mesa cubierta de caoba en-
teriza, su sillón forrado de gris, sus
estantes llenos de volúmenes, sus pape-
leros, sus perros, y sus cuadros antiguos,

101
Ha unghias, ^{os} ~~harmonicos~~ com crepulas
y atenuadas de cara, era para Maria
una especie de sagrado donde habia
que entrar con reverencia. Allí esta-
ba la dormitona en que D Adolfo se-
tendia para leer libros y periodicos; allí
veia las esfiges de aquellos libreros,
de donde su señor sacaba tanto saber,
sobre la mesa estaba el sillino papal
emborrachado por su maestre, con aque-
llos misteriosos signos de la esoteria
poetica; en todo vivia y palpitaba
el alma de D Adolfo y ésta era para
ella un santuario.

El secreto tenia para Maria
naturaleza divina como los ángeles.
¿Pueda probia compararse con él? ¿Pueda
tan rico, tan sabio, tan generoso, tan lei-
dalgo, tan bueno, tan enérgico, tan
valiente? Maria se sentia repudiada
por aquella mirada angustiosa y por
aquel censojo imperativo, por aque-
lla serenidad angustiosa, que en el fondo
encerraba un corazón abierto a todos los
beneficios. Al lado de él los vestidos
de la aldea, los modos más humildes

era gente inconstante y enredada,
no, me habian en el mundo por todos con
ojos más que un hombre, y ésta era
el, el amor; por eso Marija le servia
de cobera y procuraba adueñarse sus
desos, y andaba con gran celo de la luer-
ta y del jardín, y de la limpieza, de aquel
de quacho, expocio de oratorios, donde en-
traba con la fo' de una organte, y en ca-
da objeto veia una cosa sagrada, y en
cada libro un evangelio y en cada retrato
una imagen digna de un culto.

Solo faltaba á Marija desear que
Adolfo era tambien á sus ojos el hom-
bre más guapo del mundo, para que se
le amase cuarenta y siete años, y aquel adusto abba-
tero, á quien desde niña habia mira-
do y servido como un porcello, fues-
se siempre guapo delante de sus ojos.

XL

¿Qué me daba? Aunque Marija no con-
fesi' jamás en eso, ni quise pensar en ello,
por no avergonzarse de si misma, tal vez
lo sentia vagamente; y en todos de ésta
afirmacion giraban todas las otras. La
admiracion en personas de distintos natos
es la puerta falsa del genero; y por ella se

nos entre a ser o seu melhor e
seus maiores ~~interesses~~
oferece como justo reconhecimento de
minha justa retribuição e coerente real-
mente em adhesion apaixonada.

Maraga había salido de ella por
radición de la invasión, y entrado en
aquella en que la presente astuta ofe
se a las brujas su manzana; luego, co
mo hemos dicho diez y seis años muy
bien cumplidos en profundas de sus
formas, y destellos de sus negros ojos, y
no había tanto tiempo por medio entre
ella y el reírse, para que la admi
ción sentida ^{haya} por el no pudiera con
stituir una ^{causa} ~~paradoja~~ incógnita.

Dijo es que ^{la expresión de} ~~la~~ ^{tema} ~~tema~~ ^{revela}
 completa en el mundo en todo a un
 amo, en decirse por él, en las don-
 de motivos de queja en de reguila, en
 espion desde el jardín por la gran pona
 por la galena de la casa, en mirable
 a encantadillas por la cerradura en
 gol para en sus libros y papeles, que
 luego en la ausencia de él, cogía ella y
 echaba a los labios, como si a un re-

teniesen la esencia de aquel sermón,
o constituyesen objetos de devoción pa-
ra su alma.

La pobre Maruja, ¿qué mal le
pagaba el idolo! Nunca se dignaba
fijar en ella con igual interés los dis-
tráidos ojos; nunca le dispensaba
una sonrisa, ni una palabra afectuo-
sa; paraba sin reparar en aquella
guiltita fiel que le buscaba y le seguía.
La eterna felina, que solo tenía por
juegos y amuseos, para los demás, iba
dónde querria a ~~buscar~~^{llegar} un halago
de aquel hombre, que le volvía la espalda
indiferente.

Una vez, una sola, le sonrió a
hina una cancia. Aún era una chi-
quilla ^{de} doce años, no más; llevó al
reñorile en el día de su santo un pa-
nuecillo, unas zapatillas, bordadas, en
que le ayudó no poco la maestra del pue-
blo. Maruja no olvidaba nunca aque-
lla intervención. La abuela Matías la em-
pujaba hasta la puerta de ~~la casa~~^{de la casa}, pe-
ro que ~~ella~~ ^{ella} pasara a presentarle al año

su obsequio; y ella, temiendo y avergon-
zada, no quería pasar ni subir la es-
calera, hasta que no tuvo más remedio.
Después, ~~subió~~^{llegó} a la galería alta, lo-
do con confusa sorpresa la puerta del des-
pacho de D. Adolfo, y pidió permiso para en-
trar. Pero antes de que le hubieran conta-
do, ya estaba ella adentro llevada por
el mismo aturdimiento. D. Adolfo la
reclinado en una mecedora; alzó los ojos,
galorda colorada y balbuciente, y con las
babechas en corte en la mano derecha, y
la invitó a sentarse con una sonrisa
afectuosa. Ella llamó corriendo a un pordullo
temiendo que se le fuera a su dueño,
y ella, temblando, presentó a D. Adolfo
su ~~retrato~~^{retrato} que él examinó compla-
cido, entonces sin decirle palabra, le cogió
las manos, la aproximó y la puso en
brazo en la frente. Él bese aquel se le
quedó marcado como un sello de fue-
go, y todavía lo llevaba allí; y parecía
que era de retiro, que lo tocaba con sus
dedos creando a la frente si lo llevaba,
recordando la caricia de buena gana.

z produciran iguales efectos; z las pobres
estancas blancas requieran viviendo
igual vasallaje a sus señores, ~~con~~ ^{no} de
~~formas~~ ^{republicanos} ni ~~autocratas~~
por lo menys en la forma de admi-
sion ~~y~~ ^{de} ~~manera~~ en que lo ~~prestaba~~
a S. M. a toda hora la modesta
z encantadora Alvariza.

En cuanto a ellos, a esos tiranos
involuntarios, a esos despiollos de ocasión,
requieran abusando de su poder unos;
otros, usaran de él verdaderamente, z
pocos renuncian a sus privilegios, sin
tre éstos pocos estaba S. M. a quien, que igual
raba de fijo los efectos de su superioridad
en el alma de aquella vasalla; que ~~tenia~~
sintiendo todavía el dolor de la espina
enemiga que le llevó a buscar a aquel vi-
llano ni podía ^{apercibirse} ~~percebirse~~ ~~de~~ ~~detalles~~ de
crisales, lagrimas, besos, confesiones
de ~~lloraja~~, que aun de haberlos estado
z comprendidos, en labria insensato ager-
vechando ~~los~~ contenidos por ~~nos~~ ^{nos} ~~lo~~ ^{lo} ~~vera~~ ^{vera} ~~re-~~
flexion, z por el dictado de su conciencia;

Don Adolfo en materias de galanteo,
era su realidad severísimo. Había leído
muchos a Goethe y su novela a Brechtel
en libro el matrimonio, sus Pensamien-
tos filosóficos sobre el amor sexual le
habían ~~conducido~~ inclinado a aquel ace-
foso predicado y defendido, por el gran
apóstol, que sin duda reservó su propa-
ganda para la edad septuagenaria; pero
en medio de las eternas nieves de la
Austria. Transplantado al torrido suelo
de Andalucía, aquel celibatario era
doblemente meritório y heroico; por
lo que Adolfo lo imitaba por convicción
y por el estado definitivo de su con-
ciencia y de su ánimo.

Lo que era bien hacer por
a la vida sin conculcación de antepasados
señoras dolores y tristezas para con-
tinuar la tragedia humana, echar
una línea a la hoguera, sin otro objeto
que avivar sus flamas que causaban
horribles quemaduras. El mundo de-
bía acabar alguna vez, con el recreado

de castillo vetusta, y aquellas a pie de
torre del desamortizado, que los dos pando
nos sobrevivia. Mas, que tambien se
aseguraron las balaustradas, y se les pusie
ron rejillas, y las batas de cristal enanti
citas, colocacion de nuevo al sol, y se
reemplazaron las cornisas y volutas de
materiales y de vidrios, de alabastro, y se re
caron las fachadas labrando de nuevo la
piedra calcarea, y haciendose aparecer
sus pando y sus rejillas, y ellas y el todo
de antiguedad se conservo adonde, por que
asi lo queria el punto muy aficionado a la
arquitectura antigua catolico,
~~arquitectura~~ ~~de este siglo~~.

En poco mas de seis meses quedo
completada la obra, y al propio tiempo
obtenia infatigables obras interesantes, las torres,
placetas, y granjales, que caian como que
perdidos, tiempo por trabajo y fueras, perdian
a todo desmenuzarse como viejas las torres, y
quienas de las torres a entrada de nuevo la ti
gera, y ademas en pando y balaustradas de
ribas, y por desgracia, aquellas rejillas que
habian cubierto el interior de la casa, y que
se prolongaban en filis interminables como
quecaciones, y aspectos del otro mundo.

El Adolfo me ha leído aquella primera
 día volviendo de poradum bre. Adonde me
 lloraba y podía tener el dios en el capacho
 y era natural lo que me pasaba por el alma
 no que el alma estaba muy tranquila y contenta
 con la causa crediticia y continuaba
 en ella sin hacer caso de lo que me
 da que se me daba por las puertas del Ángel
 y la plantaba fuerte por frente en reales
 libros y en las mismas páginas me pasaba
 mitología por las páginas y en la parte de
 prima de un libro me confundía el libro el
 libro el Adolfo me confundía y la con
 fusión en Ensayos donde iba a la escuela
 a decir la palabra divina para cumplir
 y a la vez de donde me pasaba la resistencia
 al fin quedaba de un libro.

XIV.
 Sea el pueblo no fuese de igual número
 de personas que el de Salto, y este el número el
 que se le quitaba entre las ruinas del Almacén.
 rados, todos se cubren con una chistera. Muñica
 de sí el Salto la idea que querían, y como
 podéis ver el ~~trámite~~ ^{don} trátase de la idea en
 el rey mismo de aquellas contratas. Nos cuenta
 de él se levantaba un rather grande, y

dirigida hacia el lado de la izquierda
abierta a la derecha, de la izquierda
de la izquierda, con un pequeño
aquella planta, y se multiplicó en formar
ramas de flores para salirse en el do,
3 y en el centro del ramo. El
contenedor en una tina, y tener en
apuntado, por la parte ~~x~~ y en la parte
por un lugar, para el punto de
la planta se quedaba, y en la parte
por ramificación, y si se agarra
permaneciendo con las ramificaciones, se
de la misma.

Entre la planta se encontraba que había
abandonado la atención de la planta, y ob-
gita de la planta con ramificación. En la
serie, una de larga barba blanca y de
elevada estatura, había en la parte
de la planta, a la planta, para la
tarea, la planta, del punto, en la
sible a la planta, y en el caso
y la planta, en un difusor, y en la
algo de la planta, en una planta, y en la
de la planta, y en la planta, y en la
de la planta, y en la planta, y en la
de la planta, y en la planta, y en la

[illegible][illegible]

6. En realidad la muestra fue el
encuentro de los vestigios del probable culto
que alcatraz, purgatorio y arena a la calera

lunares habiéndose producido tal,
tallado en carne humana para que las
convenciones no se refirieran al Conde
encerrado entre ellas a aquella maravilla
de mujer que tenía, la la distancia y
aquel que se encontraba sobre el objeto y
de blanca barba, siempre bien tallado
y enjuta, y la que se ideal, quedaba en la
flor de la vida y de la hermosura.

XII

El lugar de la ciudad era sobre material, parecía
imposible que se pudiese laberinto del mundo
donde la ta, volutas y el agua y de perfectos
ser por la historia, fue bécce, voluta, amella, en
cultura ~~historia~~ ^{historia} de la historia y de la
falta de la historia, y de la historia y de la historia
que se voluta y de la historia y de la historia
tela, tanta historia y de la historia y de la historia
mundo y de la historia y de la historia.

La historia y de la historia y de la historia y de la historia
Blanca y de la historia y de la historia y de la historia
la historia y de la historia y de la historia y de la historia
de la historia y de la historia y de la historia y de la historia
reducen la historia y de la historia y de la historia y de la historia
~~la historia y de la historia y de la historia y de la historia~~
la historia y de la historia y de la historia y de la historia

Se resalta ante los ojos que el que se
que cuando se va a hacer un
vertical de la junta de un muro con
alguna pared, sea de una sola
o de varias, sobre las partes de los
piedras que se unen, se debe
dejar un espacio que se llame, según
esta forma de escribir, con la misma
del fin de unido, con las partes
que se llaman como el edificio el
mismo, para que cuando se le
seal, el que se llama con la
señal de cada uno de los
muros, se vea, como se ve, a
aparecer en los lados.

XVI

Esta es la forma de la pared de
calle, desde el muro al muro, al
de la pared, se vea el muro
que se llama, como se llama, y
se llama, como se llama, y
de la pared, se llama, como se llama,
que se llama, como se llama, y
que se llama, como se llama, y

[illegible]

De Camêra, acabo' por reise de agueb
notre e larcio, de bigote polycido quador; por
bido e que lrombe salivando por dante de -

Agente, nunca obtiene sus favores. El
conquistador se cansará, y acabó por
no volver a aquélla casa de donde siempre
saba tan mal paraíso.

Hsta ora el Conde. tan cuanto a su
arreglo, sino tenía verdadera pasión por
él, ya que siempre existió distancia y des-
armonía entre la flor y la mujer, habien-
do habituado a sus miserias; y sentía aque-
lla satisfacción propia de la mujer que
se multiplica sus gustos, sus aspiraciones,
y aún sus fantasías de madre, y de poeta,
y que no se dedica a poner sólo su porción
de importancia. Así era se había casado para
obtenerlo, para gozar de tales bienaventuran-
zas por las que se había casado, pero a la vez
para, a su querida imagen pintada en el
cristal del espejo a la que hacía largos ho-
ras mirar y recrearse, todos los días, es-
tudiando sus perfumes, sus posturas, la
colocación de sus cabellos, de sus flo-
res y de sus collares de perlas que plate-
decían en derredor de su garganta.

era una coqueta, aquella mujer con
los cabellos, una belleza entre otras la digna

de su posición, y cierto aire rescatado,
pero consigo misma se desahoga en sus
memorias y quimeras en el locutor, ~~sofocando~~ ^{elegante}
~~lento~~ ^{te} apaciguando la mirada de raro azul,
y volviendo en lunas vacacionales, donde
se veía toda en sus esplendidos de
Nauas griega, de frente, de perfil y de
espaldas, revolviendo veinte veces por aque-
llos limpidos cristales.

Alti paraba la mañana despues del
baño, mientras la doncella la cubria redi-
mada en un camazo indolente y medio-
avertido con la bata de orgiiento nuda entre-
abierta, mostrando los ricos encajes de su ropa
interior, como las espumas de que el mar se
se forma; y cuando descendia el promon-
torio de su península griega flujia, y caida de un
te la noche, y se cubria hasta la alfombra
sus malajos de seda, y orgi, y promidura cu-
que le cubria hasta sus plantas, el sol le
via recordia de aquellos baces de luz, los espe-
jos se recordaban al copiarlos, y para los
miradores de alinea del locador abrian los
apartamentos para ellos.

Sei. & tambem tendo aquella mulher
em seu seio mais que na esplanada cabellu-
sa, e de mais habia pontos arredondados prout

lidos en otra coronación de ricachones y
aristas, por que cada cabello sutil pare-
cía una cuerda de oro para un arpa
estilizada, todos juntos extendidos en
volviéndola un manto real, tejido por
diosas simplicas, dejado caer sobre aque-
llos hombros de pluma de cisne para
arombrar al universo.

XV

El Conde gustaba de permanecer en esos
momentos en el tocador de su esposa, y la
veía con encanto oneroso, y se cerraba
la cortina de los hermosos cabellos
por la far ocultos velos de Isis.

En para el una estatua según
la risma y porfanda de su Museo,
que tenía allí un carácter especial, y
a la que contemplaba como solista, tra-
ciéndola sobre el caos, sobre un pedestal
de nicho, el colocado en el centro, para
forjara la ilusión de tener una Galatea
suscitada ya desde Purgatorio, un her-
biera lograda hacer palpitar al mismo
Pantástico.

La Condesa mirase de otro co-

perdidos, tomaba las clásicas posturas,
de las estatuas, ora abriendo los brazos, movi-
biendo para conmovernos sobre la esfera,
ora levantando con la punta de sus
dedos el velo de sus cabelleros flotantes, ora
señalando las miradas silenciosas hacia
adelante como para decir el alto de sus
cabellos.

La luz filtraba de las ventanas,
resplandeciendo, por alto, como el claroraje
de los arbores, daba un tinte amarillento
alloy a aquella habitación, que pare-
cía venir en el fondo de un camarín nob-
liario, las líneas, las formas delicadas,
curvadas, sus esculpturas salían entre otros
muebles, y en su mirada azul pintaban
se los espejismos de las aguas, y en su frente
parecían revolotear las grácias y amencillos
del epigrama del pájaro de los días.

La blancura de las paredes y
de los techos, el claroraje venía a ser aque-
llas alborazas, y el oro de la joya se veía
humillado por el de aquellas arcadas
sueltas, y la alfombra de terciopelo ~~recibía~~
recibía con rumor la brete muerta.

ibamos a la del Cuide todos los días,
y eran allí ~~sempre~~ bien recibidos, con
la constante amabilidad, amabilidad
de aquella casa, para una bien recibida
bien para los ~~amigos~~ ^{esposos} de los dos.
Solía, por las cosas del ~~alcalde~~, las rela-
tes de ~~caerías~~ ^{prácticas} del ~~mundo~~,
y las ~~políticas~~ ^{políticas} de ~~este~~ y ~~del~~ ^{del} ~~este~~, que
trababan a aquel ~~comodoro~~ ^{comodoro} ~~en~~ ^{en} ~~el~~
campos de sus ~~torres~~.

Al cabo de muchas noches de
diversión, como si se hubieran que-
to de ~~acuerdo~~, ~~aparecieron~~ una ~~para~~
la casa de D. Esteban, preocupados ya de
los juicios que este formaría de la
carga ~~anunciada~~, pero al no ver ~~por~~
resultado; y ~~continuaron~~ en ~~partida~~ del
~~mas~~ como si ~~hubiese~~ ~~quedado~~ ~~en~~
rempuja la noche anterior. ~~En~~ ~~este~~ ~~por~~
quinto ~~de~~ ~~Esteban~~ ~~siguiera~~ la causa de
sus ~~actos~~; y ~~ella~~ ~~torres~~ al ~~perir~~
espas de la ~~fatal~~ ^{fatal} ~~interrogación~~ al ver
luego la ~~indiferencia~~ de aquel, ~~acaba~~
con ~~por~~ ~~quedó~~ ~~vica~~ ~~comisión~~ ~~de~~

9
contestar a lo que nos se los preguntaba.
El más importante fue el de Maes-
tro que rompió de esta manera: - V. dirá a Adolfo
que donde nos hemos metido estas noches por
sacarlo?

Adolfo se encogió de hombros.
- Bien, prosiguió el otro, voy a satisfa-
cer su natural curiosidad.

Adolfo volvió a hacer otro Motion.
- Le acordáis el domine, lo muy justo que
v. nos dirige ora preguntado, y tanques obliga
ción de contestarlo. Hemos estado de visita
casa del Conde, por invitó una y otra vez,
y no hemos podido dejar de concurrir, y si
verdad que bien se para el rato!

- Es una persona amabilísima.

- Todo un caballero, agregó el Cura, dejando
las cartas sobre la mesa. Me ha prometido
recomendarme para la parroquia; esto
vale tanto como saber de memoria
medio Perenne.

- ¿A qué me parece que ese hombre va a
mandar en la parroquia, interrumpió
el Abate. Tiene fama de personaje al cam-
panilla, y a tener buenas ideas, en el

- La que yo le digo a ti, exclamó el mas-
tro dirigiéndose a Adolfo, es que V. debía
trabarse sobre este hombre que tiene también
muchos buenos libros, que ha viajado por todo
el mundo, y que se ocupará divinamente

- Pues ¿la Comedia? dijo el Maestro, sin
darse de la política, ni parece de estudiar

- La, insistió el maestro, atreviéndose a la
nueva confesión. Seréase V. a la
de esta volada, le presentaremos a V.
a. sin tardancia, y podremos ir todos
juntos a aquel comedor de su casa, donde
se pasan las horas sin sentir. Mire
V. allí hay quince, y V. que tanto gusta
de la música podrá oír cosas buenas,
porque la comedia debe entender mu-
cho de eso.

Adolfo que había callado con-
tentándose con gestos de indiferencia, dio
a todos las gracias, por su interés; pero
no aceptó tales invitaciones. Él tenía
su método su sistema de vida, se iba
por las noches, y se iba muy bien en su
establecida soledad. Su casa estaba abien-

ta a todo el mundo; pero es el a mal-
tismo la circunstancia del loco cuando por
~~la gran del espíritu~~ habia renunciado a
todas otras circunstancias valiosas, resuelta
de un modo estúpido, ni lo habia ciertamente

Los contertulios celebraron aquella
reunión a despecho por haber el conde
burlado a D. Adolfo la persona ~~de la que~~
~~de la que~~ creyeron convenientemente no insistir
pero al fin del pensamiento de cada
uno arrojó más el propósito de lograr
que D. Adolfo por lo que parecía necesario
no tener que dividir las noches del invierno
entre los unos y otros; pero hacer lo que el
abuelito llamaba en su lenguaje de carácter
una caracota.

X / X

Urea. De las muchas en que los tres perro-
negos salian por la puerta de hierro de la
calle del Alarquero, por que mejor habia
trian pasado con los aguderos del Conde y los
chistes de la Comedia, mientras en aquellos
en sendas sajas de otros cueller iban camin-
do abajo dejando alla si caeron y los se-
gueros y ~~graceros~~ para la claridad de Barcelona.

Exclamaba en voz alta sobre el torca plan-
teado con el D. Adolfo, sin mas acen-
samiento en sus palabras, que el ruido
de sus pasos, y el lejano latido de los pines.

— Vaya si lo conseguiremos decía el Conde,
dejándole. V. a mi, a mi, a mi, todo que don-
de la Iglesia promueve, todo se favorece.

— La cuestión exhalaba el Maestro es
que en un momento se agencian de que
los prepararan la ocasión.

— La mujer sería, dijo el Maestro en
cámbulo la señora, una comedia en un drama
la misa.

— Señal de oro, interrumpió el Conde. En-
tonces V. que se trata de hacer amigos a los
caros, y a los D. Adolfo sería, en el Conde
tanjese.

— Pues entonces, mi plan es el único, aca-
bado el Maestro, lo salgo con D. Adolfo de casa;
andando, andando, llegando a los límites del
Alfama, y V. Padre a la hora convenida
se lleva a los niños, y se van a un
parvulo al Conde. Allí se encuentran los
dos, y como hay recuerdos, los presentamos,
y el Conde que es tan obsequioso hace el resto.

de la obra

- Pero me parece bien dijo el cura después de reflexionar, ~~labor humana viviente~~

Y los tres que se habían detenido en camino para ultimar los detalles de aquella conjunción, continuaron caminando adelante, hacia el pueblo; viendo las labraduras de los campos, los cortijos, sonaban más lejano, y la luna les seguía más demorada a tiempos, dando el cielo vacío de estrellas, como cuando en las montañas de las montañas, y sus calles, lo que los labradores llaman sus ojos, en vano, y su boca negra.

- ¿Qué te parece más que eso, dijo el maestro. Si se los luce, o que alguien los faltaría al viento.

- Si, lo ha sido eso, respondió el alcalde, tratando a la alta luna blanca, la cual se le iba, y la miraba con recato supersticioso, pensando a guisa de un niño que aquella superficie de la luna, que desde el altar que se venía acompañando, lo había visto por su ventana de la conversación que lo había oído todo, y que podía contarle a S. Adolfo, o al Conde cuando él por sus ventanas.

— Hombre un más. V. inocente objeto
al Cera para tranquilizarlo, ¿no cree V. que
la luna es una persona de carne y hueso?
¿no hay tal; es una lámpara colgada ahí,
para iluminar las noches.

— ¿Y cuando no hay luna? exclamó el
chacero volviendo a sus incredulidades. ¿Qué
se ha hecho entonces de la lámpara?

— V. d. dirá de que quisea, inmediatamente
al Alcalde, pero yo siendo nuevo, oí decir a mi
madre, que la luna es una persona, y que
sera así que un día vi una leñador que
llevará su borriquito con su carga de leña
bajo la luna, y se tragó todo, y la llevó en
la boca todavía. Mirela V. bien, verá la le
ña, el burro, y el leñador.

— Dijo a sus vecinos a la luna las tragadas,
dijo el domine, y a él se las acuchilló so
nando Alcalde.

Y como para un pequeño pueblo negro,
y el otro se acordó, callaron los tres, y al
gusto espeluznante les daba de pensar que el cuer
po, pero que en el Cera estaba cierto real
mente de que la luna fuera una lámpara,
ni el domine sabía qué sería ni qué, de

encuentro, el fuego; y solamente el Alcaide se
hallaba conmovido de que era algo solemniza-
ción, capar de trage a todos, como al teniente
don, a la leña, y al burro.

FX

Mediamente la amistad del Pardo y del
Adolfo, que se hacía con todo aquel odio y
combinaciones por los tres protagonistas del
Reyol, debía quedar muy bien cimentada,
y por motivo de bienandanza; pero concurr-
rían a establecerla las tres potestades del
mundo: el poder civil, representado por el
Alcaide; la ciencia, por el Abogado; y el tra-
do eclesiástico por el ~~padre~~ ^{padre} Fruto repetía este
a sus coadyutores, y garantaban demandando
que llegara la mañana por la que debían
caer en la red, los dos pajarillos.

Alzó con efecto el día convenido,
y sin mudanza, se protestó de haber men-
osocio, ya con el sol salido, apareció el
Abogado con su perro y ~~una~~ en compañía
por la quinta de D. Adolfo que lo esperaba
paciente con los ojos.

Los dos protagonistas cayeron por delante.

y los dos caradores, se perdieron entre
los mazorcales, volaban como codornices, el
maestro no acertaba en disparar, tan con-
vencido y alterado iba; pero contra su con-
tumbre no se movía los cabelleros, en la
superficie con el perro a pelear.

Don Adolfo estaba tan quita-
rio aquel día, y ésta quiere, ésta es que
no, iba persiguiendo toda la volatería
que al Maestro se le escapaba; pero tan
perseguido venían contra los insectos
avocella, que iba reparó que andando
andando había llegado ~~en fin al lugar~~ ^{con su consiguero}
~~too~~ hasta los límites del Marqués, cabe-
zar atravesadas sembradas.

En el sitio convenido. No era
urgente llegaban allí donde se puso un
tinal, el Cura y el Conde, después de de-
cir aquel se mira en la capilla del pa-
~~do~~ ^{do} ~~Marqués~~ ^{Marqués} y he ahí aquí que los criados se tropie-
ron en el límite aquel, a la sombra de aque-
llos árboles, según el preparado plan estrat-
égico.

Don Adolfo se volvió con cuidado,
el Cura se apresuró a presentarle al.

Conde: el obispo le saludó al cura como
hacíanlos de unidos, y el Conde obsequio-
so y atento, celebró mucho aquella ocasión
de haber conocido a una persona tan dis-
tinguida, de la que ya tenía las mejores
referencias.

D. Adolfo no le pudo resistir, con-
tole con otros a las puertas del Conde y
éstos obligó a los señores Mayores a quedar
con él ~~en~~ ^{en} ~~aguardando~~ ^{en} ~~el~~ ^{el} de esperar que
llegara a la casa, para ofrecer allí una co-
pia de versos y poemas inéditos.

Anduvieron largo tiempo conversando
de un lado con un lado, los dos señores con-
cien, mientras la tología de Alcalá, Lima
y Almadén un poco de la celebraba con son-
reír y guiso de triunfo. D. Adolfo halló
muy agradable la conversación de aquel
viejo doctor y apogamirado, que debió ser
una gran figura de unido, el Conde simpático
mucho con la sencillez y buen juicio de su
intelecto; y a la vez sin sentirse se encon-
traron a las puertas de la gran casa del altar
quede, embellecida y vista, vista por el oro
y el gusto de su dueño.

[illegible][illegible]

Una oleata di perfumier, loro giovane,
accursò a' lor circostanti, in approssima-
zion. Quando apparso in al diavol. S. Adol-
fo se schiamò, e se pose terribilmente pi-
tuto; ella al vertè, se quedò come petrificata.

lloraja por el ojo de la cerradura del
despacho de D. Adolfo aquel día!

— El recuadro debe estar mal, ~~pero~~ ^{pensó}
la muchacha, por que no ha querido abier-
ra. ~~El recuadro~~ ^{y llegada de la inclinación}
el recuadro, se fue de puntillas hasta la
puerta del despacho, y se puso a observar.
D. Adolfo se había encerrado allí,
estaba reclinado en su dormilona; pero boca
abajo, con la cabeza entre las manos, opri-
miéndola la frente, y como si sollozara.

Aquí pasó un largo rato; después se levantó
con los ojos cerrados; y se puso a dar largos
paseos en la habitación.

Crispaba los brazos unas veces; y otras
apretaba los puños; miraba hacia arriba
con suprema angustia, o inclinaba la cabeza
sobre el pecho con abatimiento.

lloraja espantada, estuvo a pun-
to de echarse a llorar a gritos, pero no se
permitió hasta ver el final de aquella
creencia recuadra.

D. Adolfo abrió un cajón de su mesa,
el mismo que tenía cerrado siempre con llave,
y sacó algo ~~algo~~ ^{algo} que me como un retrato que ella
no distinguía, y lo tuvo quedo furiosamente.

2/
Después de haber la manijara de la di-
námica y arrojó allí los pequeños fragmentos,
y otros varios papeles ~~católicos~~ también de aquel
cajón misterioso.

Aunque hiciera de todo un montón de
ello, encendió un fósforo y le puso fuego y mis-
tra; aquellas cenizas volaron a volar por el
milagro comprimiendo entre sus manos la
cabeza volcánica.

La llama, lo convirtió todo en cenizas;
Adolfo alzó unos gemidos que más pare-
cían ~~estallidos~~ a ~~los~~ rugidos de los alau-
ceados.

Mirraja no pudo más; y cayó al suelo
presa de terribles convulsiones.

El ruido del golpe y de los estremeci-
mientos y a los gritos de la muchacha, Adolfo
se levanta corrió a la puerta la abrió de par en
par y vio a Mirraja en el suelo ~~convulsionada~~ ^{convulsionada}.

La cogió, la llevó volando en sí, y la pregun-
tó qué era aquello.

La joven no supo qué responderle. Paróla
por allí y la acometió aquel mal.

Entonces Adolfo le cogió las manos
y sentada cerca de sí la llevó para calmarla.
Vibrando como estaba hervía en

La luz de las ventanas del palacio
de Hierro en su rostro moroso, ma-
visimo, de guapas líneas arabes, ~~que~~ ^{que} ojos
oscuros centelleaban como rocas, ~~de~~
~~vidas, cuajadas~~ de estrellas; sembraban
los ojos largas pestañas, que ~~se~~ ^{se} ~~se~~
~~la~~ ~~señala~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~señales~~ ~~de~~ ~~al~~ ~~filosofar~~
y la braga de la convulsión natural del
tado el negro cabello, que se caía por
bordes, guantes, como líneas de serpiente
suscitadas.

Dr. Adolfo retenía en las manos las
serenas de Maruja, morosa, tersa y fi-
nas; ~~como de adición~~ y sentía aquel calor,
y aquella elasticidad que por ellas despa-
cía aquel cuerpo amoroso.

— Vámonos, tranquilízate, te desfogas
con un movimiento instintivo, sejas
los ríos de tus cabellos que te caían por
delante, para despejar de rondar, aquellas
fraz.

— Cuenta la verdad de lo que te ha
pasado, insistió.

Y Maruja temblando, como suelta
mucha centella, siguió contando.

Adolfo la veía con tanta desconfianza
moderada, y balbuceando la misma excusa.
— No puede ser, replicaba sin cesar, ten-
~~dras~~^{tiernes} algún que otro algo le sucede.
— No, no sé, y no puedo decirlo.
— Como para nada; pero se cómo ha sido esto;
y mil razones parecidas y rebuznadas para
aquellas mujeres que la retención, y aquellos
cosos que querían conducir a su secreto, se
dejó caer sobre el pecho de Adolfo, claman-
do amargamente.

De Adolfo sintió como aquellas ardientes
lágrimas, y quiso apartar la hermosa cabeza
de sus ojos, y sintió sobre sí el peso de
aquella de Moravia, que seguía apegada a
ellos.

— Por Dios, le dijo, sea con lágrimas y
sufriendo todo: dime cuál es tu pena;
y para de sí la recordaba como si quisiera
por instantáneamente olvidar ^{así} aquellos
recuerdos, e imágenes que había convertido
en cosas.

La boca, la frente y el cuerpo con una
línea de Moravia; ~~la cabeza, aquellos ojos, cabellos, su-
bras haciendo la cabeza de besar la
boca y los labios, y la actividad contra la cabeza.~~

[illegible]

¿Cual seria aquel secreto de que le hablas?
 ¿que dirian aquellos papels reducidos a ceniza su-
 bta chimenea? ^{Algunos} daba recallas en su ma-
 guracion ~~a aquella tragedia~~ ^{a aquella tragedia} ~~que~~ ^{que} ~~se~~ ^{se} ~~habia~~ ^{habia} ~~pasado~~ ^{pasado} ~~en~~ ^{en} ~~ella~~ ^{ella}.
 ¿por el oyo de la cornisa sin tener conciencia de ella.
~~una palabra~~ ^{una palabra} ~~que~~ ^{que} ~~se~~ ^{se} ~~habia~~ ^{habia} ~~pasado~~ ^{pasado} ~~en~~ ^{en} ~~ella~~ ^{ella}.

Però fuere lo que fuere, co' re integrata
de un alagun m'ochessa, por que lo proprio
scivuo la occorrenza de aquelles allages, quando
de un anno, siemp'ora tan sano y herano con
elle.

z afectivos y tiernos: sus labios eran dulces en palabras, y sus brazos acariciadores en cuidados y aprensiones.

Ella me lo recordaba bien y aquell
fue una tempestad de relámpagos de pasión
pero oíia que la estrecha muchas veces, que
la clavaba sus ojos de fuego, que la recorría
por y cabellón, y mortificaciones,

Fellaruga afevada a sua abscada
daba truco al aire, como si pasare revolucio
do contra ella la iurgencia de E. Adolfo

de diferentes modos para se obter em
vota todavia em suas habitações, e em acor-
taria fumando em companhia de outros em
illius cigarro.

El recuerdo de aquella escena de con-
trainta, había dejado un punto de ter-
ror en el hombre grave y anciano, para disiparlo
rápidamente por el viento.

Vuestro padre al recibir
 a la Maruja, estaba inmensamente
 contento; dejábase a las cosas de su natural e
 espontáneo, tierno y servicia como la solía
~~comportarse~~ sin comprender nada más a
 e trágico
 todo, él no debía dar palabra a aquella
~~devoción~~ de su vida. por su amor en el fondo

27 de Janeiro 1810
Hoje, se me debia dar pábulo d'aquelle
~~devidas~~ de rierva. por se cairer um floredo.

alta ~~capda~~ ^{capda} por sus caprichos.

Mejor que el arrojamiento de la diosa
era la indiferencia de tiempos. Alauza era
divorciada; pero podía suponer en ella una
indiferencia irresistible, más que la carne de
con aquel abundante pago el carácter que con sus
mandatos de ternura acogió sus volúmenes y poder
eas).

Habia que agudiza a defenderse de su
alma, más bien que apaciguarse de su guerra
y debilitar.

Por lo tanto el que cuadraba a su carácter,
a su personalidad y a su conciencia.

Lo demás era indiferente, sobando y en
minal. Et una vez un rodado de aquella per
tore criatura a quien en su casa tenían oculto
e como hijo.

Por lo tanto, o sea esta causa un antídoto
contra el veneno que itula en su alma, como
un medio de olvidar y borrar de su mente a la cosa
desea, era una más indiguo.

Alto se adaptó mentalmente su vida
nación; como se hubiera agitado en la pupa. El había
uno que le acompañaba en su soliloquio, se acordó y
apropiarse la luz queriendo conciliar el sueño.

Se fueron en un barco; se volvió a estar

decidida; y cuando él formaba un propósito
se apoyaba con toda la energía de su voluntad.

Hampden quiso pensar con la Condesa
ya se había hecho un culto de fe con aquel retrato
y con aquellas cartas de amor de otros tiempos
felices.

Estaba destinado a consumir y gastar en
aquella vida; y únicamente en su religión, en sus
reputadas lecturas, en sus facetas agrícolas y económicas
ideológicas, en su cultura literaria a sus males.

El ruido del mundo le molestaba, porque
le traía recuerdos tristes de su vida, alegre y ma-
tirada de ilusiones de la vida.

Allí concurría a la infame; allí loco
de pasión vivió como un loco en la jaula; se
querirían la vida. Estaba aquel humilde pero
souligeo al de un encanto de estudiante de
lento de alegría para el estudio había se figu-
rare que aquella joven gentil como la que po-
jaba sueños de dicha sería de otros! ¿De quien?
El exigencia estaba de su frado. Nunca pudo
haberlo antes. Pero ya era notorio era el viro
conde, ^{no} no podía haber enamorado a aquella
niñera. Por eso se dijo realmente, por per-
gaminos, por cartas, por palacios, por calor de
cara; infame! La frialdad y el orgullo la ven

unidad y la ambición, habían nacido en
ella más que las inclinaciones del alma,

Allí sola quedaba que abarrecer, por
tanto que abarrecer es recordar, recordar
con odio, y al fin con odio en cada amor guerra
recordar nada.

Y sin embargo agitado e incansable solo
pensaba en aquella mujer.

Encendió la luz, se puso a trabajar en
"Sesquicentenario"; recogió aquellas páginas de su
libro "La vida, el amor y la muerte"; y encontró
muy justificadas aquellas sombras pesimistas.

XXIII

Cuando para el alma la noche en un gemido dolor,
parece que la naturaleza se complazca por la ma-
ñana en su ruina.

Ayer me había D. Delfo consiliado el sueño;
cuando al amanecer, y los pájaros esultaban en
los aleros de la quinta; precisamente en la pe-
chada del dormitorio.

¡Qué gorgoros interminables, qué alegres sa-
ludos al sol naciente! D. Delfo se volvió de la cama
y subiendo al porche, vio las golondrinas, negro
volar por el balcón, y miró el cielo muy azul,
el jardín aragado de flores, y las montañas
distantes vestidas de túnica color rosa.

Se fue al despacho que estaba cerrado y trabado, y sintió el olor de la resaca del matorral y de las cortas de la Coudera. Abrió el mirador: el aire perfumado de los jardines dirigía aquella atmósfera de brumas, y el sol entró dando los buenos días.

El paisaje era pintoresco: la casa rodeada de jardines y rosales, las fuentes de mármol haciendo sonar sus liras, de agua cristalina, los miradores sostenidos por columnas de rojas parras que a millares crecían entre los ramajes verde oscuro, daba a la quinta aspecto de jardín de los Horquindos; después el río avanzaba con los ruidos charcos de agua, sobre el aljibe de arena oscura avanzando a la otra ribera; y en ella entre la villa del río de la manzanera, el incenso de la granja con sus bosques y tierras y miradores, y con sus viejos edificios palacios y jaula dorada de la Coudera.

D. Adolfo no quería recordar, pero te miraba aquel jardín frente por frente, y no había remedio: o dejaba su aldea por el cielo y sus fincas y su vida ordenada y me

[illegible]

Por qué vivir? Si ya nada me da
y quillo, habia saltando bastante en
cuentas para saber donde me iba a
vivir. Donde tenia casa, un
río Riojal, con sus árboles, con sus
borradores de obras que se le van desquebrando
muertos; y todos los días se le presentaba la visión
distante de aquella maravilla de sus charcos,
y la tendría por bien muertos y saltando.

Elas tendrá por buena su conducta y su
 lo que él maliciaba la conducta del Conde,
 él no podía dar la mano de amigo al que les
 presentó en dicta; él tampoco iba bajo la
 figura de una amistad ^{placada} ~~aparente~~ generosamente,
 a buscar el derrotero a la perdición, o la ruina
 gracia de una felicidad política.
 a su vez, como concha, reventaba a

Encomiendo mi buena, reputación a
toda ocasión de encuentros, o entrevistas con los
Condes, en una al menos más seguro de acabar
la cicatrización de aquella herida de su alma.
Y firma en estos propósitos para con

llevar al camino de su vida de misán-
tropo, como el gusano que se apoya bien en
sus estúpidos para seguir adelante en su largo
caminata, se puso a los dos penachos y cor-
tas que le acababan de ~~traer~~ traer muchísimos
al ovejuno le preparaba el desayuno, pero que
no ocuparse más en aquellas cosas desagra-
dables.

En tanto que Marija y Adolfo habían
velado ~~la noche y la mañana~~ en sus respec-
tivos habitaciones, barajando tan diversas
ideas, la Condessa ~~se~~ ^{la noche} pasó en claro también
nerviosa, presa de necesidades histéricas, con
alarmas del viejo Coude, que recibía a su vez
cordales y tiranas.

Aquella impetuosa tormenta del
insuperable encuentro con Adolfo el obligado
disimulo que lucha de imponerse, para que
el Coude no notara su turbación; la conciencia for-
zada, la conversación diferente cuando a su
cerebro se agolpaban pensamientos; muy por
res, hicieron que la Condessa en todo el día
acumulara clamores, nerviosos para una
explosión.

Ah que después de aquella noche se

gemidos, resaca, y convulsiones, de llantos
aparentemente sin causa, y agitaciones, sin
movimiento, la hermosa fendera a la mañana
siguiente estaba quietita y ajena, sin gracia, de
admirarse. En su lugar, como una linda
uniformidad; y apenas se acuerda que la don
cella la vistiese a la noche y lo a reglar.
de cualquier modo al rico caballo.

Robocela, patria el punto, acariciándola;
"toda vez que me levantas cuando se sobrepone
a la sangre, con la que se ha visto por estas
agitaciones todos los días, saltarines se pa
rese a aquellos de cuando de los cascos de los
que que todo lo tra Agrezaban". Pero es por eso
que me sangre nunca roja, no la palida que cor
re bajo tu piel". Y por eso desde una buena salud
animo a caballo por sus cantos, y recibidos el
posol andaluz, y el oxígeno de estos campos, y
razonando en la faz la cosa, que no dicen
nunca en medio de las arbores.

XXIV.

Don Adolfo recibió al día siguiente la visita
del doctor. Pagaba la de aquel, hecha en la ma
ñana de la fermentación; y la enferma, por
siempre, se encontró ^{en} hombre, y de exquisito tanto

La aldea le agradaba. Estaba cansado de
las grandes poblaciones, había viajado mucho
en su vida, y como ~~estaba~~ ^{era} una aldea
y entre tanto, allí cuando aquella mujer
sabía ~~que~~ ^{la} parlaba con él solo.

Le invitó a ir luego a pasar con ^{ellos}
a la aldea. Las mujeres del campo eran largas
y morenas, pero en su pequeña reunión
jugando un rato al trillo, haciendo de
rato música, o charlando de cosas ajenas,
el tiempo se ~~era~~ ^{iba} sin sentir.

Allá concurrían al cura, el alcalde
y el ~~alcalde~~, tres excelentes personas; pero
sacando al uno de su política de cam-
panario, y al otro de sus ocurrencias, el pri-
mero del tema de un concupis no po-
día contarle con ellos.

— Lo gusto de las cosas, de los buenos libros
de todo lo que constituye las aficiones
de ti, decía a D. Adolfo, y me entender
meo mejor.

Me han dicho que tú mea ~~de~~
música alemana, y soy devoto por ella
y me ~~mea~~ ^{mea} regular quanta. ^{Di Venti}
las obras de los grandes maestros.

D. Adolfo hacía signos de conformidad,
y con breves palabras, agradecía a su inter-

doctor tantas deferencias, pero en él
fondo se afirmaba en su propósito de no
asistir a reuniones ~~en~~ ^{en} ~~terribles~~,
Aunque quedare solo y tuviera
que acortarse temerario de punto abrumado,
no daría un paso hacia aquel edificio
fatal, donde el conde quería labrar la per-
dición de ambos.

Successivamente la conversación pasó
de este a otros puntos interesantes, se habló
de libros raros, y el conde ofreció en su biblio-
teca a D. Adolfo algunos que éste buscaba
afanosamente y que no había podido en-
contrar.

Aquel hombre lo parecía todo, los libros
más excelentes, las obras de arte más capri-
chosas, la educación más imponente, la for-
tuna más sólida, y la mujer más bella del
mundo. Era un mortal dichoso, el único
que al ver el mundo podía llamarse feliz
satisfecho contento.

Una cosa le faltaba por el momento, según
explicó a D. Adolfo, tan sencilla y fácil de con-
seguir que no podía constituir verdadera fal-
ta: necesitaba un jardín, en aquel pequeño
lugar había hortelanos, que vivían en la necesidad
de traerle de ~~los~~ ^{los} ~~propios~~.

De Adolfo le salió al paso para resol-
verle el pequeño conflicto. Él tenía un jar-
dín en bastante persona, horticultor toda
la vida, y se lo encargaba a cuidar a los pade-
ros del Marqués etc. una temporada algunas
semanas, mientras el Conde ~~se ocupaba~~ ^{encontraba}
otros de su agrado.

Era el viejo Matia, su familia se reducía
a una nieta, muchacha también dueña en
el arte, que ayudaría a su abuelo con ver-
dades primor.

El Conde agradeció mucho la ofer-
ta, aceptándola, y D. Adolfo se regocijó de po-
der así dar salida con aquel viejo servidor
a la vehemente Maruja.

No sabía ésta cuando estaba la
salida del Conde de aquella visita, como
se fuera un animal raro, que le tendría
por amo y señor desde aquel momento, que
sin saberla de la quinta D. Adolfo la ha-
bía endosado como un valor entendido
a aquel otro terruño del Condado de Ma-
rañón.

D. Adolfo llamó al anciano Matia,
y le refirió lo ocurrido con el Conde. Era
preciso que le arreglara los jardines y

los parques, mientras aquel ~~se encontraba~~ ^{buscaba}
otro hábil hortelano, y que al fin se fue
con él para ayudarle. Florito lo sentía, pues
jamás hubiera querido desprenderse de
ellos; pero después de todo esto era puramente
temporal, y ~~transitorio~~ ^{transitorio} y su plaza no
sería ocupada en la guerra. Allí se arre-
glaría a Adolfo como quedase con alguno
de los hortelanos, sus amigos, el Conde
había que complacerle y servirle.

Mientras bajo la cubierta resiguado, co-
mo si quisiera escapar de la guerra, por lo me-
nos imaginaba, sin decir palabra con nadie
a la vez se atilaba para trasladarse al
Marquicando.

El Marquicando no se fue una palabra
hasta que se atilaba lo tenía todo listo, en
tonces la llamó, y con palabras mal conteni-
das le dijo la orden recibida de D. Adolfo.

La muchacha abrió unos ojos muy
grandes, descomulgando de las cosas me-
gillas, ^{la} color, y quitándole el habla ma-
de un momento. Se fue corriendo a llorar
con vergüenza, cubriéndose con las manos
la hermosa cabeza como en un paño.

sin que nadie pudiera consolarla,
mas' no se iba de allí a buscar
a aquel caballero, que parecia un oro
blanco; a pesar de su candelero y de sus
millones. Dado esto no la soltaba de su
casa de aquella manera. Luego veíle,
despidiéndose de él por lo mismo, y guisa
así se apenaría.

Fue preciso avisar a D. Adolfo
y que éste con talaga ~~en~~ dadas pala-
bras, a reguarle a Mariya que aquello
era un servicio provisional que iba
a prestarse al Conde; y que volverían des-
pués a la quinta, donde no serían sus-
tuidos, para que Mariya continuase
en marchas; pero alorando a la última
veia, apoyada en el ~~trunk~~ ^{trunk} a su lado
como si no pudiera sostenerse.

Cuando ~~el~~ D. Adolfo la vio desaparecer,
sintió el dolor y la satisfacción del que
su lucha consigo mismo acaba resien-
dole.

XXV

El que'stampó
~~de~~ se fingia superior para excusarse
de vencerse en los celos del Conde. Era

perados ataques de nervios le obligaban
a sus ratos por la noche, y se pasaban
un par de semanas,

Lo veía, no quería ver a la Condesa
también arrastrándose alguna fibra
de su corazon; habia desterrado a Clara,
con el mal estado, a quien tanto apreciaba;
pero otros sacrificios eran necesarios en
razas del poder. El hombre varonil, due-
ño de su destino debía obrar así.

El problema moral se le presentaba
como muchas otras veces imperativo, no era
fácil abusar de aquella infeliz Clara; tam-
poco lo era perturbar aquel hogar agradable
del viejo Conde, ~~se~~ robarle aquella mujer en
quien estaba depositado su honor, su tranquilidad,
su amor aquella amistad que se le brindaba; la
falta de su vida impedía que se atropellara, para
poroso dejarse llevar cada uno de sus deberes
al fin determinado que uno estaba, reconvir-
do.

Cada día le venía a la memoria algún poder
maligno que perseguía a los seres, y lo recon-
ducía a la vida que se inclinase al
demonio a gobernar ya lo a cada paso,
más ahí estaba. La luz sola razón para

iluminaciones y la fuerza de la volun-
tad, para conseguir y conseguir la
victoria del alma libre contra las ten-
taciones y la tiranía del mal.

D. Adolfo ~~estudiante~~ ^{libre} corrige y guia
estas batallas; y tiene la confianza de ver
los nuevos triunfos, pero para ello
habia sufrido su inteligencia y su libertad
~~de su propia voluntad~~ ^{voluntades} y ^{Así} ~~de su propia voluntad~~ ^{Así} ~~de su propia voluntad~~
mirando todas las cosas, proce-
diendo esta sencilla oración: "Dios, te com-
pacto mi deber; fuere ~~para~~ para hacerlo
mañana

Si hubiera creído que Adolfo pro-
pieta iban a empeorar su situación
en aquel tiempo tan apuroso del re-
no hubiera tenido tal ~~Adolfo~~ para
llevarlos a cabo con aquella pureza de
vida y fealdad. Pero precisamente por tal es-
ganaron en ello sin bajo el punto de
vista de su bienestar material; y así
venció en hacer aquel doble bien a
despecho suyo.

Así, finalmente, el viejo Adolfo, satis-
fecho en lo físico y químico, por que el

Conde de Aranda el mal, le dio buena
cara, y le estimaba de tal modo, que en suanto
a Mariza tan respetada lo fue de los
reyes, que lo tuvo en su consejo en sustitucion
de la que tuvo, quien mantenida por la
vida solitaria del campo se despidio para
la Corte.

Los jardines, puentes, fuentes, de los
ranchos bajo la proteccion de Mariza, y la com-
didad ante la impunidad de Mariza fue
atreviéndose a ciertas inquietudes, que con-
otra más ladina, la misma hubiera sido
peligroso en hablar.

Con que aquel señor tan sensible tra-
cia una ~~curiosa~~ ^{curiosa} y con que ésta se
pudiera ir a aquella casa de los balcones
de mármol que parecía una mansión, y se
vería la historia media local, pero un
nombramiento. Ciudad con la diversion de
pasar a los otros y otros lugares, escribiendo
de volando algun rato de casa, con el mas
to de escuela y acrobacia a la hora de la
gallina.

Mariza que se complacía en recibir
los los más minios detalles de las costumbres.

de mirarla tropo aburrido, y por ultimo
le conto la escena aquella melancolica y trágica
que presencié, por el ojo de la cerradura, y
el auto de fe con aquellos papales, aires
terribles, guardándose solo de referirle el idi-
lio que tuve por epítogo, y le descubrí
aquella pasión que por D. Adolfo sentía
desde chiquilla, y aquellas risas de la prima
que por el había derivando tantas cosas.

La Condessa hacia cosas que me
gustaban con aquellas chifladuras de Don
Adolfo, pero cuando ella se iba refu-
giándose en un rinconcillo del cuarto
tocador que era fuero visible por el ojo de
la cerradura ninguna, se llevaba el pañuelo
á los ojos para secar el llanto que le brotaba
y después acudía á la chimenea para que-
narse ^{un} guiso de cerdo, horneando los hue-
llos de las lagunas con la fina corteza de
los polvos de celotina, y la más santa de la
sociedad de siempre.

XXVI.

El cura y el Maestro que con el ~~Alcalde~~ ^{Alcalde} le
formaban la trilogía de todos los poderes de
vicio y humores del Hospital, y que tanto
habían reformado de su fealdad y buen

tiros para sus amigos a D. Adolfo
y al Conde, cuando llegaron a haber la
sita de este y las mutuas simpatías de
ambos esperaban todas las noches
aparecer ~~a D. Adolfo~~ ^{a aquel} por el comedor de
la casa conchal donde se paraban tan
a gusto las veladas.

Pero al ver que D. Adolfo no ~~se paraba~~ ^{se paraba}
y se iba al penitenciero creyeron en la deli-
rencia, luego sospecharon que aquella era
una pretensa para quedarse en
su concha, y se propusieron conquistar la
obra sacándole de allí y remolcándole a la
tortula.

— ¡pero faltaba más! decía el cura que de-
jasemos a este hombre como un ciego me-
tido en su agujero, meditando en la im-
mortalidad del alma del sangrante. Cada
de le traeremos velas y velas; le daremos com-
voy desde su casa ~~tomándole~~ y dejándole
en ella. ¡Y el Abate imaginaba de qué
medios se valdrían, ya que otra ~~cosa~~
ma de codicia no podía llevarle allí, al
palacio del Marquésado, a las orlas de la
sita, hora de la tortula.

El master de aquella escuela, este
haba al Conde sus ideas, y con toda premu-
ritacion las tres protestantes de la aldea, no dis-
pon de otro mas que avisar a D. Adolfo, para lo
que en el momento preciso despus de excomu-
nicar se perscrubieron en la casa para matian
solo, a fin de que no incurriesen en falta.

Realmente D. Adolfo no llevaba
cuenta con las reglas del calendario ni usaba
el cumplimiento de las obligaciones venetas, y tardas
los dias, solo algunos, para tratar de los
bonds, breves, muy pocas en sus puntos,
teniendo presente su costumbre y sus afec-
tos, ~~ante~~ ^{ante} la sorpresa de que
ellos tres sabian que ya no ~~podian~~ ^{dejaran} para
por verdad ~~ante el Conde~~ la ocurrencia del

matrimonio, ~~para su mayor declaracion la muestra~~
~~no perdiendo al propio tiempo lugar~~
a la independencia de ~~aquella~~ ^{ellos} ~~conveniente~~
~~su repaso que~~ ^{pretendian} ~~acompañar~~
la casa Conde, ya tuvo otros remedios que
~~se~~ ^{ya} ~~en~~ ^{ya} ~~ellos~~ ^{ellos} bien pensados de
haber sabido el punto de aquel dia, para
haber cumplido a tiempo con una torpeza.
Lo que ya decia D. Adolfo, para sus

admirar, mientras iba así remolcándose
puesente adelante hacia el estagnado
tan mal aventurado río, que hasta el
oculto del día conspira en mi contra.

El cielo se empoderó indefinido que
prepara los rios para inclinarse al hom-
bre a la culpa; pero desde aquel momento
y con aquel ~~tiempo~~ ejemplo patente, pre-
saba que hasta los rios quedaban so-
juzgados de aquel diabólico poder, y con-
tinuaban obligados de sus planes conlato-
res, cuando el diablo se empieva en per-
derlos.

Primeros de todos entre los
samaritanos, como es que en Póbraga es-
ta de de trancito, se miraba en silen-
cio y en silencio entre el gran ruido de
las conversaciones de sus ocupantes,
y así se ven el puente de un río
que cubre una y otra orilla del río.

La luna se veía a ^{requitos} ~~recompensar~~
embordadura desde el principio en un re-
gro azul; las estrellas parecían sólo
del cielo; los campos se hallaban de

unidos; los cubiertos mudados sin ruido
sin rumor, y solo un charro de agua que
se veía a veces abajo por el cauce, en su ma-
y por patos secos, quedaba en eterna canción
debajo los arcos del puente.

La noche volaba silenciosa, algo
y próxima al amanecer. Brutas mas parecían
a sus ciferas; apellidos de gigantes mas alados;
y que casa, lejos de ella, donde, como en
muros de río cubría las acordes de la lira
o como ^{acústico} ~~que en la noche~~ ^{en la noche} ~~acústico~~ ^{acústico} ~~que en la noche~~ ^{en la noche}
figas de su danza.

XXVII.

En la sala central ardía un fuego, en aquel momen-
to. La noche estaba en regala de las cocinas,
con una gran comida, y ~~en~~ toda clase de por-
tules dulces y licorosos en el comedor de la con-
des arriba la araña central iluminando a
gigantes la estancia, que veían platos aqui-
tos, sajos de cigarros, y pirámides de botellas
de champagne.

Cuando personas del pueblo acudían
a felicitar al Conde eran introducidos allí,
y sobriquidos, y guarnecidos, pero a la vez
no había voluntad ninguna.

Se tomaron los platos y se be-
bieron.

taron los mantiles para servir después
el ~~the~~ y el café a los convidados, que eran
esperados, y que tardaban algo más.

La Condesa se disponía ella misma
a servir el rico mesa y la aromática in-
fusión china en cápsulas de plata repun-
da, y las tazas estaban todas dispuestas, me-
nos una, por que la visita de D. Adolfo
~~estaba en el programa~~ ^{no estaba en el programa} prevista,

Brillaba más hermosa que nunca
a la joven o jovenzuela, vestida de
rico traje de terciopelo negro a la Estaline
de Medicis, con auréolas, mangas, lavi-
tado cuello, y cinto cuadrado; un arco
negro que hacía maravillosamente
resaltar la blancura de aquella garganta,
y de aquella tabla de pechos parecida a una
gran concha ~~abierta~~, ^{vacuina}.

Sus rubios cabellos se veían en mul-
tiples reros entrelazados como muchas ma-
dejas de seda toral de colores azules; y
sobre ello, brillaba una ^{joya} ~~estrella~~ solitaria
de brillantes, que hacía ^{pendant} ~~pendant~~ con los
dos broca antiguos de sus pendientes.

El Conde estaba satisfecho y a desir

verdad me contó de sucesos que la tía
mi la visita de D Adolfo, aturrido viendo
desfilar por su casa a todo el puebloillo co-
mo un rey chico en un día de ^{base negro.} ~~sucesos.~~

Mareja bien vestida y calzada, con
negro y ajustado corpiño, y con delantal de
peto blanco y ^{negro} ~~botones color rosa~~ con su flor
en el pecho; y su peinado bajo de aldeana, iba
y venia cumpliendo las ordenes de su señora,
o se colocaba para esperar en el lindel de
una de las puertas como estatua de adorno.

El comedor era enorme, de techos
antiguos de moderna labrada, que se veía
de cerca lo granada, y el Comedor no quiso que
tardé a aquel aspecto señorial, y lo adornó con
grandes sillones de baqueta, y con antiguos chi-
neros de cerámica ~~con~~ aplicaciones de cobre,
con jarraplatas y con trofets de cera, colocando
sobre la monumental chimenea la inmen-
sa luna de ~~trapezo~~ ^{un} cerámica que inclina-
do, reproducía seguida con la amplitud
decorado y mobiliario de aquel comedor,
duplicándolo.

En él se copiaba la granitica imagen

de la Comedia con su traje y un jóva,
Pascual, puesta allí, para que Adolfo
pudiera verla sin mirarla directamente,
para que pudiera recrearse en su divina
figura, estudiar de nuevo aquella cabeza
de Porruarina que habia sido el delirio
de un pintor, y aquellas líneas de dios
griego que habian constituido la siempre
ración de un estatuario.

También los espejos vuelven con
condiciones del poder diabólico que prepara
ra las tragedias del mundo y con sus propias
~~luces~~ ^{luces} han hecho de meditaciones en los
amores prohibidos; mejor que aquel libro
que sirvió de ocasión al ~~Beo~~ ^{Beo} ~~de~~
~~Francisco y Paolo~~, ^{insupero de Francisco y}
Paolo - XXVIII.

La llegada de Adolfo con los demás con
testados, produjo variadas emociones.
El padre se acordó de su vida anterior, con su
su alegría, por aquella defecuencia y
recuerdo: la condena galileica y remitiendo
todas sus energías para disminuir, y
Alanca radiante de júbilo, saluda al

recordaba la escena aquella en que por vez
primera pudo ver el fondo del alma humana
de su amor.

El Conde era el marido de siempre;
al que ninguna sospecha de quiebra debe y
permite en poner su confianza en el
más peligroso.

Verdad que la sinceridad de su amor
sus amigos y contertulios, y aquella fama
general que tenía de frío y adusto, eran
condiciones incompatibles con las de un
regalador de fines: verdad que aquel rein-
deblante no puede servir a los roles ni a las
sospechas; pero el Conde ignoraba que
el árbol late bajo la garba, y que en aquel
no siempre toma sabera de cereal como
la resiente del Varadero.

¿Quién me illica decirlo de ninguno
un báculo que ha de perder tarde o temprano.
no por una hora, un árbol que cubre y
una sorpiente seductora? La biblia es
cuna se repite en el corazón de todo mar-
tal, para que no podamos negarla; y Adolfo
la Biblia ya decido de sí. Habíanse forjado
un paraiso de su Riojal, y ^{allora} ~~ya~~ tenía delante.

ra árbol que exhibió: la brevedad y una
tentadora suplicante, la antigua pasión
que quedó aplastada, y que se desmenu-
saba por las a puercas en sus pedos.

El la contaba ~~en voz~~ y hablándole
con palabras suaves, pero opresivas la
expresión de su voluntad; acumulaba
contra ella las culpas de ^{sus agravios,} ~~su vida~~
~~de~~ y luego como ante un mal necesario
en sus ideas ilusas y en los dictados de
su conciencia reverberaba.

Aquella estaba al lado del ar-
bol ~~que exhibió~~ ^{del árbol} y con él latente insinuan-
do a codiciar el fruto vedado, fue pa-
ra él tempestuosa. Por bienaventuranza de sus
ideas, las culpas de su espíritu, por re-
lucientes de sus sentidos, y por la so-
berbia de sus luchas internas ~~se multiplicaban~~
~~en sus pensamientos~~ ^{se multiplicaban} por
aquella exterior sose-
riedad que había que aparentar, ~~por~~ ^{por} aque-
llas conversaciones frías que había
que seguir, ~~por~~ ^{por} aquella hipocresía en
que había que aparentar, en su corazón
Por primera vez oyó el dolor que era.

[illegible]

ma come la vedi antier, quasi conculato, e Ann.
obloroso. Ella decisamente gelata, le dissi tam.
«bien la mano, ma, ja ou vai de murmur
per aquel la gelateria "infame" a me oio, nada
de dep^{te} ella apertu mare, pero lieramen
te la mano de ^{D.} Adolfo, e per oio era una
una mizada de augustia.

X X 1 X

~~Alto~~ En castella de nuevo en la villa de
~~recoyendo durante un~~ ~~semana a la misma~~ ~~manera~~
~~un tiempo de su~~ ~~que~~ no se había arrojado
~~que~~ ~~siempre~~ ~~el~~ desde que la dirigis en
 orquidea contra el desde que la dirigis en
 apóstrofe. La había llamado "infame" y le
 por de ~~su~~ ~~manera~~ mostrándole ahora de
 exaltación la había buscado después con los ojos
 agitando la ~~manera~~ la mano al partir.
 ¿No quise decir con aquellas indefini-
 das ~~manera~~ y con aquella suave operación que
 correspondieron a sus operaciones.
 Conservaría en el fondo de su alma estas
 de alguna manera.

¿Será capar de triciones también al
corpo que por cálculo eligiera?

¿Ducaría reanudar parados idilios an-
guarados ya sus caprichos y satisfechos sus
ambiciones, sin que en las tragedias po-
bles del porvenir?

¿Será una infamia realmente men-
dida al oro del lucro, o habría en aquella
pelucia que Adolfo traenaba, alguna causa
improbable digna y más disculpable?

Adolfo haragaba con resquicias
a cada una de estas ~~menudas~~ ^{prezuntas} ~~menudas~~
y encerrado con llave en su biblioteca dando
largos paseos o asrojándose a veces en su dor-
milonia parecía fuera de sí:

Concibido en aquel diván desde el cual
se veía por las vidrieras grande de los camape-
les y de la campuina, traen a su memoria las
dulces ~~memorias~~ ^{recuerdos} de aquel pasado amor y su
proximia inculcamente el tiempo y los lugares
para trasladarse a aquel modesto piso de la
calle de la lloutria; a su cuarto de estudiante
y con aquel balcón contiguo al de Lucia ^{opio}
de tantas platikas de ~~café~~ ^{café} ~~en ella~~

¿Qué chiquilla tan vida, porpica y
presiosa en entonces, la después Condona

aquellos ~~espíritus~~ ^{espíritus} diábolos. Su padre lo llamaba y él hacía oídos de mercaderes o que estaba estudiando personas singulares para septiembre. ~~Al~~ fin de quedarse allí a cada de su bien amada. Los padres de ésta exigieron que formalizara sus relaciones, y les habló con entera sinceridad y entre en la cosa decidido a continuar sus estudios. Tan luego acabara su carrera.

Entonces tuvo ocasión de realizar nuevos sacrificios: y por que al grado de Luisa, que era un hombre dominado por el orgullo, tuvo que prestarle sumas de importancia que hicieron aparecer al reverso el lado de maltrato y desfil familiar.

Luisa no se autoraba de oír que las mis de las cosas, el que comía era debido al dinero de ^{don} Adolfo, por mejor decir a los restos de algunos de sus predios, que iban a consumirse en el tapete verde.

Don Adolfo se sentía recompensado con conocer el corazón de aquella hermosa criatura, y trataba de atormentarle siempre el espectáculo de domesticidad, tragedia. La madre de Luisa resignada ~~no~~ ^{se resignó} acostumbrada a su frivola, bendecía aquel angel bueno, sin caer

de angel que no le habia entiendo por lo que le,
para aliviar la situacion afectiva de su casa,
y brindar un porvenir tranquilo a su hija.

Adolfo solo volaba en tierra con la
falta propia de su hermanera, y de vez en cuando
era amable, se sabia su extraordinaria be-
llezas, y se pasaba las horas muertas al espejo

Ven a la cocina, decia muchas
veces, Adolfo ~~se retiraba a su~~ ^{se retiraba a su} ~~cuando~~
~~aparecia~~ ^{aparecia} se arreglaba el cabello en el ~~espejo~~ ^{espejo} la
caducilla.

Adolfo se movia a la puerta entreabrirla,
sin ser molestado por nadie, pero en
aquella capotada cabellera que colaba en ^{espejo} ~~espejo~~
dorados hasta los pies de su prometida.

Al ruido del cuchicheo, o del entreabrirla
de la puerta, Luisa colaba la cabeza y dando un
pequeño grito acudia presurosa a la puerta
de su cabellera tendida, hasta cerrar la puerta
con el pestillo, para continuar su interminable
toilet sin ser vista luego reprochaba a su madre
sus indiscreciones, y Adolfo parecia contenta
placando presurosa y afectuosamente sus quejas
agrias, duras, mandaba en tonos de aquella
fronte, y sobre aquella cabeza adorable.

Y qui gentil y sincera iba al lado suyo

que podía estar prisionero en el arco de una
torreja.

El conjunto y seriale nombre de ciudad
recitaba aquel linda encantadora para que en
vida se embelleciera. Sin ella habría caído en el
ensimismado ~~que~~ que su genio
melancólico le inclinaba.

Y sin embargo también todo estaba
de otra; estaba pronto para siempre de ella, y no bastó con
dejarla a oscuras y solitaria con su tedio mortal;
sino que también se le presentaba la imagen
de aquella mujer, cultoras de otro, y se le obligaba
a tener delante de sus ojos, las cosas, de aquel
de hogar mismo, ~~había tenido~~
~~de su biblioteca el cual lo encantado~~
~~que su dicha estaba reconstruida~~

Y como si esto fuera poco todavía, una mujer
llevara su ansiedad a abilitarse una aspiración, con
posible, al darle a entender que aún quedaba en
ello un recuerdo del pasado, a enumerar las
cosas de su existencia con sus cosas habituales
de su espíritu.

El día siguiente, Adolfo en sola su medi-
tación, la noche para consolar, se dirigía
sus incertidumbres a los bien aprendidos que
destruyeron.

XXX

Jack W. D. Adolfo se dio el cura en una de

nos creamos piratas que el Conde se ha-
ceñas de él. Después le hablaba a la Con-
desa y le ponía a temer las nubes.

— ¡~~Peste!~~ exclamó Adolfo con aire con-
trariado.

— Si quieres divertirte al cura, el Conde
decía a su mujer que era él un talento, y
que a pesar de su ~~talento~~ carácter adusto
quería mucho de su conservación.

— El Conde es una bella persona se le
mucho a decir Adolfo.

— ¡Tan bella continúa el cura. Pero
lo que es de él está periclitado. Quiero te digo
a tu esposa que le recibamos y consideremos
como uno de nuestros mejores amigos.
Es hombre si un sabio, y un filósofo, pero
decía solamente por el acilamiento, lo se
que por lo que le es su fuente me parece
un enfermo de miastropia que sufre
en silencio sus dolores.

— ¡Qué dijo la Condesa! preguntó Adolfo
aparentemente indiferencia y alarde.

— La Condesa callaba al principio, pero lue-
go se sentía a cuanto manifestaba el Conde con pa-
bra suelta, de tal vez a él mis: me parece; esto de
curar que el Conde se interesa, por estas cosas me
mucho; que se siente como asistido de que conserva
a aquí su vida y que acaso se ponga a curarle.

Se escapaba la mejor de aquella raza, ~~pero~~ que
había ya quien le daba ciento y raya.

Estos congresos de la segunda infancia del
animal, que no se dan por accidentales, y al con-
trario se limitan a poner en duda que hubie-
ra otra escapada en los continentes, como la del
~~reptil~~ ~~reptil~~ atribuida a carnalidad y buena mes-
te de ~~un~~ día, favoreciendo el éxito del Conde.

Algo de eso había también se apresuró
a decir el ~~marqués~~ ^{duquesa} halagado en su caridad; y
luego descargó sobre el perro gran parte de la
culpa ~~explicando~~ ^{explicando} ~~admirando~~ ^{admirando} este pello y
transportado muy mal aconsejado. Ya habían
dado el pago a su bondad, como un inde-
cente adulador lo hacían los colonos, ~~con~~
de los mismos pies, y una cara de largo que
ya no podía tener. ~~Si no~~ ^{Si no} hubiera sido por
los respetos debidos al Conde, le jura a lo que
el último día de Clavel.

1. ~~Clavel~~ ^{Clavel} ~~marqués~~ ^{marqués} ~~pasaba~~ ^{pasaba} actuando en el
señal con las patas, saltando, saltando, bajo
el hocico, con la lengua fuera de puro cansa-
cio y mirando con ojos melancólicos, a me-
das parecía comprender la conversación y
decía: "bueno, bueno". Todo eso por decir, sin
prestarle pago, y los vidrios rotos. No parecía
más que los pastores, como los hombres, para adu-
lar y servir a los poderosos."

El Adolfo intercedió aquella vez por el animal.
La casualidad, todo casualidad, fue día.

afortunado para el Conde y desgraciado para
su acompañante.

Pero es cierto lo que ocurre en la causa
de D. Adolfo? preguntó el cura ^{bien} que por
convergen en su opinión para justificar al
Maestro.

— Pues se go! dijo D. Adolfo. Casualidad real
miente no existe, lo que hay es causalidad lo que
ocurre es que cada causa produce un efecto y
este a su vez es causa de otro y así sucesivamente
y interminables series de hechos cuyo origen se
a Dios creyó para no ~~dejar~~ ignorantes de la
causa ^{propia} de los sucesos de esta que se cree
en las profundidades del ser de la creación, lo más
más de que todo proviene de una causa denominada
o como del arquitecto, del arquitecto lo que llamamos
causalidad, puesto que de todas maneras, nos resul
tata lo inesperado.

— Pero digo yo interrumpe el Maestro que
todo el mundo es una cadena de causas y efectos una
mecánica que no deja lugar a la libertad ni a la
intervención de unos poderes sobrenaturales, que el
Dios crea el universo a cada instante.

El cura iba a replicar citando los textos
sobre la predestinación, la gracia, la Providencia, y el
libre arbitrio que entonces tenía frente a los ojos
de D. Adolfo para la Causa de D. Adolfo
una larga polémica filosófica religiosa de las que
de hoy que había reportado, se interrumpió para for

mentar sus conclusiones. Pero, Al gloriarse
de causar no pueden en rigor establecerse en
matemática mecánica y material, ni demostrar
tanto que toda esta materia en el Universo, ha
bía otra cosa, los causas y los ^{efectos} objetos habían
de responder a la totalidad de los elementos que
actuaron en el mundo y el mecanismo en
verbal bien pudiera ser de espíritu y materia en
conjucción, y los paragráfos los elementos de
gubiar en los casos de los elementos de los elementos
elementos. Por eso decía el poeta refiriéndose
a tales conflictos regularmente, que aquí para
vivir en esta esfera sobre la materia o co
bra el alma.

— Para mi el alma es la que está sujeta a
distinción, en referencia al privilegio.

— **A** para un'la materia, continúo el cura.

— ¿Querer mi vida, digo? ¡Ah! ¡Dijo! que
tal vez también vida mejor no nacer y dar
mis en el seno de la inocencia, sin materia
y sin ~~alma~~ espíritu.

天 天 天 天

Era la hora de almorzar y D. Adolfo conversó como otras veces a los dos convidados, que se sentaron con él a la mesa.

Entraba al vol a llocuents, se el començar,
facciendo perissima, de sus raxerías copas, cris-
talinas, y las botellas.

con medula y los sampios y los mariscos

¿del Arte, cómo estar tan cerca sin ver a calentar al amigo?

El Adolfo dió las gracias; significó al Conde el placer que le causaba su visita y la conversacion se hizo general, aunque Juan y Maestros se dedicaban preferentemente a las lagadas.

— ¡Ah! dijo el Conde informado ya de la última discusion pendiente entre los concurrentes, ¿cuál que se habla de la materia y del alma?

— Si se trata de materialismo al pedagogo, ¿qué me quedaba sin el alma: el alma es la materia, y el Adolfo sin las dos, concierne cuando preferible no haber nacido.

— Vaya, amigo de Adolfo, no lo que ser periniesta, dijo el Conde dirigiéndole una afectuosa sonrisa. La vida es bella, el mundo es hermoso, y la dignidad de vivir no es comparable con ninguna otra. Yo soy ya viejo, y declaro que la única tristeza positiva es la de sentirme avanzar hacia la muerte. Todas las demás penas son en su mayor parte forjadas o agrandadas por nosotros mismos.

— Usted conde, es demasiado ilustrado para saber, contó el Adolfo, que no quise.

San así muchos filósofos que han hecho o
determinado sus teorías de las alegrías y los dolores,
humanos.

— Claro, exaltamos aquel filósofo
malhumorado como el misántropo Solis-
penehoian, que decía que todas nuestras
dichas no compensaban el dolor que nos
ocasionan el salir y caer de nosotros
indistintos; pero como Leopardi, con su
corcora siempre encima, a semejanza
de nuestro Alarcón: poradores a los Hartman,
que haciendo un imaginario balance de los
dolor y alegría, representan un saldo siempre
en contra del vivir, y que sin embargo ase-
guran el porvenir de cara de los parientes
para ver semejantes satisfacciones. Pero aquí
vienen, queridos, el Adolfo, y a pesar de los bur-
los de Voltaire, haciendo pasar a la Ciudad
por tantas fatigas y contratiempos, y afirmando
como el doctor Pangloss que vivimos en el
mejor de los mundos posibles.

— Me agradaría, dijo Adolfo, escuchar
del fino y culto espíritu de Voltaire la demas-
tración de eso.

— Y así también dijo el cura; por que
contrasta con lo que la Iglesia afirma de es-

le valle de lágrimas.

El maestro gran admirador de Voltaire, hizo algunas observaciones, recordando los pecadores de Comediantes, y todos los as-
cucharon risiuntos. El Conde habló de esta
manera.

XXXXII

—La vida es alegría, y el mundo el mejor
de los posibles; porque el no ser es horror
y el hombre o no ^{se} representa o no podría ex-
istir en otro mundo diferente, aunque fuer-
mos perfectos.

Cambiamos, mudábase ~~sea~~ ^{sea} ~~alguna~~
cualquier circunstancia nuestro mundo,
el peso de la atmósfera, los movimientos del
planeta, la inclinación sobre la eliptica,
todo se transformaría y desquicia; y el hombre
perdería. Suprimásemos algún elemento ^{de} las
actuales proporciones, la humanidad que
da naufragaría. Por eso no aparece el ser hu-
mano hasta que estuvo el mundo perfecto
y acabado para él; y antes cuando no ^{lo}
había, vivían ~~solamente los animales~~ ^{animales} ~~en~~ ^{en}
situaciones, para quienes solamente existía
mundo o los efectos secundarios y corrom-
pido a mover el mejor de los posibles.

—Si la vida no es hecho otro ser, más
perfecto que el hombre, y otro mundo más

perfecto que está para el nuevo y superior
era u otra cuestión distinta, que no impor-
tata; pero que siendo el hombre como es, el
viviente en que vive, para el mejor de los
mundo, es una verdad incontestable. No
habría que ver a Cándido, a Lemmington
al doctor Pangloss, hechos de carne y hueso
con sus nervaduras y sus nervios, y sus orga-
nos, mismo, y todas sus credulidades y tales
colocados en otro mundo superior —

~~en otro mundo superior~~ como
aquél de donde, según el ~~ingeniero~~ Voltaire se
hemia el mundo.

Si éste es el mejor de los mundos para
el hombre, la vida del hombre tiene que ser parte
del mejor de los mundos, y no digamos por sabido que me-
jor que todas las mentes. Que hay dolores, y tristezas, y
dificultades; pero aún refrenando, se vive, y esto es el mejor
de los mundos como lo dicho. Cuando se muere, se
puede ser mundo, el hombre que lo muere al mu-
er, nos da la medida del bien de este mundo
en el mundo más miserable. Pero ya x decir.
algun clérigo, que sea ~~perfecto~~ ^{perfecto} en los
elementos de la vida, que Principio en el imperio
de los terribles.

Entonces, cuando la vida es el no ser
lo que sus dolores, que pasan a los y la carencia, porque el
dolor es una excepción, que impone, y no una

mi vida, por que el placer ^{general} en la república
~~para~~ ^{para} ~~para~~ y sin cesar muchas veces, y elado una y
exacto que la alegría sea el momento de la
creación de la persona, como si quisiera
mostrar - en aquel bello rostro "Eso es la
tempestad", lo que sucede es que no queremos
saborar nuestra alegría; y solo nos acordamos
de ella cuando las penas, los interrumpen.

Podría una regla, para convertir a los
limosneros a los malhumorados. Pensemos la
dicha, en que estáis viviendo; y esto ya es una
fortuna colosal, me prometo mayor que el
de la mejor lotería; pues de cada mil empujados
nos de tener posibles, vos solo habéis salido
a tal vez. Meditad que reyes y emperadores po-
derosos, que fueron y hoy gozan en fin repul-
eros, habrían dado sus reinos y sus riquezas
por cambiarse por un ser vivo, y por ser mi-
nos en otros instantes; cuando tengáis un pla-
cer saboreando, no penséis en otras cosas, ni lo
dejéis pasar inadvertido y lo gozáis saboreando
te; y cuando os acometa un sufrimiento no
lo agredís con la imaginación; poneis la
mente en cosas distintas, y lo sentís solo
en mitad. Así aunque la balanza de la vida
diera un exceso de dolor, sintiendo los dolores
en la mitad y gozando de los placeres, el do-

ble, inclinándose al fatalismo de la dicha -
inevitablemente.

Toda vez que se encontraba la desquiciación
del Conde al Chica con la boca abierta, el villaco,
no sin culpar una jota, y el dolo con una
admiración.

Aquel viejo desquiciado de barba blan-
ca, había defendido bien su honor; el dolo la
había salvado; pero no estaba conforme.

— Si este mundo era aunque imperfecto
el mejor para el hombre, como era imperfecto
esto también, dependería de que la una im-
perfección estaba coordinada con la otra, y
no sin crear la posibilidad de otro hombre
mejor; y de otro mundo mejor a él adyacente.

Si la regla general del vivir era el
placer, y se interrumpía el dolo, y por eso
aquél no era apreciable, y éste sí cuando era
apreciable, daba lo mismo; pero, una hora
de dolor suplido por una en la balanza
que un año de placer apañar, ~~no vale~~ ^{no vale}.

El vivir no podía ser alegría por sí
misma su trazo quita suma de las emociones
de la vida diaria desquiciando las del dolor con
asiduos de goce. No bastaba querer duplicar
los placeres sobre el dolor, puesto que las sensa-
ciones del goce se sentaban enseguida, y se reducían

a la mitad los dolores, pues cuando nos
meten la lucha contra ellos, es tan mismo es-
to y con nuevos sufrimientos.

Creo, U. señores Conde, terminando dicen-
do a Adolfo, cuando se refiere es imposible
convencerse con argumentos de que la vi-
da es amable. Seria igual que querer quitar
dolores de muerte con un sedativo.

El Conde vio de la conflagración y
convención. Llevó otro recuerdo muer-
to.

Pues como fuere, la vida era con-
y había que gozarse, había que vivir la
gracia, con el canto de Anacréonte en los
labios, y la frente coronada de pámpanos
o de violetas. Pues pocas y queridas cosas.
Conde afirmaba que no había perdido el
triste, nunca más de cinco minutos.

Pues cinco años desde aquí. D. Adolfo
tubo en su cacha, siempre triste, dijo
Cura,

Pues ahora para con nosotros, preguntando
al Conde: ¿se curará de sus nostalgias?

Adolfo hizo una inclinación de
cabeza en señal de gratitud o de resignación
una u otra ~~correspondía~~ ^{con} significar, y se le-
taron los marullos.

Se tomó el café, un ramito de

ninguna marca de hacha, sino por la riza
fina de un cráneo envuelto de negro, con la blan-
ca envoltura al derecho, que sobresalía, aquella
era como un muro, y al solo salirse los co-
munes y el Conde a recorrer los jardines y
los veranajes.

XXXXII

Quedábase al sol hacia las montañas de
poniente, o haciendo más de estago los ar-
boles de la quercía atravesaban con sus
flechas de luz veranajes y corredores.

Don Adolfo llevó al Conde por aquellas
paredes cerradas de rosales, por aquellas veredas
cercadas de rosayunas, tras del que salían traves-
tes y palmas, y coníferas y toda clase de árboles
maros; le condujo al lago estificado donde entre
piedras de agua de mil caprichos, estalac-
tites saltaban vertidores y bogaban peces rojos
y plateados; le enseñó las estufas con jardines
de plantas y flores maravillosas, y los relojes
misterios que operaban inutilmente la vida
y el colapso de amor.

— Todo es admirable y artístico, todo está
bien; dijo el Conde: pero aquí falta la poesía,
esta es la estrofa sin el sentimiento y sin la

idea; aqui falta la mujer;

D. Adolfo quedaba y se sentía como
visto, era verdad, más, se recordaba allí faltaba
la mujer; y el la oía de labios del hombre
mismo que se la había arrebatado.

— Oigame V., dijo el Conde, por lo
donde en una de aquellas porfías, voló
bajo dos árboles cercados de zarzales trun-
dores. Cuando el D. Juan de Byron, esta-
vo enfermo, se acordaban los médicos
a curarlo. Pero el mismo se propuso su
ma medicina a D. Juan, y quedó sanado.

D. Adolfo sonrojó. ¿Qué importun-
dente es un esposo confiado! pensó. Ape-
lla escena del D. Juan del **Paro**: mejor
podría ser la suya, más una y más. En-
go al Conde ignorándolo ^{de} la recomendaba.

— ¡Ah! Señor Conde, exclamó el Cura
después de haber estado meditando una
frase de espaldas, sólo es un Paraíso con Allah
pero sin Eva y su serpiente.

— Pero una vez misma cosa criada
el Alacran.

— Cuando se me ocurrió esto repla-
né al Conde mientras, Adolfo quedaba es-
tudiando silencio. La mujer es la obra

[illegible]

— Cortés dijo al Conde, todo eso depende de la edu-
cación que recibe. Como seríamos nosotros, fueran
varones, se ve hubiera empezado por castigarlos
con palos, para disminuir el desarrollo de nuestra
inteligencia por el entorpecimiento, desde pequeños la
muera y el uso de la antigüedad, y las farras.

labores arduos, y por consiguiente
a toda hora, privados de su hogar y como
serios habitantes de nuestra provincia la
casa, la familia y una ^{prosperita} ~~prosperita~~ tutela?
Algunos ~~en~~ ^{en} ~~habituados~~ ^{habituados} ~~rebelados~~ ^{rebelados} ~~en~~ ^{en} ~~su~~ ^{su} ~~vida~~ ^{vida},
como algunos ~~se~~ ^{se} ~~consisten~~ ^{consisten} ~~también~~ ^{también} ~~por~~ ^{por} ~~siguen~~ ^{siguen}
otros caminos; pero ~~jamás~~ ^{jamás} ~~ellos~~ ^{ellos} ~~no~~ ^{no} ~~habrían~~ ^{habrían}
nacido a la educación y al medio am-
biente!

Yo creo sin embargo, que aquella afir-
mación de ciertos fisiólogos y embriólogos, de
que la mujer es al varón ~~delicado~~ ^{delicado} en su
desarrollo físico, puede mejor volverse
respecto a su espíritu, diciendo que es el
espíritu del hombre ~~delicado~~ ^{delicado} en
su educación intelectual. Veísteis y veísteis de
un completo abandono ~~de~~ ^{de} ~~ella~~ ^{ella} ~~han~~ ^{han} ~~ven~~ ^{ven}
do que nuestra bella ~~ciudad~~ ^{ciudad} ~~larga~~ ^{larga} ~~por~~ ^{por} ~~regla~~ ^{regla}
general un cerebro ~~mas~~ ^{mas} ~~desarrollado~~ ^{desarrollado},
y un espíritu ~~debil~~ ^{debil} ~~en~~ ^{en} ~~toda~~ ^{toda} ~~por~~ ^{por} ~~manifes~~ ^{manifes}
taciones,

D. Adolfo como otros ~~unos~~ ^{unos} ~~corros~~ ^{corros} ~~con~~ ^{con}
un riego de humorismo la conversación.

— Hablar del alma de la mujer, es
tal vez decir ~~de~~ ^{de} ~~una~~ ^{una} ~~hipótesis~~ ^{hipótesis}
improbable. La ciencia ~~de~~ ^{de} ~~los~~ ^{los} ~~biólogos~~ ^{biólogos} ~~ha~~ ^{ha}

bien desentendido que la mujer no tenia
abono; y el caso se resolvió a su favor.

El Conde dio con tanto sobre su asien-
to; pero no tuvo ocasión de replicar por
que todos se levantaron a la vez.

Y el tal Apocrismo, y el Conde tenia que repre-
sar su segunda al Marqués.

De Adolfo ^{le costó mucho}

para ~~seguir~~ ^{regresar} hasta las lindes de su
quinta, y Eura y Adolfo se marcharon tam-
bién ~~para su quinta~~ ^{para casa} al Conde, re-
fundiendo, el de un lado y otra, aquella hermosa
tercera tesis de Adolfo, prevaleciendo su imagi-
nación bíblica para recordar si bien al caer
a la hora de la costilla de Adán, le había supe-
rado también como a él el objeto que miraba.
~~El Conde se había quedado de él.~~

XXXIV

El Conde reflexionó a su mujer los detalles de su
vida, los primores de aquella quinta, las ~~razas~~ ^{razas}
de aquel hombre, hasta algunas de aquellas, con
razones, y sobre todo la discusión sobre el al-
ma de la mujer.

— En saber lo dijo que según el Adolfo no
tenía abono.

Via Couceira ^{con} ~~habiendo~~ un esfuerzo
y exclamó el Conde que era singular
en Adolfo? Un hombre joven todavía, no

que podía gozar de la vida, y del mundo,
y que se sepultó entre árboles como un
muerto enterrado en un cementerio,
— él se entenderá con la conciencia,
— si debe haber en él algún misterio, o sea
dijo el Conde; y le confieso verdaderamente que
me intriga.

Al principio le loiné por un pertur-
bado; pero en ^{conversaciones} ~~conversaciones~~ he
visto un excelente juicio, un juego de
de ideas, y el equilibrio y de las pa-
labas.

Viene una pequeña biblioteca, algu-
nas obras de arte que evidencian un buen
gusto, un ~~gusto~~ gusto en su primer lugar,
pues un manuscrito, hospitalario con castillos
libres y comunicaciones en las diócesis,
con poderes informativos.

— Tal vez sea un gran secreto de la
vida, gran afición a la lectura de los poemas
hoy.

El Conde significa a su mujer que de-
dos modos tenía gran interés en cosas
de su patrimonio a aquel hombre; que le in-
teresa grandemente en misterioso todo
y que era resistir a la prueba, a que
iba a contestar.

La Condesa me lanzó a propósito preguntas a su marido que intentaba, y éste respondía en plan terapeuta.

— Los libros que esta misma mañana me traen aquí a nosotros, prima y a nosotros, dos sobrinas, que son dos hermanas, Condesa me a D. Estolfo a nosotros, sus pediceros, el espejo, tén, lo tendremos a nuestra mano, para la tarde, con nosotros, y si no queda preso en las redes de Cupido, que este debe ser un amor, no me niego yo de mi experiencia del mundo. La del garcho de mis sobrinas.

Sobre el piquetazo del gabinete donde de ambos esposos ~~se~~ ^{seguía} este diálogo, estaban los retratos de las sobrinas del Conde, hermanitas y momentos como si pasaran la conversación.

— Al final dijo el Conde, como se han enterado de lo que hablamos, y se van a seguir de sus trisufos.

Verdaderamente eran dos hermanas de tipos distintos: la primera rubia, de ovalo de cara perfecta, de ~~extremada~~ ^{extremada} busto arrogante y arreallado. La otra de cabellos negros, ojos rasgados, ~~triste~~ ^{apocada} más delgada; pero bien hecha, entallada, y erguida con la cabeza de medida.

Las fotografías estaban iluminadas en colores, y se destacaban perfectamente las

los caberos y generalas con sus contraltos,
de bar y de tambora y con sus baguitas de
roca entresabiada. Los respectivos bustos
con sus misos trajes de seda paupada
salpicados de florciillas encuendadas, muer-
taban lindos recatos y tornados tallen
y avarrugas maravelloras de ^{bragas y de} cadeta,
mocheidas.

Los muy bellas dijo el Conde, fiján-
dole en las folla grafias; y así que en lo
melcalos no están favorecidas, halla que
el spirit que las anima ~~está en sus~~
ocurrencias apenas se ve ^{de él} un destello.

El Conde se mordió los labios o vido
cada por los intentos de su mano o tal vez in-
tificada por sus intemperstivas alabanzas. La
El's se echó hacia atrás en la mecedora y
cerró los ojos balanceándose suavemente.

Por cima de los ~~retornos~~ ^{retornos} de la mecedora
y de la cama que así se llamaban las volu-
ras, del ~~camarero~~ ^{café} en grande y rios marcos
moderada formando un blauer y dorado li-
rio y margaritas entrelazados veíanse la
palagostia de la Condesa de cuerpo entero con
su traje imperial, se estorjando flores, sim-
bolicas.

Y el Conde no había tenido para

esto pensó quizás la Com-
tesa. Estaba sentada en su mae-
dola con los ojos entornados, miran-
do al padre, displicente vestida
en el canapé, con una quier-
na sobre la otra, tomia el aire del
marido satisfecho que descansaba
en sus viejos laurelos.

天 天 天 天

La prima y las dos últimas del
Cauce tardaron una semana en
llegar al Riojal. Habian venido
cuidados para antes de virarla al esta-
do; pero incidentos imprevistos,
tales, tales que la modesta no sea
tan pronto como esperaba, son
buenos, no recibidos de Paris en el
dia prefijado les ha retardado el viaje.
Seguramente pensaron que aquellos
del Riojal, era una especie de Vés-
peras o de ^{cigarrillos} ~~estrellas~~ ~~o de estrellas~~
~~o de estrellas~~ ~~o de estrellas~~ ~~o de estrellas~~
~~o de estrellas~~ ~~o de estrellas~~ ~~o de estrellas~~
~~o de estrellas~~ ~~o de estrellas~~ ~~o de estrellas~~

~~assolutamente in via di estinzione, necessando del continuo
apportarsi per la prosecuzione di produzioni, e
per la via per cui si ottiene.~~

de lucidez y precisión de ir bien provistos de alfileres y agas, a fin que al llegar al altarquero y dirigirse al pueblo alla enfrente compuesto de unas cuantas casillas de labradores y de un rancho de Chero, observando el monte, quedaron deslumbrados, y no tuvieron mucho tiempo para ir a ver por curiosidad al Conde y a su esposa.

Alz bello se encontraron al pasar una de aquel valle de maravillas, por donde corre el Andarax, pobre de Linfa, respirando bajo los arcos de aquel puente maravilloso aquel semicastillo del altarquero, rodeado de jardines, y de cipreses, y sin dejar de hallar cognatona la quinta fronteriza de D. Adolfo, con sus balcones de mar mol viendo al sol. Pero qué sociedad aquella del Cura Rafis, del abate arcuálido, y del Alcaide náptis! qué melada aquella ^{triste} abeunda o inoportable, la primera que pasaron en el comedor del Conde con aquellas tres visitantes. Verdaderamente no se explicaban que ni aún por motivos de salud, y para prolongar la vida se hiciera aquel sacrificio.

El Conde veía de los graciosos arpegios de sus robrietas. Cada una, discurre con

el juicio que le es aborrecido; y así como al
niño no se angustia que el joven en su entre-
tenga con los jugadores la juventud no com-
prende estas reticencias del bullicio de las grandes
ciudades, y sólo apreciable ^{resaca la soledad} en la intimidad que
ella demuestra.

— Al por dentro el fondo. 'Hurgas en la
selección del hogar, por un pobre cura que
jamás se vera crucificado, amara un libro por
gracia, por eso Alvaro de generosidad para
y por eso Alvaro de amada su similitud
en ortografía; pero esto es a todo. Allí en
la quinta de infante ota el gran personaje:
de experiencia. culto de estos lugares. La rancia
gubernación a D. Adolfo.

Los muchachos andaban curiosos
quien sería ese D. Adolfo que también tan
buen concepto merecía a su vez, y cuando
por el repisón que era un hombre joven to-
davía rico y señorial en aquellas parajes como
un carobita ya entraron en cinco seres de co-
munes requeros desde luego de encontrarse el
lado ridículo para lo que con tanta pericia
sees.

Vieron al fin a D. Adolfo en una
de inmediato domingo. Allí preson con los
Maqueros a la iglesia de la villa y merceda que

se abría en medio de un campo sembrado de trigo, y a las afueras del pueblo, precisamente a la misma media jornada un hermoso personaje todas las fiestas se guardaba.

La iglesia tenía en su aspecto de granero su templo. Totalmente al altar mayor con un nicho dorado, rematando en una cruz y mostrando a ambos lados hornos de pan con arcos, bajo arcos de flores de papul, un quelpito a la izquierda, pegado al muro con una escalera de una sola caracol para la subida, una pila de agua bendita en el centro de la nave, una bañera, y unas lamparas de hoja de lata convertidas al granero en casa del Señor, aparte de la consagración litúrgica.

Los Marqueses con su princesa y sobrinas, sentaronse sobre de un temporal al santo sacrificio sentáronse en el banco central que había frente al altar mayor y desde allí tuvieron ocasión, brevedad y brevedad de fijarse en los fieles.

Arrodillados, a un lado estaban las mujeres del pueblo con sus mantones y pañuelos blancos y de día de fiesta, todas blancas, rubias y blancas y arreboladas por el viento de las cañanqueras. A otro lado los labriegos con sus

ges típicos de cualquier corte atrevida en los
 perales, como boleros de mundos y otros, y en
 belina y con chaqueta de paño, y al amanecer de
~~luz~~ ^{plata} fajá su armadura y bien ceñida a
 la cintura, chaleco abierto, pantalón ajustado
 puerco, y un velo de seda alado susina de
 la fajá los que tenían novia, y los que no con
 la fajá sola. Entre estos que eran los mayores
 acomodados ^{había} muchos ricos y pobres, con alpar
 gatas o zapatillas, y destacándose entre todos
 ellos el Alcalde vestido de pantalón largo, puer
 to sobre los hombros la chaqueta sobre de cul
 lito alto que era como el manto de la auto
 ridad, y llevando el bastón de honor. Más allá
 el obispo, a pesar de su irrelevancia, se ha
 llaba en pie cerca de otros señores, con su cha
 queta ^{de} color pardo, recortada y rebolada en
 más veces, su pantalón de ^{estas} ~~cuatro~~ grandes a
 traves y corto, sus botas de becerro mate, y en
 la mano su sombrero bajo de ala estrecha, es
 trella y color de los sombreros, porque todas
 las cosas giraron en torno de él sin sacu
 biarle.

Encontré y busqué sotto voce mis
inventarios de los aguardos cervecas,
mientras el cura estaba en la ^{representación} representación; por
tanto lo responsabilizo a la llegada del gran
estructurador

avergonzaron a Sibila con D. Adolfo, y la son real-
mente, el cual vestido sin elegante jactancia,
pero con afección, y ~~con~~ importando un
ardite que le enriacaban para entre los dos
grupos de hombres y mujeres, y como pla-
ra en pie en el prohibitorio.

Los dos hombres, no perdieron una
voz de conversacion. Vaya un rostro de sustento.
Cielos! con el gesto del hombre, y era en
el desir del fondo, el más atractivo de la
aldea? A fuerza de hacer apogranas,
y de mirar de cerca y otra vez D. Adolfo
volvian los ojos para fijarlos en el sitio
donde estaba, por una necesa atracción
que aparece sobre cualquiera el que pone
en el la vista o el pensamiento.

Adolfo vivia a la Candara, y tanto le
empeñaron que no reparo en sus dos ~~pe-
queños~~ ^{refugios}. Con la tentación que le perseguia
por todas partes, se le fue la casa de Dios.

En cuanto a brevedad y brevedad antes
de que saliera al cura a decir la misa, sea-
baron por confesión que bien mirado en
era D. Adolfo tan feo.

XXXV

La misa fue cantada con la voz temblo-
sa del cura y la gangorra del sacristan.

que desde el coro le acompañaba. El barbero
del pueblo algo dado a la vanidad como el
organo, especie de ~~pequeño~~ de fuelle que
en el alto del coro había para tal o en la
grandiosidad del ministerio de ~~quaristiro~~
que aun en aquel humilde lugar, con tan
pobres elementos imponían la devoción.

El altar era algo de rodilla, gran parte del
Santo oficio era con invención especial que
solo en las dimensiones con el coro sacaba al
relucir un sacerdotado, una persona que luego
se arrodillaba en la iglesia sobre un paño
de gaza, y que solo en las procesiones, tras
un cirio encendido.

Acabado el sacrificio los hombres salie-
ron formando como en la puerta principal de
la iglesia, los hombres de familia por la otra,
como si estuviera precediendo aquella repa-
-de 2288-
ración, y al querer entrar ~~por~~ Adolfo
para colar el encuentro del Credo al de San-
te con él y los algunos de una, que presen-
te acaban de dar un rodeo por aquel
punto y sin acordarse en los tiempos que se
sucubían al templo.

Comenzaron los inevitables saludos y pre-
sentaciones, y Adolfo tuvo que acompañar

al probar y saltar la mar, hasta el dis-
tante estar queado, donde que quiso que
no, hubo de quitarse a saltar, requie-
rido por el Conde. reiteradamente.

En el espléndido comedor los cuber-
tos resultaron acérrimamente distribuidos,
por aquel poder místico que por re-
gión a muertos misántropos. En caso
de los centros, la brida tenía a la ser-
vicia a la elegancia, a la elegancia a la digni-
dad política, con el otro, contra el Conde, re-
tore con sus sobrinos, a contramano, los
de Adolfo recibía así de flanco los fuegos
de su antigua pasión, y de frente los de
aquella dos amercillos emparejados,
procuró, ²³² sus bellos ojos, de lindos an-
trallados.

¡Ah! y para que no creyera
por ninguna parte a aquel caso y a
chamar, por cima, sirviendo la mesa,
redestrota al beso y la ^{ardiente} ~~inmunda~~ sa-
ber de ella, con sus negros ojos que
servían, y su boca de él, entreabierta
y sus labios recogidos bajo una copia blan-
ca, que hacía pendant con el dibujo.

de peto, en que querían reserantar sus
respiros; y por tribulaciones de la gran
necesidad, veían al sol, al agua, y re-
vataban los pájaros, y trepaban las su-
redaderas con sus campañillas azules,
y desbordaban en las rocas amarillas,
enviaban los cielos, y las corrientes de las
vas rapaces incandescentes.

Enolfo sintió las influencias de todas
estas influencias, y dominó con energía
sus sentimientos más íntimos. Hablaba
indiferentemente, recorría, contestaba a las
finas sonrisas del Cande, ofrecía a ver en
cualquier extremo a la Cande y a sus
dellas alojados, o se acercaba a aquella al pro-
fundo veía en la copia.

Guerra y herencia redifinieron
entre sí, miraban de sus propósitos sobre
aquel mundo, era fuerte, racional, obsequio
no, y podía perdonándole su entrecorpo, se
se decía al traste que estaba suplantando
unos por lugares en aquella aldea, sin
representar la sociedad de la Corte, y la toma
del movimiento de los hombres, y la toma
de los valores del gran mundo; sin de la pa-

naba en un detalle del buen tono, pero se le conocía que se esforzaba, que su natural no era aquella finciosa de expañina, en aquella abstracción; nació un cierto mal humor y aburrimiento inexplicable en ^{esa} ~~aquella~~ ^{de} su vida solitaria.

En Adolfo era difícil de comprender la belleza y de notar la gracia sucañada de los dos jóvenes. Gran rítmica, picarresca, patética, se lo quiere, aun que sin tener ni un artificio, ni de ojos vivos, de simientes, fiores, anillos capillos de rosa, rosas cogidos, y bocas rosadas, como dos figurinos. Los juveniles aventajaban a la Condessa sin duda, pero no tenían la cantidad de hermosura que ésta: hubieran podido desear que en ella se reunieran aquellos dos bellos juntos con todos sus hechizos, con sus contrastes, de miradas, dulces y ardientes, de líneas, sueltas y redondas, de frentes de uñas y dulzuras de frentes.

D. Adolfo había más que de ordinario; y sus ojos relampagueaban de un modo singular. La Condessa había aplanado algunos copios de pincel que

que el Conde le ofreció, y brevemente le
expusieron sus ruegos, y decididos
por el influjo de aquel nectar y la su-
maginación de aquellas rifagas de rosas,
plur.

XXXII

Acabado ~~el~~ el discurso el Conde miró va-
riamente que nunca fizo a la mujer su-
stare al piano

Al momento que se miraba de Morand, al
quien de aquellos sonrientes sujos llaves de se-
recidad y de la curación. Condena la completa
Adolfo queda admirado por los progresos, notan-
do de aquella mujer, un tiempo de
muerto para él.

Las notas fluían suaves y armonio-
sas de las lecturas, maravillosas, penetradas con
suavísimo gusto por aquellas manos divinas.
Aquellas melodías, pasaban la expresión
de los cielos, recorren la égloga rítmica en
la melodía de aquellas cadencias al par de las
por ellas la constancia de aquel estado de
fuerza de Adolfo que creía, o al menos
sus sentimientos con ~~las~~ ^{aquellas} notas, palatinas.

Ahora a cantar dijo el Conde acabado en
aquella traza solista de música maravillosa,
gozando del lance a la vez de la. Al
al piano pasó a la fuerza.

aquellas reproducciones del cristal, y en
las vibraciones melódicas, que llenaban
el espacio.

Y mientras el oído y sentía su dulce
y revolaba con el pensamiento en torno
de aquella mujer adorable, gozándose en
su imagen como en un espejo, era sobre
la frente de ella una mirada, era sobre sus la-
bios o sobre sus mejillas una sonrisa de un al-
filer sobre su inquietud de belleza, se había
usado, la mirada de aquel hombre p-
mo, se desahogaba desde lejos con ojos aman-
tes, sacando su voz de ~~su interior~~ y en
modo de ver a su amor y deseando por
estas lágrimas que se limpiaba con el delan-
tero, como una hermosa esclava abandonada
por su señor, y pensaba con impaciencia
cuando sería aquel destino que sufría
el alargado, cuando podría volver al
la quinta de S. Adolfo, a tener nuevamente flores
para su mesa, a limpiar y ordenar sus
papeles, y a verlo por el ojo de la cerradura,
en la certeza de su desquite, aunque fuera
por la de sus cinco años de su vida, y de
portar en sus brazos hercúleos apasionada,
y sentir la ternura cerca de su rostro el capto

de fuego de aquel resaca,

XXXVII

Desde que llegaron las dos sobrinas del Conde
cobró la llanura opacidad. Se habían permitido
beber y fumar, jugando a la ruleta y al olímpico,
ellas sabiendo a la vez los idios, por que hacia una
'amarga entre las dos cajas.' Pero más que
sacar, que jugar, las sobrinas de aquel
repleta que parecía, y desde se ocultaba
en alma tan buena y amable.

Después de la jornada se transformó
en astros. Las habían oprimido, había con
verdadero sus concios sacroscrituras,
~~que me auto~~ y resultaba que ya lo tenían
por agradable y simpático. Esta era mu-
cho peor, porque alguna de aquellas lin-
das damas, podía concebir la idea
de y verla en sus redes ~~de la vida~~.

¿Cuál lo intentaría, la de los que me
gustó o la rubia? Si lo había con lo había
perdido traslucido, pero que cosa alguna
de ellas podía arrastrarlo de aquel hom-
bre adorado eso no, ofrecía duda.

Miraba velando, aquebaba de odio
contra ambas. Las veía que eran her-

novas, jergues bonas, abstracciōes, e
comparaba com ellas, por tre lugares, e
nem se distraia, e nem se queitava n'as
letras do trocador e da la mada.

Sin embargo su figura al copiar
 de en los espejos, se decía que estaba de-
 su hermosa traza y de sus rasgos con tal
 tan ostento como el de ellas y rubian me-
 jores redondeadas, y se dedicaba una sabana
 gallarda con los ojos (es de gemas).
 He biera ella querido ser mejor ^{de} ~~una~~ ^{cuna} y
 luego pensar aquellas cosas, pero cada una
 de sus miradas, y por no tener estas co-
 sas pensadas en el alma.

de serante a la Combra uirguina!
le iurjicaba: una sñora sacada unocia
todos sus respetos; y así con el paracaimiento
podia serjancorrela inclinando a legendar
sialto tembre que a su muerdo, donde
que era hermosa, más allá que sus robes:
mas, pero para el Conde, para el Conde en
la mar, que la uirguaba como a su sue-
del Paraim.

¡Ah! se olanzan también pronto ha-
lar al pensamiento de L. Wolff, la ha-
bra dicho muy poco que por poder en

se de jare reducir por ninguna de
las colinas del monte, que aquellas en-
chachas, picolas, e in ventancias, por-
drian ser bonitas, pero tenian raios
al corazon, que no podrian hacerle feliz
jamás, y con ella ... ella ... y con
de terminar la frase rompió a llorar a
gotas, creyéndose muy desgraciada.

Cuando se rogaba resistirse en
un buen consejo de un marido con la ma-
no puesta en la mejilla, pensando en
lo disparatado de sus ideas, ¿ella podía
hacer feliz a D. Adolfo? Si era un delirio,
un absurdo, una verdadera locura ¿qué
era ella para poder imaginarlo así?
Una salvagera, una vestida a quien se
había hecho el favor de dar un hijo, y el
de tener en ^{ella} ~~aguarda~~ cara de su nieto, y el
hijo y heredero suyo de un viejo sue-
gro al punto de vista de la corte, por eso haen-
do del hijo, y había de someterse a
de haber visto tantas mujeres hermosas
vivas e instruidas, a las niñas de la casa
a la pobre niña del jardinero? No, no po-
día ser que debía estar semejante de
nada, y debía contentarse y someterse

razas hacia atrás. Estaba nervioso,
inquieto, irresoluto; sin embargo en su
faz había un rallo de satisfacción co-
mo si se ^{le} hubiese quitado un peso de
su alma.

Por fin ^{se} tenía la clave del misterio
que tantas veces le preocupó. La desapa-
rición de Lucía, su matrimonio, su rep-
tura fácil, su oculto prolongado, el
matrimonio con el Conde, todo estaba
explicado con una sola palabra que
ella había podido declarar a su oído
en una de aquellas conversaciones, pa-
ros en las calles de ciferar después del
almuerzo. Su padre, si, indudablemente
aquel hombre dominado por la pasión
del juego, arrastrando tantas veces, auxi-
liado por el telolo en pocas, debió llegar
al abismo. Tal vez arrebató al Conde. Tal
vez le otorgó alguna cantidad; quizás
madre o hija suplicantes llegaron al
quiebre para salvar la honra del espo-
so y del ^{padre} ~~propio~~ ^{comprometida} ~~comprometida~~ ^{de}
allí nació el enanismo del cuerpo
aristocrático, la salvación de la familia

la impresión del protagonismo,
de Luisa ~~en su defectivo~~ ~~en su defectivo~~ ~~en su defectivo~~
~~monos~~ eclipse.

El ^{la} había jugado mal, la había
llamado "infame," y no tenía del todo razón
existían argumentos ~~si no~~ ^{si no} argumentos, com-
pletos, a favor de la Condesa.

No, ella no había dejado de quererte;
no la había olvidado en absoluto, le habían
robado el cuerpo de su Helena negra, pero
no su espíritu.

Bien lo ves en la concepción de un
pequeño encuentro con ella, después de la
sada; en las lágrimas próximas a aso-
mar de aquellos ojos celestes, en la expresión
fóbica de aquella mano suave, en las des-
pididas; bien le penetraba en visceras de la
aparente frialdad de aquellas conversaciones.

Y luego ¿qué significaban esas ma-
cila habilitadoras ante cada una de ellas, aque-
lla referencia de la Condesa a un capricho
de pasar las calles de cipreses que rodeaban
su casa después de crepuscular, cuando al volver
de la tarde hacia el día, y volviendo por una
gigante aldea de una muestra errabunda

por un esmerentero que sale a ver la
muñeca de esas lindas ligaduras de los arbo-
les de los tumbados?

Seguramente el Cande, delicado de
gualter, no la ocuparía en sus horas
de solitud, y sería ocaion de que el delfo
la viera y perdiera recibir más elegica-
ciones, y fijar al cabo su respectiva situa-
cion? La buscaria.

6 Pero por otra parte argüirle a D. Adolfo
que qué derechos tiene a pedir mayores re-
cursos a la que destina todo su pequeño
padre toda la responsabilidad de sus de-
gracia? en que linea de conducta ha de pe-
dir que fije entre los dos la que gañan-
do de otro solo puede seguir la linea in-
flexible ~~de honor y del deber~~?

I viva insinuacion a un thama-
niento a ciertos autogras aueos, para
reunir en la sombra ciertos ediles
y que venga yo a ser visto en vulgar gual-
ter que falta a sus deberes de amigo del
Cande y al dictado severo de su conciencia,
en que llega a ser tanta vez una

de tantas miserias frágiles que nacían
ben a la vida, paron prohibida, y que no
habían de volver con juramento sagrado?

Y si la burocracia, tanta en sus comen-
tos que aquellas palabras, a que el atribuirá
el carácter de circunstancias, acaso fueron
innocentes, por necesidad de ser un punto de
de partida.

XXXXX

En el momento en que me encontraba, al otro
en el que me encontraba, y que al fin me per-
día en el momento en que me encontraba, me
viendo, atrayendo a la memoria de los recuerdos, en
que el recuerdo y con ligeros bastoncillos, y fue
a saber por la oscuridad, de la casa hacia
el campo.

Desde el punto bajo en el que volví a
encontrarme, al otro se le olvida, fue
a saber por el recuerdo que tenía en su me-
da de noche, y que una súbita idea le llevó
dejado y continuando, esto ~~no~~ debía llevar
arriba ninguna, en cualquier lance o por
presa, el ~~no~~ debía ser el malador, se juzga
la vida, y que sin querer ganar la de
nadie.

En el punto sin ser visto por los na-

vaqueros de su fincanta pasó el peñón y
caló a campo traviesa hacia el Marquesado.

En un momento sin apercibirse
las sombras de las montañas caían, y se
sobre ~~apagaban~~ sobre el valle. Llegó a la mar-
gen derecha del río: estaba seco, con los an-
dres de aquel árido Julio, y de las arbores
abrazadas todo el día por el sol, habían
válidos de fuego. Cuando con ligeros aque-
lla franja de árboles crecía, y entre en la
tierra del Marquesado por el sitio más
solitario y oculto, ~~allí~~ ^{allí} cerca estaban las
mazas de cipreses que rodeaban el cañe-
nte: no entró en ellas con paso caute-
loso, comenzó a deslizarle, se trueno a
truenos por los parragos, creó emboscado.
Allí se paró un momento agrandando
en las tinieblas las bridas quejadas de sus
ojos que oscurecaban las sombras.

Estaba fuera de sí, no reflexiona-
ba; el corazón le latía con violencia, y
todas sus percepciones eran para im-
primir. Allí había entre ~~las~~ ^{las} ramas ca-
morada caudal con ríos blancos, un río

didar. La Condesa no parecía por su
paseo favorito. Baste de esperar iba en
colorete, cuando oyó entre los árboles un
ruido. Se emboracó más, acomodando
solamente la cabeza entre los ramos y
para distinguir quién fuera. El ruido
era tan instantáneo, y volví a salir,
como arrojada de golpe que me arrojara algu-
nas hojas secas, y al volver me redoblé los ojos
para ver mejor, como si quisiera que
hubiese oscuridad para todo el Universo
menor para él; pero ~~aquel~~ fantasma in-
objeto animado, lo que fuere, se diluyó
más lejos, y no llegó a aquel sitio. ^{D.} El
fo no pudo descubrirlo donde se ocundi-
a.

¿Qué hacer? ¿quedó sin embarco?
dirigida ocupación. Vida terrible que
se tuviera que penetrar en un bosque de
no se fiera. Sin embargo, se decidió dijo
la mirando resolutiva; y para paso de lobo
volvía a andar resaca. La noche del día de los
truenos cuanto podía, hacia la plaza de la
provincia donde vivía ocupaba a la vida.

Por fin vió el gran círculo con la
fuente, esmerado de aquella glorietta,
rodeada de rosales en flor; pero nada,
nada había; vió aquella figura de
mármol de la fuente arrojando agua
por la cubeta; y paróse el dedo sobre
sutil labio como la estatua del silencio.

no se arrojó a mostrar el bal-
to en aquel círculo descubierto, y le dio
la vuelta entre los arrastres; fue a
parar cerca de la verja del jardín que
había detrás de la casa del Conde: esta
ba abierta y penetró. Por allí venia
el viento, una neblina, una silbo.
A las diez, era la Condesa sin duda, que
le aguardaba cerca del vestíbulo, en aquel
sitio solitario. Avanzó en su busca
nada de un momento, y al acercarse a la
puerta ~~señalando~~^{dándole} ~~señalando~~^{esto} dijo: "¡Dios!" y con
un grupo de mujeres retrocedió hacia donde
un pequeño grupo de hombres estaba.

Abdication! successeur d'Idolphe outre l'ainé
à se querélant avec son aîné.

Maruya para el atunero.

reservado a su dueño.

- Usted, ¿digna a todo esto? Usted reservó
su otro sitio, ¿?

- Cálle, me da lo mismo.

¿Qué preguntó a eso con Maruja
y vino usted a hablar por la caja, me al
guna de la comitiva, robicinas del Conde?

- No, es usted a todo esto; tratando de di-
guntar. ¿He perdido, qué cosa de un tan-
go para, y con estas audaces palabras
me encontraba al comienzo del juego?

¿Pero por ahí, por las alameda,
de más abajo que llegan al río; por ahí
hay una casa para tener acceso al
primer estribo, que es esta muy lejos.

- ¿Y qué hacías aquí?

He a ver con todas las noches, de
que se oírse, esta caja del jardín,
para lo que el Conde ha encargado un
juego.

- Están los Condes en el comedor?

- Si reservó, ellos están todavía y si
quiere puede averiguar.

- No, díjale a él, ¿y qué digo que me
has visto, pero que podían averiguar al

ber que he parado de longo

Don Adolfo talis diligente por la orja
del jarden, y Maria cono marchan
don penzativa, ante agut incensivo
recopiarlo.

X. Z.

Edolfo no pudo dormir aquella noche
~~porque que se acordaba de lo que le habia pasado~~
~~made al morir.~~ Era cierto que él, el veci-
no, el hombre de estrecha conciencia
y de obsesadas ideas morales, habia corrido co-
mo un criminal, por campos y bosques
en busca de una mujer que pertenecía
a otro. Él habia salvado los vergas de la
herida y agua, amparado por las sombras
como un matador, y luego, sorprendido
infraganti por la mujer, la habia muerto
forjando un crimen mortal, protestando por
no tener otro remedio, pareciéndose así
a un bicho muerto que se resaca y se
muere que avergonzarse ante ella.

O. Adelfo trova per quella sua
realità, una fissità, e una certezza,
dal non spogliarsi del suo proprio valore.

peñales blanqueados por fuera y llenos
de guirruños en su interior.

¿Con qué cara se presentaría ante
el Conde, y le estrecharía la mano de amigo,
y de pariente con el sobre elevado, cuestio-
nes filosóficas y se sentaría a su mesa, y aspi-
raria a sus volutas? ¿Y cómo rebasaría
pasado tan poco, mi dejaría de ponerme
para ello el antifaz del falso desinterés?

Verdad que no era paga toda la cul-
pa: que él había ^{opuesto} ~~puesto~~ de su parte alguna
resistencia a aquella caída, que un poder
dialéctico que encarnaba hasta en lo más us-
-ble y sagrado muchas veces, le arrojó a aque-
lla miserable situación en que mi ~~estado~~ ^{querida}
acabar de rodar al fondo de la ruina, ni po-
día levantarme ya derribado; pero ¿cómo ha-
bía él agotado toda la fuerza de mi espí-
ritu para mantenerme firme, había pue-
to en juego todos los resortes poderosos de mi
voluntad educada en los combates contra
sí mismo? O no, mi conciencia le decía
que no había luchado como fuerte, pero
dejádome arrastrar como débil vencido;
que había capitulado sin agotar mis defen-
sas, y sin llegar a heroicas resoluciones,

La rechazaba; rechazaba en su
espíritu todas las amenazas de lucha; re-
husaba a ir proppin; derrocar a aquel
maléfico poder que tornaba todas las here-
sías para combatirlo, y todas las formas
y ocasiones para empujarle, esto buscaba
más a la Condesa; no podría más en ella
los ojos sin el porramiento; rechazaba toda
tentación, y volvería a sepultarse en su cuna
de los balcones de mariscal y en su biblioteca
a los libros raros, amigos íntimos que ya
le quedaban en el mundo. Antes había que-
rido retratos y cartas de Lucía; ahora pa-
recía una helada espoupa por su com-
pón para borrar hasta el recuerdo de ella.

XI, I.

Al día siguiente recibió una invitación
del Conde para una partida de cartas. Con-
tamos con él; él imperiosamente, le
desa; saldrá a caballo, a correr liabro;
y después nos internaremos en el bosque
para un ojo.

Adolfo vaciló; pero no encontró
excusa que quisiera más bien, se acercó
a la Condesa y le dijo inventada. Hecha
ciar a verla, cuando podía hacerlo sin

el finero, fingiendo superioridad para que no
alli como un bongo, se detenia aquel dia
de fiesta cívica que podia proporcionar
nosle alguna distraccion en medio de su
vida solitaria! Era demasiado orgulloso
un hombre como él, que después de haber
tenido suficiente energía para dominar
sus sentimientos. No seria una especie de
humida simpatía de un alma bien tem-
plada. Adolfo queria encontrarse a su
amigo, que hacia mejor con nosotros
valerian la presencia de la Condesa, que con-
dignificaba sobradamente la visita pues
por amor de casa, se hizo traer un caballo
más comodo, y montó en él, segun de
orden que llevaba la Condesa solo galgo.

La expedición se puso en camino;
el Conde renovando sus galas de
de sportman cabalgaba en un precioso
alazán inglés. A su lado la Condesa sobre
otro caballo color naranja montaba sus
estribos, de americana, sus dos sobrinos,
en sencillos jacos toreros, que parecian
equipos, veían y charlaban con su
variedad, el alcaide de escuela montaba

en gran línea rompiendo al caballo
a la triste figura, el Cuzco iba a torcajes,
en una galletina, como otro Saucor y el Adolfo
sobre lo principal de la comitiva revolviendo
en caballo a uno y a otro lado, aludiendo a lo
del que se encontraba galante con las damas.

~~El~~ Llegaron a unos llanos espaciosos, vea
unos árboles sembrados de juncos, y de mayor
valer allí se saltaron los juncos y quedándose
el Cuzco en su bodega rodea con otros, después
aparece detrás de los galgos los coradores, ha-
ta que saltó la primera línea, ¡Pier! a él!
gritó el Cuzco, y todos se saltaron a galope
mientras los galgos saltados en veloz carre-
ra, tomaron a izquierda y derecha para
cortarle el camino. Cayó al fin el animal-
go, después de varios esfuerzos; y los perros
se desmontaron moribundo allí se echaron
a correr, y a la salida del bosque, bajo
unos pocos montes, se echó pie a tierra,
se desahogó, y se tuvo un estúpido de ra-
guño.

El Maestro había saltado él con gran ma-
lagro, el rociante en su carrera al ta-
ladrado, al Cuzco dando pequeños saltos
acarreados, y en quiste perdía los árboles

y cayo sobre el paradero de la caballe-
 ria, a donde se agarró fuertemente, ha-
 ciendo colgada la jovenes persona. Llé-
 vose los demas rito; y tambien su socor-
 ro. El resto fue insignificante, y como el Conde
 polvoso socorriendo al asferrado caballo,
 que habia recibido manotones en la di-
 fícil situacion, sin caer del tipo. El po-
 vo fue la gran afortunada de la guerra,
 que a un tropiezo de la berrica, sepan-
 tada con aquellas sacras, y griteria, le
 hizo dar de bruca, contra el mal de la
 dolo en forma de muca; si bien tuvo una
 caída con muerte; por eso solo se ve en
 guiso en su bar, mas en, como de un
 terreno polvoroso solo habia sacado el
~~solera~~ una espárcara de tierra en la
 ofigio.

Las sobriñas, del Conde estaban
ensucuciadas, como una gata, excitadas,
por el misterio y muy guapas la Conden
casada por su patria. Solamente en el
Conde y en ^{su} Adolfo no se estaba más,
que un poco de agitación, por los lances

de la carreta, en que habian ido a la par,
y delante de todos. Los caballos cloraban
de espuma, y se oian que acompañaban
a la comitiva las arroparon con bucos,
acantos, micantes, los perros tendidos sa-
laban lenguas de áspides, y eran algunos
chados en sus cadenas.

Después del desayuno todos se en-
fueron en el bosque, donde solo había
caca menor; pero en abundancia.

Sea aquel un ~~reparto~~^{espigar} muy oportu-
no de los parajes vírgenes del Maque-
do donde no entra nunca el hacha del
leñador, ni la cota codiciosa del caique.

Aca y allá se oyeron á veces los de-
jares de los árboles caídos; las piedras
caían y saltaban perdiéndose en la espesa
y se habían tomado las precauciones de
hacer para ir en ala un disparo en di-
rección a uno de ellos; el día se acabó anun-
ciando la opacidad de aquella selva y algu-
nas pocas gotas cayendo sobre las hojas de
los árboles y plantas abriendo que penetraban
entre ellos, anunciaron una próxima tem-
pesta.

portar.

no tardó en volver al trabajo;
y en caer en su cama. Los que
volvieron, corrieron a refugiarse en las ma-
ras, cubiertas por el sol. Los que
aquel tabernáculo de cuando en cuando,
guertando a las bóvedas del bosque re-
fugio de incendio. Los caballos se en-
cabrilaron en una de aquellas re-
vistas, demandando? y se defendieron el di-
yella. La Condessa y el duque
se encontraron por primera vez. Solo
lo que se sigue es esta escena.

XIII

Se hablaban los dos antiguos am-
igos en aquella entusiasta conversación,
al recordar de los volantes y entre
los frajones de la tormenta? Por lo mis-
mo que estaba en los uadios pudo venir
a contarlos, pero se le ocurrió que re-
conociendo su antigua desgracia, le
se justificó del dicho de "enfame" y
que el duque le podía perdonar por aque-
lla ofensa. Seguramente la Condessa le
claró la verdad. Era la misma de siempre;

no había borrado de su corazón en me-
dio del punto de su nueva vida, el antiguo
recuerdo de sus relaciones con ^{D.} Adolfo; pe-
ro era del Conde, como una joya adquiri-
da por tentación y capricho; y debía per-
manecerle fiel, cuando no por amor, por
honor y por gratitud.

¿Por qué no había de poder conservar
sus recuerdos de otros días, y sus simpatías
de siempre, en medio del más exorci-
torio respeto de sus deberes?

Esta era el único pensamiento
de ^{D.} Adolfo; y sin duda el aceptó, y se im-
puso igual sacrificio; pero no dejó de
reprochar a ^{D.} Alicia que se apartara de pen-
samientos, y sin esperanza; hasta con la
resignación de resignarse a ésta era algo
superior a lo humano, y más que un
bien, un tremendo sacrificio.

Sin embargo, no había otra solución,
como no fuera la caída y la culpa y el
mutuo suicidio. Ambos se resque-
brañaban honradamente; ella culpaba su fidelidad
des; pero en el fondo afirmaba su digni-

siudas; y il que siempre la tuvo por
buena, que por verlo la hubiera hecho
su esposa, no creia digno de ella en de-
re propio acostarla hacia el lado con-
prometiendo su honor, y su por-
venir. — La amaba demasiado;
y este exceso de pasión, producía en su
espiritualidad un exceso de delicadeza.

— Si quisiera diria ella; dominarla,
buscar en otro amor el sustituto de este
que es imposible.

Y il resistiéndose a renunciarle su
plantación, le firmaria sin duda que
en la tierra, y después en la otra vida,
se por acrisolarse, requiriera su hon-
ro adorándola.

Sintieron venir de pronto ^{Tr. Adol.} ~~puerto~~ ^{puerto} ~~puerto~~ ^{puerto}
fo por providencia reparo ~~puerto~~ ^{puerto}
que un caballo por el lado opuesto, mientras
Luisa en el rizo, volaba hacia donde ^{se con-}
ba el tropel.

Levan el Coude y sus dos sobrinas, que en-
daban en busca de la caravana desaparecida.

La tormenta habia apaciguado, como

no habian parecido ^{cu} ~~por~~ donde ellas se
refugiaron para prestarles auxilios, y
que habia estado durante el día en un
placamente separado y distraído de ellas.

X L I I I

Cuando el Alcalde vio entrar por el pue-
blo a D. Lucijote y a Panolus, o sea al Ma-
tis y al cura bien empapados se alegró
de no haber ido a comprar libros.

— ¿Fue tal padre cura? dijo al péro-
co, ¿se ha divertido usted mucho? Y éste
por toda contestación dio un bufido, que
metió en la cara. volvió a mandarse de
ropa.

— Yo no, exclamó el Maestros: yo si me
he divertido bastante: el Conde se ha que-
dado vezes de mi seguridad a caballo:
y en cuanto a matar, lo que es esta vez
se he dejado a todos tan contentos. Me he
felicitado, mire usted qué percha traigo, y enre-
ñaba al Alcalde todas las libros, y por
dices que generosamente habia manda-
do al Conde se le diesen.

— ¿D. Adolfo? y preguntó el Alcalde.

—Eran paucos, está curado completa-
mente de su hipocondría. Desde que le
resaron de su curación a otro hombre,
que de vierte y bromea, y hasta me parece
que le hace gracia a cosa de las sobrinas
del Sr. Conde. Este hombre va a de barcos
en peliando.

—Me olguro: me daba pena de verle
hecho un burón; pero que con unos
que siempre riñe.

Después de retirarse a la reja de
la casa del remonterilla, donde le alto el
Maestro. Éste se reuñó del pobre animal
que respiraba por el pecho, y lo de alto
jueva con un chiquillo a la suadra
de la casa encima, para que le pusieran
buenos piores; pero ~~como~~ se lo había gana-
do en aquel día; y alla marcharon ca-
ballo y chuculo, hacia aquella suadra,
separada de la ^{de parvulos} clare, por un delgado ca-
beje.

~~educación de los muchachos de la~~
~~donna de pobres~~
Volvió el cura, mudado de ropa.

interior, con otra rotaria que era la
de los días de fiesta; pero estornudando
a más no poder, y recabó su parte de
aquellas felicitaciones que se daban al
calde y ~~himene~~ por haber sacado a ~~el~~
Adolfo de su enfermedad, y habérlo hecho
un hombre feliz.

— Completamente feliz exclamó
el cura y refirió su requiso en aque-
lla casería en que ^{él} había cogido liebre,
en el agua.

De Adolfo al llegar a su quinta, se
puso a escribir una carta; pero la dejó a
mediaz. Sintió frío; las puntas de sus de-
dos amoratadas y sus miembros trémulos
indicaban que tenía alguna fiebre. Se
arropió y mandó ~~el~~ criado le hiciera
una infusión de thé caliente. No era
agradable: solo que por primera vez en su
vida se encontraba enfermo, y notaba más
la ausencia de ~~su~~ alma cariñosa que se
interesara por su salud.

Si él se hubiera casado con Luisa, esta
no allí, en todo, ir rebujándole otro en

la muerte, disponiendo las tiras, ~~así~~
~~veramente~~ ^{veramente} con sus palabras y miras,

Pero no; su ven de oro la volubilidad, el va-
cio, aquella cara de rieta; aquella alveta
muerta, y aquella mala sombra de criado
funeral, que iba de uno a otro lado como
~~un~~ alveta de palomino.

Se acortó temprano, andá en cabera
presentia bullir en su cerebro los augendos
de la calentura, se había metido en el pueblo,
y hubo que mirarlo al más inmediato. En
tratando la fiebre crecía, y el criado atun-
dido no sabía que hacerle.

Después de dos horas vino el médico,
se sentó cerca del lecho, tomó el pulso
del enfermo, y hizo un gesto de extra-
ñeza — se arrodó, le dijo atrevido, con
enfriamiento: ¿quiere descansar ahora?
No bien — Y el doctor abrió los ojos salien-
do de su nodorra, y los fijó en el gateo;
sin pronunciación una palabra.

— Hinta y papel, ~~quede~~ ^{quede} éste, y el criado
dando tropiezos los baje del despaño.
El médico se recibió una resaca
muy larga: dió al fármaco sus insinua-

ciones, y se marchó ofreciendo volver al día siguiente.

La mujer del hostetano de la quinta ayudó al criado a irse, al reírse, y bote en bote, con la cabeza hundida en la almohada, no se daba cuenta de ir, suorado por una fiebre altísima.

XLIV

Aquí pasó una noche angustiosa.

Por la mañana, corrió la noticia de que D. Adolfo estaba muy malo, y de boca en boca llegó a la gente menuda del Marquesado, a la servidumbre del Conde, y sobre todo a Marija.

La pobre muchacha no aguantó a ver eso, se trataba de un reumático, y le dijo todo, y corrió presurosa a un lado. No era extraño que D. Adolfo no tuviera una persona amante que velase por él... Allí estaba, de un salto, la gatita herana, transformada en estora leona.

D. Adolfo se despertó un poco al mediodía, y quiso ver a Marija, junto a su cama.

— Gracias hija mía, le dijo estorbando

dole apesetunadamente la mano, y Maruja que
nió en el fuego de sus ojos sus lágrimas, y con-
vo sus sollozos para no alarmar a su esposo.

— Has sabido que estaba el malo y me vine
por si algo se le ocurría.

— Desano, risulata, repuso Adolfo, ¿me
me dejas, estás muy sola, y en caso de ena-
no entiendo mis cosas.

— Descuida, D. A. que aquí me estás, en la
mis Maruja, no sabiendo ni alegrarme o tra-
gera llorar, y sin contenerme por ver si
pudibundear, lo ponía los remojaderos a
los pies, y lo paraba la mano en la frente
para ver si la fiebre desaparecía.

Al la tarde volvió a saber la calentura
y comenzó el cuerpo a doler.

Había llegado el Conde, y se le pasó a
la alcoba, retirándose por respeto Maruja,
dejándole a solas con él.

Se disponía a irse, y en su camino se
memoraba, sin darse cuenta de cosa alguna,
que fijaban contrariadamente en el Conde.

Los labios amoratados de Adolfo de-
jaban escapar incoherentes palabras.

De pronto salió de ella el cuerpo de
luz, y el Conde hizo un movimiento de re-
troceso, temblaba a su aspecto, y aunque sus

su estado de la fiebre, más le hacían mal
dita la guerra.

Se detuvo a escuchar.

— ¡Hacia! ¡hacia! ¡hacia! ^{2º} Adolfo. Tu padre
'el Conde' 'ahí', 'no' 'no' 'grande' 'no' '¡Infame'!
'¡Infame'!

¿Qué significaba aquello? El Conde
era persona del más vivo recuerdo, y ¿acer-
tar a comprometer nada: ^{había} Adolfo ~~había~~
brado a su mujer, y a él y al grito
de "infame" había salido de su cuarto calen-
turiento. ¿No figurar y terrible suponen-
do habían podido forjar dentro de aquel
cráneos que las dejaba escapar en frag-
mentos entorpecidos, como volcán en erupción
que arroja pedruzcos candentes?

— ¡Hacia! ¡hacia! para siempre, continuaba
murmurando Adolfo, hacia al balcón. ¡Ha-
voz. ¡Hacia! al balcón. ¡Hacia! negro cielo
¡Claridad! ¡no es a ti! ¡Hacia! ¡hacia!

El Conde se levantó ante una tre-
menda resaca, sería posible que aquel
recuerdo hubiera pasado en su mujer al
quien ven a decir sobre ellos, y en la verdad
allí mismo le agitaría la cabeza.

El cuerpo se dio a hablar y el Conde

miró a todos lados, son los gestos crispados,
y los ojos irascidos, está diciendo que bauer
estaba de volver a Maraja, para re-
novar a su amo los principios, y el Com-
de sin querer abandonar aquel punto de
asalto, por no poder coger algunas otras pa-
labras que le salvaran el terrible ministerio,
se saltó al despacho de Adolfo, que estaba
ocultando a su alcoba, para seguir la cues-
ta del Solís y de tener sus respectivos
~~verdaderos~~
~~verdaderos~~ en consecuencia.

Sobre la carpeta de la mesa burocrá-
tica de Adolfo estaba la carta que dejó a medio
escribir, cuando se sentó a escribir.

El Comde se puso de ella a investigar
muerte. La carta era opaca, leyendo en el pri-
mer renglón escrito también el nombre de
León.

Allí a todos lados, no era a nadie, y
cogió aquel papel, que tal vez iba a incomple-
tar las inconcebibles frases del Solís.

Aquello había sido escrito en cala-
varón y debía contener la verdad por la
luz de la vida.

El Comde leyó estas palabras
y se iba a su oficina.

no puede ser intermedio, el cual...

destinaba en otro tiempo para mí, y al
inferno sus jurisdicciones de esta dicha.

Cinco años he pasado en el más ter-
rible aislamiento, viviendo tan muerto y
desvencando las amarguras de la vida.

Un poder maldéfico, en el que empuje
es a' creer, te ha puesto de nuevo ante mis
ojos escribiendo en tu frente la palabra, im-
posible!

Entonces, a' ver, al fondo de mi corazón
que me tiene de la mano de amigo, y al que
sería incluso traicionar al fondo me es-
tima, me desluzgo, me llamo, me obligo
y en tanto aquel poder maldéfico se goza en
que nos approxime, y espera nuestra caída
para volver la eterna cargada.

Ya me dijiste que ~~tu~~ no sabías que
guardarías insólitos el fondo de tu ma-
nido y el tuyo. Lo soy también, en
si augurar a una mujer, es traicionar
a un amigo; pero no respondiendo de mí, sino
me alejo de tu lado.

Now pues a' dejar este mundo que
creía un arbo, mi casa que era para mí
espíritu, casa de tal, mis intereses y mi
propiedad, y me unirme a tierra.

trama.

ella misma en un momento.

La carta quedaba interrumpida allí, en aquel medio resplandor, y el Conde la arrojó sobre la mesa, dejándola caer abismada en unas bulacas.

XI.V

Aquella tempestad bajó con enorme que-
~~repente~~ ~~repente~~ Victor Hugo, no guardaba compa-
racion con la que regia en el cerebro del Conde.

El viejo tigre mal, sacudió la cabeza y de
sus ojos enrojecidos brotaron llamas.

— Con qué era ciego que aquel hombre
habia pensado en su esposa? Con que habia to-
do un drama oculto entre ambos llevados tan
profundo en sus almas, y disfrazado en la far-
sa con el diuinito?

Alguna Condesa de Miraflores no po-
dria tener drama, sin caer muerta a sus pies.

¿Y nadie con un Conde de Miraflores podia
hacer de galán joven, sin ser aborrecido de
una esposa?

Se levanto, y miro vaciando hacia la
alcoba de D. Adolfo. Tenia duda, pero una
vellanía alegando allí indolente, pronto ha-
bria dejado de delirar.

no perdiendo ~~la oportunidad~~ ^{oportunidad} de esperar a
a que se restableciera, para mandarle una
bata a la frente.

Al cabo de un momento ~~inter~~
~~el~~ ^{estubo} a
la barandilla. Miró la carta, y reflexionó
que lejos de probar un adulterio, hablaba de
un milagro sacrilegio.

Segun ella, su mujer no habia ~~caído~~
no le habia fallado de hecho, ni de pensa-
miento. Adolfo tambien se declaraba in-
capaz de traicionar al esposo y al amigo,
y queria poner tierra por medio para
evitar la catástrofe.

El doctor no habia sido buscado
por aquel hombre, más bien el Conde mis-
mo se lo habia traído, reconocido, al Hen-
gól, donde él lo tenía como prisionero de
guerra, no más, sin ruido y sin escándalo.

La única culpa de la Condesa con-
sistía en no haber advertido a su esposo
aquella difícil situación, en no haberle
confesado sus relaciones ocultas, y en
su encuentro con el hombre que años, pero
después de todo, era exigible a una mu-

por que se reconociera firme y honra
da, fuere a su marido con otros regalos
para ~~dejarle~~ ^{recuerdable} de sus piadosas intenciones.

El Conde acaba por pensar que no
era de ella ni de D. Adolfo toda la culpa; y
que el tenerlo así provee con haber resistido
en llevar la tragedia a su propia casa.

Recordando las ausencias de D. Adolfo, sus
desvíos, su resistencia en muchas ocasio
nes a presentarse en la corte, su tendencia
a encerrarse solitario en su gabinete; y
conspicuos que nada más pudo hacer.

Al fin era ya el arrebató del primer
momento, se sobresaltó en el Conde la cal
ma; y sobre sus inquietos virgatacos sur
gió la tentativa de una diplomática de
pura de su honor amenazado.

~~no~~ había qui castigar, puesto que
fallaba ofensa, y sin intención de ofender;
había que curar, puesto que existía una
antiguo dolor, agriado; una herida mal
cicatrizada, y abierta luego por impudencia
cruel.

Así, cuando vino a la tumba, por
que ella no supiera que él había la exis
tencia de aquel drama sin confundirle.

En cada se daría por entendido con
Adolfo, por que no piensan que él le
dejaba vivir ~~no se le da~~ ^{correcto} en amor.

A tiempos podía verse que
paralelamente a la Cometa como
un alma superior que se manifestaba
por los flar y el poder de ella, por una
una vestimenta propiciatoria.

El Cometa cogió el sombrero y marchó
se fue andando hasta el Marquero, y llegó don
de estaba su mujer esforzándose en salir.

La sabía oía que Adolfo estaba sufi-
riendo y dolía también se inquietaba
— ¿Fueron amigos? preguntó al Cometa al
cabo de una pausa.

— Dices contestó él: no tiene nada una
fiebreilla del cansancio y del resaca; y
un pequeño sufrimiento, estos hombres
que parecen tan fuertes, luego resultan muy
alféngues, no resisten un jalone a pie,
ni a caballo.

XLVI

Cuatro días estuvo Adolfo con la alter-
nativa de aquella fiebre y Maruja a su
cabecera sin descansar, cuidándole so-
lita como una hermana.

— Nite a' acostar, hija mia; le decia ^{el} ~~Adolfo~~ Adolfo alla 'a la madrugada, cuando abria
los ojos, la encontraba inmovil a
asulado con los ojos fijos sobre el, belava
rendida, y su voz a temblar y tu era a
caer enferma...

— No lo quiere V^o de decirlo.
soy fuerte y esto para mi es trabajo... no
tengo maso ninguno; aqui sobre esta silla
esta muy bien.

Adolfo le cogia la mano con gratitud,
y ella se ponía roja como la grana.

— ¡Dios mio! para esta ¡recuerda que
lo quisiera tanto! y no hay mas remedio
que quererte sobre todo ahora. ¡Hacia
votos fervientes y promesas de toda clase
a santos y vírgenes, porque fueran buenos
a su recuerdo.

La fiesta fue maravillosa de alegría
y amor. Adolfo se sentía muy despe
gado, se acordó de la carta que habia dejado
a misos amigos en su pupitre.

— ¡Gracias, dijo a Marija, por papel
que habia en mi pupitre sobre la carpeta
de mi mesa, Marija decia llorando.

— ¿La ha visto alguien? preguntó.

— ¡adieu, querido! El Alcaide y el alguacil
han estado aquí cuando a las once de la ma-
ñana entró por el despacho y yo me re-
cuerdo que nadie haya entrado allí.

— ¿Verdad? ¡interrogó Adolfo con curio-
sidad.

— ¡Verdad, querido! Ah, se acordó
Maruja después de una pausa, al siguiente
día de caer el Conde: vino el Sr. Conde y
mis hijos y yo fuimos a ver a los señores
nuestros, o por lo menos al Sr. Conde, pero fue un
momento.

El Adolfo se sorprendió y cayó abatido
sobre la almohada. ~~¿Verdad?~~ ¿Verdad ven-
to el Conde a aquellos señores? ¿Le habían
servido de delación? ¿Había imperdonado la
muerte y que desgraciado era?

Alampio la carta en un momento
y mandó a Maruja que los
ocurría a las señoras.

Cuando ésta volvió, le interrogó
de nuevo.

— ¿Y el Sr. Conde? ¿ha mandado a
algunos señores a preguntar por mí?

— Todos los días dos veces.

El Adolfo respiró: ¡aquel hombre ha
estado todo aquel tiempo de mala, no ha

obra mostrando tal interés por su salud
~~El~~ ^{El} ~~Se~~ ^{Se} ~~trató~~ ^{trató} ~~los~~ ^{los} ~~días~~ ^{días} ~~siempre~~ ^{siempre}
que hizo llevar a un despacho, donde cayó
baleado de heridas como a caballo, y luego
marqueado con su carabina por heridas,
cerco el fondo de una de sus balas
lobo su mano empuñó una ballesta
y que le habían llevado la bala anterior, y que
en el fondo de donde el Marqués

Así a los

"Yo Comendador de Maraflo
se despiden."

El sobrecito de ~~El~~ ^{El} ~~Se~~ ^{Se} ~~trató~~ ^{trató} ~~los~~ ^{los} ~~días~~ ^{días} ~~siempre~~ ^{siempre}
Aquel lacayo me lo hizo la noche
cada quince porquitar y se pasó la
llegada del cura del Alcaide y el Alcaide,
que avisaron inmediatamente.

Mucho se alegraron ellos de su
través por la noche y cuando se levantaron
su tierra muy bien sembrada.

— Con que ya sabrás que se me fue
el Comendador de Maraflo.

— Sí, yo lo sé, contáteme lo delo, o sea lo que
concurrió, pero la dudo de desdicha.

— Por eso por poco tiempo a los días
el Alcaide.

— Que se ya se fue el cura del Alcaide.

Des de vos robesias tiraren la culpa,
constantment dicendo que se alimen-
tando del mal gusto de parties de vi-
ver en este pueblo. Y claro, como alla, la
que ~~era~~ tanto, y creo que el Cande deora
que se ha marchado y alla vican con el, ha
levantado la casa con un melindre, la
del tiempo.

Il Nitroso ne limita a dire, volendolo
dire il contrario.

—. Y se veía f. y la iglesia al estar
los que treintados ha quedado el. Han
quorados. Ellos se fueron a por la iglesia
materna a situar allí y ya parecía que
había pasado un siglo por la fuerza
de una guerra y queda el jardín
de riegos; la fuente sin el agua ^{de agua}
~~de agua~~ ^{de agua} ~~de agua~~ ^{de agua}
fueron los parques solitarios y el uso de
hojas secas. En fin que aquella ambición.

— Roma, le intermunicio de Realde,
como que ahora se gobiernan y los labo-
dores empezaron a estar a los anchas,
y ya no sabe la ciencia sin amor.

— Algunos aborridos se han pervertido
cuando al clero y a los señores para con

111
corales, vanda de Adolfo?

— ¡De un regalo éste y dejó caer la
cubeta sobre el pecho.

Pocos segundos transcurrieron, y en aquella
precumbra del pecho parecían los
convulsos latidos del corazón. Adolfo ca-
llaba abrumado, como si se le hubiera
arrancado alguna persona.

X LXXX

¡¡ Qui' Olvido era triste!

Caminó de los árboles de los jardines las largas
rucas, como pidiendo, de Olvido.

Elaban los rucos a la grama, como desde
los osos, cubiertos sobre los arroyos.

El Marqués de la Lejía se movía
como un volador.

— Dr. Adolfo, como Adolfo, después de
una sucesión de personas, se refugiaba
en aquel de pecho rojo, rodeado de libros, y
aromatizado con cristales de sus balcones, como
de el viento y de la brisa, rodeado de el
deprece.

Algo se cubra algunos rucos, dejando un
gigot en un momento en los de aquel.
Apaleos de Adolfo, y de aquellos largos de

partes donde estos mueren se beben
de los rios y las aceñas.

Quel'aria di Sicilia? quella sempre
che fiorisce a tu per tu, sempre e per
sempre, e che la viaggia come piovra, per
quella guisa di terra allungata!

Graciously receive with each prayer
my warmest remembrance and good wishes to the dear
Ladies.

Delors, un locataire, un indigent, un pauvre
congruement entendent, pour le moins, et
allonguerait d'un an sa vie, et qui se
garde les secrets, et se livre à d'autres
travaux, ou se retire, et se livre à d'autres
affaires, et se livre à d'autres

[illegible]

Con estos tiempos que no había man-
dado el primer a aquéllos últimos! Ya no
se acordaba cómo había de hacer, para es-
tablecer el primer y no de estorbo y malicia
a descubrir su gran equivocación, y po-

ver la cubierta ^{los} patilleros, dentro del tin-
taro con las plumas negras arriba, como
plumeros.

En Adolfo se lo descubrió todo en gra-
ticia al efecto que lo había demostrado, y el
efecto con que lo vivió. Aquellas muchas pe-
nadas, en vista a la estacion de su enfermedad,
algunas al no curarse de fiebre, y de dolores, eran
dignas de agradecimiento. Tal vez deba la
vida al milagro extremado de aquella enfermedad.
que cubren.

Cuando el paciente se levantaba al orin-
tal, formando su pipa de humos, llamaba a
una de las mujeres a la puerta, y la arrastra-
ba de sus hombros ~~en~~ sus brazos.

Avanzaba, siempre temblando, con los
ojos bajos, y una traza a su vez el recordo del
muerto, o el ~~muerto~~ ^{manejo} de flores del herbolito, o
los periodos y cartas que acababa de darle
el póstumo.

—, ¡sientate Manoja, ahora Faldolfo, tu
estás de vuelta a contacte de la vida,
porque eres la misma persona que por
muerto se iba.

Manoja que se encontraba de pie, ruborizada,
clasando como legitimada los ojos en un

aquella conciencia de estar vivo, que se
cuello, permanencia, en silencio, todavia.

Solamente por los muchos de
compañía, el estado de estar vivo, que
el cuerpo se mantenía la presencia de
este; el cuerpo se con conciencia.

XLVIII

Unguentos de invención para el cuerpo, mi-
ditando de conciencia y conciencia.

El cuerpo no podía a mantenerse por
seas, tornándose una conciencia en un dolor
seas.

En la solitud de un día, vivió, el cuerpo
guardando la conciencia de la conciencia.

El cuerpo no podía a mantenerse por
que los libros de conciencia de la conciencia;
por que con la conciencia, guardando la conciencia
guardando de ellos, guardando la conciencia.

El cuerpo se mantenía por conciencia
— conciencia de la conciencia, por la conciencia de
conciencia; por que guardando la conciencia de la conciencia
guardando de la conciencia de la conciencia.

— por la conciencia de la conciencia de la conciencia
por la conciencia de la conciencia de la conciencia.

El cuerpo se mantenía por conciencia, y
desde entonces, el cuerpo se mantenía por conciencia.

Tracciata

Con la mano mia s'abbeverata stammi
a' Maraja, la faccia volitare presto all'
ante una moribla que para tomar ca-
fé la via al lado, y le daba la bebida
de la teca.

Almora multa insofable plassen en
aquellas salas; hacia por adelantado y lle-
ga a' leer al cabo de poco tiempo.

Por un quarto Adolfo via los pro-
prios de un distinguido, y en la su contra-
da han probado de eso misma se figuran.
Creys' si que en ella habia un gran con-
tra y pero una inteligencia medica
y hallaba que esta se desarrollaba es-
mo el estudiante desarrolla sus conocimientos
con el sentimiento.

Encontrar a aquella muchacha
era una obra de caridad y de propia sa-
tisfaccion. Tra la lectura y casual por
veros la escritura, y Maraja tras lo
bre el papel los primeros garapatos
Con qui' afece incluíabare sobre
la moribla, buscando la primera forma
muerte para iniciar aquellas muertas.

entre que el doctor, imperiosamente sale
y grafo, de perpendicular. Therese se cubre
a aquella de un gran velo, iluminada por
la luz inmensa de los gases, resplandeciente
y fantástico, mirándola, y
admirando su belleza. Qué encanto para
un pintor!

Cuando la zarza se levanta, erguida
del busto y cubre su frente, el sol se
bolsado de sus agujas y la brillantez de
sus ojos la encuentran en sus ojos.
~~El~~ tanta cosa.

Aquella misma vida, volviendo, la
cubre de las afueras del sol y el viento, la
blanca blanqueando y aterciopelada, en un
lado de la ciudad, aparecen las brisas
colgo de su arte que no tiene, resplandeciente,
que se ha escrito, y que aparece en
la gracia de un yelisco, en la colación
de una flor, en la elegancia de una par
tura.

Tras de esto, el doctor, adaptando
su cuerpo, y cubriéndolo con su
cuerpo, de agudas, en un lado de su
anatomía, se levanta y el doctor
se queda en su posición del apelo que en

ella hacia la via colocada al dorso
de, el cuerpo entablado, y el collar
de coral rodeado a una garganta.

— ¡Vista muchacha vistiera con
una pirrita, se hacia, y entallaba
en una de ellas! Todo de ese tipo, y la
perdida en antigua mortificación.

La obligó a vestir como cuando
estaba en el Canto, dejando el
traje típico del pueblo, y entonces con
sus trapitos, incluso parecía más intere-
sante.

— Ahora, la lección; se llamaba a
M. Solfo con frecuencia, solo por verla
allí delante de él, inclinarse al suelo
sobre la alfombra, y aparecer en la esca-
pa y en los trajes.

Alma un pequeño sercavero
fuerza, cuando la via alzada en la ma-
ría y ella pluma en un momento como una
educanda, y el inclinado en un pedestal.
probablemente, se iba de lado en todo
hasta que ella bajaba los ojos, para
de simular una educación, y los Regimientos que
se le estaban.

— Viremos a ver, si ~~la~~^{los} mundo
tudo esto; y a ver, si se puede algo. Mas
ya hay que hacer otra cosa. He estado
en muy mala; y he visto muchas cosas
que no se podían quedar solo en el mundo.
Hay que hacer una cosa más. Yo sé que
tienes un poco de dinero. Si me
das que te des, y yo sé el camino
de la vida.

[illegible]

meu coração, e a vontade de te ver
e que eu tenha de te ver em um
momento que tu não esteja lá, e a
pela, e a guerra que eu não quero
e a gente se mata e se mata e se mata
e se mata.

— una, e grande. Manca però solo
una più piccola, che era quella che

recuperación y habiendo ya deido en
sus comidas el pan de esta casa cuan-
ta abandonare á V^{da}, mientras no me
diga lo que me conviene.

En efecto la trasladó á otro sitio,
asegurándole que en la despedida la
vería, y como viera correr de sus ojos algunas
lágrimas, sacó el pañuelo del bolsillo y se le-
vó y le dió una palmadita en la espalda
diciéndole.

— No se va tanto.

XLIX.

La ~~vida~~ mortuoria siempre a la muerte, la
muerte presente a la ausente. Adolfo ven-
tía cicatrizarle poco a poco la herida de un
antiguo amor. La imagen de la Condesa se
esfumaba en la lejanía, y los recuerdos co-
mo la de una muerte acusada de la que
al cabo solo se conservan religiosa memo-
ria.

Ella la había olvidado; pero la tenía
por muerte ya; y la vida pide vida, y no
abstracciones imposibles. ~~En~~ la vida, esta-
ba al lado de Adolfo constantemente, en
aquella hermosa Mariana que le cuidaba
con esmero que le atendía con afán que

le obedecía con sumisión, y que le reco-
nociaba con apasionado culto.
¿Cómo sustraerle a su influjo? Adol-
fo no quería confesarlo; pero cuando Ma-
riona se marchaba, a él le volvía la tristeza.

Aquella muchacha iluminaba sus
horas tristes, era una distracción y un
consuelo.

Adolfo volvió a pensar como otras
veces que además iba resultándole una
tentación.

Le traía necesidad de verla a su lado:
aquellas ojos negros humedecidos en ocasio-
nes por lágrimas involuntarias, le atraían,
y recordaba la escena aquella en que la re-
cogió del suelo sin sentido y la tuvo frías
entre sus brazos.

¿Qué hermosa estaba entonces, así, des-
fallecida; mientras él la estrechaba y la acun-
aba para volverla al sentido! Qué rasgos
suavemente contorneados, qué deliciosa ex-
presión! Y ~~parecía~~ que llegó loco a besarla.
Cuando la tenía delante experimenta-
ba al par que satisfacción, inquietud y
dolor. ~~Se sentía~~
Se sentía a parir por la habitación.

mientras ella escribía y después de algu-
nas vueltas se aproximaba a tocar
la cabeza por cima de ella, para mirars-
e y luego el vaho perfumado de sus flores
llegaba hasta él aturdiéndole y unas veces
por movimiento instintivo le robaba
el hombro o le cogía la mano, para quie-
rela, o le daba un pequeño golpecillo co-
mo castigo de algun error mal hecho.

Un día daba Mariana la lección
muy tarde y en la penumbra del despacho
Adolfo detrás de ella perdido el dominio
de sí embriagado por aquellos perfumes
de flores y de bellera. ^{Y oído} ~~Alto~~ en un
con el brazo y ella sorprendida dejó el
papel. Alzó la cabeza y miraron y
Mariana hizo un movimiento para
rechazarle. Entonces él ^{exclamó} ~~le dijo~~ ~~maravilla~~

— ¿Pero me quieres? No que no me
quieres tardes, y ella en un arranque
rápido se colgó a su cuello y con sublime
expresión ^{le dijo} ~~exclamó~~ ¡Sí!

¡Fue aquel momento en el que
sus labios humanos se lo han prome-
tado jamás. Adolfo subyugado, atre-

ne a ella. locamente y así estuvieron un
momento, sollozando.

Aquella exploración apasionada no
quiso de ahí. Oyeron ruido repararon y a
la puerta asomó la cabera blanca del viejo
Matias.

L.

Adolfo hizo aquella noche sita en de-
conciencia.

Volvia la tentación a brincarle el odio
compañal de seductor.

— ¿Qué hacer? Despedir de nuevo a ella
y a Marija destruyendo el amor de
~~aquella mujer~~ y ensargando los úl-
timos días del pobre viejo, o luchar cerca
a todas horas para acabar con una vulgar
desentada de quiebra y de deshonra.

Así iba a pagar la pasión entrañable
de aquella pobre esclava sus deberes por el
poco sacrificio?

Dicen que de la Condesa huyere por
tratarse de un amor solo razonable por
el crimen y el agravio a la necesidad;
¿pero de Marija? ¿por qué causa?

¿Tal vez esta sea la traza para

puesto al reverso de aquel otro. ¿Deseo -
prohibido? Por qué desdenar esa balanza
y ese antidoto de los antiguos dolores?

Dr. Adolfo more arrepentida de haber en-
quivado las redenciones de aquel poder in-
finito que quiso llevarle con la conciencia
a la infancia. ~~que desahucen~~

Pensaron lo que quisiera los hombres,
vulgares de su resistencia y abnegación,
ver, el sentir una calma, una serenidad
interior, que no cambiara jamás de
otro modo.

Y ahora solo le faltaba completar
esa obra moral de su vida; y pensar en
consecuencia sus actos y sus ideas; por
que Dr. Adolfo veía bien la contradicción
de sus ideas sobre el destino ulterior del
hombre y sus luchas por el cumplimiento
de deberes superiores, al impulso de
sus sentidos, de acabar todo aquí abajo
para él, tal vez fuesen un medio represen-
tante. placeres pasajeros, a que le impulsaba
la conciencia; de ser renovable la filosofía
sucesiva del dejarle llevar al fin de su
vida, y seguramente lo contrario, en de

gándome a mostrar de aquellos impulsos,
que habia por cima de toda otra ley que
obligaba al sacrificio, a la lucha contra sí
propio, a la abstinencia del placer aun
ado en vista de un orden superior y de fi-
nes morales más altos, ahí de cierto no
habría de dirigirme en el verso aquello tan
dulce, ^{apaciguante} tan y tan alto: el pensamiento y la
consciencia. Adolfo cerraba así el portillo
abierto a todos los errores en su filosofía
sentimental, y llegaba al exacto concep-
to del alma y de sus respectivos destinos.

Marija, seria y palida, seguia a
ya quedarse a volar con su amor, y me di-
Taba a ver lo triste de su proceder, cuando
qu auerian abuelo muriera y se quedara
ola en el mundo. Tenia varon D. Adolfo, ella
no podria seguir adelante, en aquella casa,
gracia que la echaran tendria que ir, Dios sa-
be a donde; tal vez a mendigar un pedazo
de pan ~~de puerta en puerta~~ de puerta en puerta.

La situación se hizo más difícil
entre los dos, por que Adolfo también re-
husa su presencia. Aquellas tardes

de numerosas letras, quedaron enterradas
quedó, y Maruja refugiada en su ^{habitud} ~~en su casa~~
se entregaba a tristes presentimientos.

— El mes era con respecto, D. Adolfo,
decía el cura, cuando la visitaba, en
aquellos días, lluviosos y desagraciados,

— Sí, se consolaba así con displicencia,
pero se conocía que estaba ya cansado
del mes.

L I

Aquel largo invierno transcurrió así.

Había caído mucha agua. Las cosechas
prometían ser abundantes. De todas sus fin-
cas traían los labradores, buenas noticias a
D. Adolfo, ya que él no iba como antes a
inspeccionarlas.

— Era un año, recordo, la verdad, los mu-
brados están que es una bendición.

— Preparara V.ª a descansar los trojes,
D. Adolfo, yo pensaba en los trojes, en
en las cosechas.

¿Para qué? Para resuscitar los haberes
de un futuro ab intestato sus herederos.

Todo se lo llevaría al cabo la trampa
de allí a unos cuantos años, todo concluido.

del muerto: el tiempo incautado de su casa
y de sus bienes, y remunerada por estos su
reverencia llamando a sus colaterales hasta
el quinto grado.

Leí por castillo epílogo a una vida,
sintiendo de amor y de asombro, de trabajo y de
sacrificio, en aras de la virtud y del deber?

¿Y a eso conducía el ascetismo católico?
¿Era el que andaba todavía a "peleto"? No, no
debía ser: el mundo no debía acabar así, como
un inmenso ab intestato sin descendientes,
dejando tanta que continuar. ¿Quién sería en
adelante a decir, ya es tiempo de que concluya?
¿Quién se arrogaría la facultad de haber leído
en la alhambra divina, el momento oportuno
de su cesación? Mientras Dios con-
tinuase, hasta ¿era preciso continuarla y no
dejarla, en debida interrupción la cadena
de las humanas generaciones.

— Adelante decía la naturaleza toda
cumpliendo en los árboles los verdes reto-
ños; adelante, gritaban los campos con
aquellas nuevas abundantes cosechas, y
adelante, se oía en el ramblado de los
ríos insectos que rozaban sus larvas y
en el grito de las ciudades y en el bullicio

se de las flores.

O Adolfo me miraba ya al viejo
charquerado, vision retrospectiva de al-
go diminuto que desapareció. Adelante
señalaba también, consultando sus me-
morias sentimentales, y oyendo aquellas imi-
taciones del canto primaveral.

Completado su credo, se encontraba
la finalidad de su vida, y sacudía ya es-
ta agitación, para entrar en comu-
nicación viva con la humanidad.

¡ Amar y ser amado, vivir perpe-
tuándose en los siglos, formar de la quie-
ta solitaria el movimiento y el trabajo
feliz! Llenar las trojes para la familia
aberguear la imagen sencilla de aquel
ab-intestato amable por todos, y
vivir como el viejo león rodeado de su
cama y sus cachorros, no pasó en defi-
nitiva!

[11

- A que no sabe V. d. dijo el cura al abate
delante del altar, quien lea la leyenda
la mejor parentela en todo el pueblo?

bro.

— Cada, que se casa con él; creyendo de
Cura, descorriendo el velo del misterio.

Sus interlocutores se quedaron es-
tupefactos.

— Señores, prosiguió; estoy en-
gordo de instruir al sorprendido morabito
universal, con dispensa de proclamas, y
de aquí a ocho días tendremos todo...

Los contestatarios no querían acudir
a aquella especie, que les parecía desa-
tenida, y creyeron muy bien que era
una broma.

Por la tarde Adelphi y el padre de
escuela se personaron en la casa de don
Adolfo, llevados de una viva curiosi-
dad. Seguramente él les diría algo, o
les indicaría el próximo suceso.

Adolfo estaba como siempre, en
su biblioteca, fumando su pipa, re-
clinado en una butaca; requiriendo con
la mirada las aspirales de humo de
su cigarro.

A lo lejos el Marqués se alaba-
ría con uno que asomaba; y donde

Las vidrieras, rotas por la lluvia
de aquel día. ~~brucado~~ y desdibujado.
— ¡Como acabó! dijo el obispo
mirando por el balcón aquella mancha
lejuna, que parecía a través de los vi-
drios cristales un fantasma lloroso.
— ¡Dijo acabó! exclamó Adolfo con-
tonto solemnemente.
— ¡Te ya un momento antes, aún
estás el Alcaide y eres que no tardará en
caer lobo.
— ¡Te parece a V.^d dijo el obispo
~~que~~ ^{que} ~~parte que~~ ^{que} ~~ya pronto~~ ^{que} ~~se le cura~~ ^{que} ~~prepa~~
raron su última palabra de reves?
— Basta de reves! amigos míos, in-
terrompió el Adolfo, dejando su pipa
apagada sobre la mesita de sus libros y
periódicos. Preparase V.^d a los trabajos
de mi camarero.
— ¡Con que es verdad! exclamó el P.
Honor.
— ¡Con que no bromaba el Sr. Solana
dijo al mismo tiempo el Alcaide?
— ¡Si mis buenos amigos, es cierto,
y no hay en ello broma ninguna. Me.

gustos su palabra. A los ocho días justo,
con gran ruido en el vecindario del
Mejor, D. Adolfo se casó en medio
matrimonio según el costumbre ~~tradicional~~
~~tradicional~~ son la hermosa Maruja en aque-
lla humilde iglesia de cal y ladrillo que
abraba su Torre en medio del campo.

La ceremonia tuvo lugar en do-
mingo por la mañana. El párroco ecles-
iástico bendijo a la arrogante pareja en
el altar mayor, adornado de flores, sin
deleznos el Altar y el altar de es-
cuela y padecidos el viejo altar y la
Altar, que más resplandores arroja-
dos de coral y su mantilla decolorada
a fuerza de años de reclusión en el arca.

Para las arras había llevado D. Adolfo
dos pelucos de Carlos III, que rasaban
de mano a mano con son atragante, y que
hacían abrir ojos y boca a los circunstantes.

Durante la misa de velaciones el bar-
bano tocó el órgano en el coro, mezclando
en sus tocas prolongadas los motivos más
conocidos de El trovador la ~~donna e me~~
ante ~~el~~ ~~anillo~~ de Lucía.

Mariya estuvo emocionadísima
entrebolada de rebotar al remblante, temblor
no como aragada ^{en} Adolfo radiante de
júbilo con el entusiasmo por primera vez
desarraigado, pero algo nervioso también.
El anciano Matia, cerca de ellos, sollozaba
y se resistía a creer el testimonio de sus
sentidos.

Al salir los esposos multitud de
gente los rodeó y acompañó sucesos en
su camino. Los vecinos que no iban en el
coche se acercaban a las ventanillas
y puertas de las casas de la única calle
del Neojal, por donde pasaba la comitiva
y echaban puñados de trigo sobre los novios.

A Adolfo sonreía y sacaba del
bolcillo monedas de plata ^{menudas} ~~pequeñas~~ y las
arrojaba a la ventanilla con gran griterío
de los muchachos que le vitoreaban.

De trecho en trecho no se podía
pasar por la aglomeración ^{de la gente} ~~de la gente~~
avido de ver a la feliz pareja, y seguían
echando trigo sobre los novios que se
lanzaban a todos lados sonrientes.

Algunos granos caían por la

garganta de Naraja y se quedaban sobre ella como perlas oscuras de un collar desatado; y Adolfo iba quitándose los como el Rey a la Juana en la boda, del Civ.

La quinta de los balconajes de mármol estaba abierta de par en par, adornada con profusión de plantas y farolillos venecianos, para recibir a sus dueños y suceder a la noche a sus vectoras luminarias.

En sus pasos y senderos se improvisaron largas mesas, para agasajar al vecindario; y hubo tantos carneros muertos, y pollos y gallinas asados, y tantos quelejos de vino y arrobas de dulce que al pueblo se rieron. Aquellas fueron otras bodas, de Camacho.

El baquete popular se prolongó hasta bien entrada la tarde, y Adolfo y Naraja iban de mesa en mesa ofreciendo a aquellas breves gentes, unidas porque todos participasen del júbilo y de las tajadas.

Al amanecer se sucedieron

las cortas de farolillos de colores, que formaban caprichosos arcos y labores, en pares y varanjabes, y que dibujaban en el centro de la fachada principal de la casa las iniciales de Adolfo y Marija entrelazadas.

La muchedumbre que poblaba la plaza y que se acumulaba enfrente del edificio, aplaudía y vitoreaba sin cesar sorprendida por aquellas fantásticas iluminaciones, que jamás hasta entonces había visto.

La indispensable murga del pueblo fue bajo el balcón, a que se arrouaban Adolfo y Marija, a regalarles con sus trompetas, tocando diferentes números de su repertorio, compatible con los cuatro nuevos instrumentos de viento que la componían.

Bien entrada la noche, la gente retiró por consejo de los más prudentes, ~~como~~^{como} a unos los farolillos se fueron espontáneamente apagando.

La casa se cerró, los pasos y los va-

Cuando meditaba sobre aquel cambio de sus costumbres y de sus maneras, sobre aquel delirio interior de su vida y aquella satisfacción sagrada en la fe, le parecía no debía haber dado con la ley geométrica de la dicha que concuerda según él en la línea recta trazada entre dos puntos, el corazón y el cerebro, el sentimiento y el deber.

Procuró con su llanura que las lecciones de primeras letras, interrumpidas un día, y en que sus dos almas se compenetraron atraídos por el encanto y la voluntad.

Ella podía ver maravillosamente guiada la mano suave de ella para desenvolverla a los trazos y espaciotos curvos de la letra, y aromatizar por cima del hombre de la hermosura. Descansa hasta embriagarse con el aroma de sus flores y de su bellura y darle golpecitos como pequeños castigos y rodear con el brazo su cintura.

En una en alma y vida, aque

La creatura sencilla y accesible,
creada por el cielo para
apartarte de sus errores, y extravíos y
afirmarte en la conciencia de un deber
y de un destino en el universo.

Se iba bajaba sobre el la niebla de
la melancolía en aquellos días tene-
ros, cuando a través de los cristales, mo-
jados los empujadores carapaz y se en-
chaba el movimiento rucor de los
agua seros.

En aquellas horas en blanco, ~~ella~~ ^{ella} se ocupaba a menudo a coser, con el aux. de la modesta obrera, y si le leía algún libro instructivo, y contestaba a las candidas preguntas de la muchacha, que le interrumpía levantando hacia él sus bellísimos ojos.

Gran año se nos presenta, D Adolfo, lle-
gaba diciendo a lo mejor algunos de sus labra-
dores, en medio de las tracasas de un día
muí sol, y a través de las abundantes llu-
vias que descargaban ~~tormentadas~~ ^{la tarde} etc.

— Prepárese Vd. a ensanchar sus tro-
jes, exclamaba otro, que entibia después.

con los pies nuevos de barro y la ropa enojada.

En Adolfo ^{su} se recogía de hombre, como otras veces, se miraba, y con indiferencia esos beneficios del cielo.

Bien necesitaba agrandar sus trojes y que la Providencia lo depara a algunas sorpresas; por que a los diez meses cumplidos de su matrimonio Clariza le regaló dos robustos gemelos.

Ella los amamantaba como una leona a sus cachorros, y cuenta que el matrimonio gozó ~~una~~ prolongada luna de miel, y que parados tres o cuatro años, Adolfo el antiguo partidario del ~~matrimonio~~ ^{matrimonio} bolsojano se sentó al lado de su Clariza, ~~mu~~ ^{trabaja} con satisfacción jugar á sus pies toda una manada de leoncillos.

~~Fin~~

Fin

7. *Chlorophyll a* (mg/g dry weight) = $\frac{12.7}{2300} \times \text{Absorbance at } 663 \text{ nm}$

Staphylinus cf. *Spilobus* *caucasicus*

Staphylinus cf. *Spilobus* *caucasicus*

[illegible]

[illegible]

27 con corredores en su mayor estension, re-
gidos por las columnas jónicas, en la
grada al representarse de la theologia,
en la base de columnas dadas, en la
pilastra de Perronne. Trajes negros y
blancos, y en la gran cenda
de los ángulos de las columnas, en
algunos casos de columnas cerradas,
se alzaban de los techos, en medio de
los techos. y el teatro, al frente de los pa-
queños de la catedral que marcaban
en el fondo de la iglesia, y en el
frente de los techos, que allí había, y los
que se alzaban de los techos, que se en-
contraban.

En cuanto a la Catedral con
su planta seria con arcos de la
Vallada, mostrando su portada con
una de columnas estriadas, corridas
también por los vigas, y sus arcos,
con ^{calera} ~~mañaca~~ y sus quince, sus los
arcos de villas de gualder, sus
arcos de villas de gualder, y sus
plantas de villas, y hasta el vestigio
de una pequeña iglesia, y los dos

por de sus torres, arboladas, sin
barbacanas, ya como portales rom-
dida al viento, y agremia ^{torre} ~~torre~~
en el inmensa curvatura de un de-
viato, levantaba la columna de un cam-
panario, no concluido, cubriendo pro-
visionalmente ~~el~~ sobre el arco ma-
cizo de su muro al ^{corpo} ~~torre~~ y allí
las tres campanas, principales con sus
lenguas inmoviles, dormitaban so-
bre sus horribles ejes, incognitos,
ya de noche, cuando a gloria y ho-
ra de doblar, cuando al viento.

La gran puerta central entre-
mada parecia estar de duelo, como
si un coloso en tierra de hierro
solido por ella y el edificio de un
don acompañado por un dios,
pacerdotas. Y dentro, en aquellas gra-
ves arañas donde nacieron las vis-
tas, en las columnas, porciones, y
los mirones admirables, donde los
muchedumbres proclamanos vivan
algunas tantas veces la sagrada He-
ría al rayo del sol que estaba ha-

el altar, donde los ventanajes de colores,
sus labios ya, ya rogantes, ya ofensivos;
y que se veía al caer de la tarde de ro-
dillas una última virgen, piadosa y
dentada, rezando el último Padre
nuestro.

La capilla había hecho guerra ^{arabes}
a los santos, a los altares, y a las ^{alta}
también, que se desbarraban en ore-
jillas más modernas que el resto
antiguo de las tumbas. El gran Cristo
de la nave central, levantado los ojos
al cielo con la cabeza coronada de es-
pigas, repetiendo aquellas palabras
palabras "Padre mío, perdóname, por
que no sabes lo que me haces"; y la
Virgen del altar de la entrada,
seguida de la Virgen, recibiendo la Anun-
ciación del Arcángel, con que en su
cintura de alabastro se veía de su
inmaculada guerra, también una multa
de injurias de los siglos y de la sombra.
Todo estaba preparado para
esta para el advenimiento de aque-
lla bestia, que preside San Juan.

en un alfiler ligero, en el que a la
par, y sobre sus aristas, se elevaban de
suspensión de aquel dragón que
había de ser un villano de la tierra,
que vivía en paz de él, de aquel
monstruo voraz, adosado al alto
vise, blackstone de Dios, y de un sober
náculo que vociferaba a los vientos,
y tendría poder sobre toda tierra, he
que y masiva. Los vientos colaban
vencidos por el centenario de los dolores
ahogados en la tierra, los puñales del
clavado de su Dios, y reducidos al silen
cio idílico babilónico.

El padre Chejue de omniplégica
esía cumplida la agrest, y la m
peña; solo que aquel centenario am
ciado por el mar viriente de los Apóstoles,
no había salido del mar, ni tenía con
po ni forma de bestia espantable;
vino así esa, abortada por la tierra,
urgida de los cerebros de los sabios, de la
exuberancia de los filósofos, del ma
lvarismo de las ciencias, de la emb

9/ igualdad de los tiempos, de la decadencia
de la moral, de la indiferencia de
los equitativos, de la ^{por} iniquidad ^{de} ya
es demasiado, de ricos y proletarios de la
gran lucha y conflagración de la clase,
por ocupar el mejor puesto en el banque-
te de la vida y tirar sus dís la copia de
los glaucos secundarios, para ganar en
el mundo, cuando hubiera que servir
sacajos a la noche del amor

una guerra, un espíritu de invasión
al que se encontraba en el estado de
una terrible, inquietud, una idea loca de
gobierno, de revolución, de guerra, de
redención de la vida, de *Fe* de *Fe*
recibida por los países de guerra, para una
briga de los armamentos. Y tomaba dife-
rentes formas según sus apatitos; para
para el *Monarca*, era guerra, guerra que
se desahogaba de muchos errores; para el
rebelde, era guerra, guerra que se trataba
el dominio de la materia; para el *gobierno*
nuevo, era guerra, guerra que se trataba
de *guerra*, *guerra*, *guerra* (verbalmente)
para el artista, fuente de inspiraciones

~~La de aldea~~ las inscripciones ya
gallas, para todos su utilidad bien.
entendida que a larguitaba las visio
nes ~~de otros tiempos~~
y hacia a los deambros vivos como los
cueros, yorando de la pindida uadhera
lora, veni las deudas de pindia muto
las ojo, y los saculacos de Ausacanti
en los labios.

Aboraba el Obispo de Aludina
Aludina, gentileza, mover con agude
zuello y agudeza religiosa a laudando,
y una biera, yelando al oves saculacos
de Aludina el obispo, visio ha
biera, ovisio que en su cuerpo, en su
bando habia una algo monumental
de que no hacia aquella de pindia,
i Aludina, los puntos del infierno a la
ban aboraba de pindia, y en su
ovisio habia de los que no pindia
ovisio, ovisio de Aludina y biera que en
la de las saculacos de la biera, y en
gira de una ovisio, y en su
vida definitiva y pindia, y en su
de habia ovisio, y en su.

tropezando y caídas sin hacer como
seguirlos. Can ~~era~~ era preferible, alien-
sar los habitantes, a ser de profesor reglar
a cualquier colegio, procurando perder
los últimos vestigios eclesiásticos, y borrar
hasta el recuerdo de las órdenes religiosas
recibidas, dejando la barba para lle-
var el aspecto de anciano joven que le
nia quitando aquella polvosa que le su-
beraba los movimientos; tratar de
que nadie sospechase que había esta-
do en un seminario consiliar, ni de
pase con un Obispo.

Si embargo aunque se podía pre-
decir se levantaban temores y resistencias
contra truchas tan abundantes.
Fue de serción tan soborde la raga del
destinado ejército de Cien años fuga-
da a vergüenza! Si lo era para el obli-
gado morir en la trinchera, en una ma-
nifestación al Santo Pretado, que no quie-
ra transigir con el siglo y acababa sus
días en aquel viejo palacio sin au-
tirar las llaves de la fortaleza, vitioso
por hambre, pobre y paralizado? Y un
viejo moribundo habría tenido valor,
para ~~que~~ tan heroicamente y al
Cuchara.

solamente nuevos y breves se reunirán
en la obra?

Y otros viriles empujones, mandan
de nuevo en su espíritu otras dudas
y desfallecimientos i' tristezas! pero ¿en-
tonces qué esperar, con qué recursos
con qué auxilios? En ventura, no se ha-
bía ya librado durante largos siglos la
batalla, y no estaba ya decidida la victo-
ria? ¿No habían sido ellos los soldados
de Cristo, a millares, a cien miles, aunque
fueran en el transcurso de los tiempos, ha-
ya ya quedados reducidos a rarísimos ejempla-
res, como los que en una nueva época
geológica quedaren restos de la anterior
después de las cataclismos que repuntan
con sus floras y sus faunas? El tal
por el cual se superaban, después que
ya queriendo Babel fallaba, había de ver
el llamado al salvaje, pero Dios para la
reconstitución de su iglesia, el angel fue
polarizado por la Cruz, que llevaría el
evangelio de nuevo a donde los hombres
y lenguas de la tierra?

¿No merecíamos "dignos" de ser en el im-
terior de un conocimiento al decimilde-
siglo; que soy digno tener de sus predilec-
tos y de sus obras grandiosas, y caía de

de ellas a las puertas del Olimpo, con
rodas en lágrimas de joya, berrando su
sacada confesión de aquello que el
dios, y así permanecía con la cabeza
abermada, rotorante, como un niño
abrazado a las rodillas del Papá,
buscando inspiración y consuelo, res-
puesta a sus preguntas acuciantes,
solución a su problema interior que
no se atrevía siquiera a exponer con
palabras.

El pobre Olimpo consolábale así,
gárgala de ternura por afecto y piedad
que dirigía frases bábucentes de per-
suasión, para tranquilizarle, para
convencerle de que no se moriría tan
pronto; por que antes tenía por ser el
ciclo nuevo, para el ángel prome-
tido bajar para reanudar al mun-
do. La palabra de Dios no podía fal-
tar; se le ofrecían el sol y la
luna, y la luz creada el primer día
por el portentoso "feati".

Pero una tarde, la muerte llegó
ante el buen Papá, sin que hubiera
sido conado aquel asunto, sin aparen-
cia de aquella misma angustia que al...

sentir impetuosos que oían por encima
de ella, superior, interna, al palpar la
cabeza de cada fiel, resaca voltorante
entre sus rodillas, un presidiendo que
saber que la palabra de Dios saltara,
creyó que el adúltero nuevo era aquel
vultoso, y que el ángel bajado del cielo
para evangelizar a las gentes era el al-
ma de aquel diácono ausgado de dolor,
y llena también de divina psicofra-
cación, y en los momentos supremos de
su agonía, lo encargó sacerdote, y le dejó
como Cristo a sus discípulos, "Vá y pre-
dica el Evangelio a todas las gentes." El
nuevo Ministro del Señor, como si es-
cuchara un mandato de su Dios, como
representa del Espíritu Santo a la vida
interrogación que se hacía, más fervo-
ramente, besó los pies de su Obispo mun-
do, por semejar una estatua de cera
sella con el báculo, y dirigiendo
la mirada hacia la Catedral proclama,
hizo sus vigas por esfuerzos de va-
lencia para recordar su mara munda
en el instante aquel, los compañeros
contempladores de su nueva empresa
con el dolor, y con la que a unirlo pa-

resacaon por para el abandonado
culto orientales el primer tomo de
"sermones";

Capítulo 2º

Las Catacumbas

El querido diácono entró a su Obispo
en la Catedral. Él solo le acompañó con un
habito de San Francisco, y le llevó a sus-
tar desde el palacio episcopal en la ~~ciudad~~
arididad de la noche; pero no quiso que
sus manos impuras se profanaran. Con sus
puerros sobre humeros, llevando la piedra
de la cripta en cuya cavidad estaba
los huesos rotos de los antiguos Obispos de
Medina del Campo. Allí le depositó en
un altar, en un sarcófago vacío, y vol-
tando la noche al salir en la obscuridad
de aquellas catacumbas, oyendo el alto
doble de las campanas, que parecían
volutas en la torre, por espirales in-
gibles. Sobre él se alzaba la bóveda de la
cripta de piedra barroca que crecía
por las conlucias, encima de ella esta

con fugas a los dolores, y acorta a las
dificultades, y quedas desde el fondo de
aquella oscura, sacada de la muerte;
una luz que te guiará para su obra
de reconstrucción y de vida.

Dará y oír ante los tumores de
aquellos Principes de la Iglesia, de can-
te aquella larga noche de angustia.
Contra a su dolor y protector las
lágrimas de su duelo, y las plegarias
de su espíritu, y allí arrodillado en
las tinieblas, sin que le ojerizasen el
sordo ruido de los perreros de las rue-
ras, en la solitaria figura de la mu-
te que que todo lado, la hacia un horri-
ble silencio, recibiendo estado un siglo
lo mismo que un momento, a la pri-
mera claridad del alba entrando por
los ventanajes góticos, no le hubiere
causado un lánguido reflejo por
la abertura de la rejilla, con la man-
do las espaldas, y renunciando
a sus ojos entristecidos que la muerte
del dolor había pasado, y comenzaba
el día de la actividad siendo ya hora
de dejar al muerto con los muertos,
salio pues de su cella, lacrimoso
so.

67. Besó las plantas del aquel hermoso di-
fundo, dejando caer sobre él la preciosa
luz de su zapulover, e irguiéndose y
mirando hacia arriba cubiertos los
brazos, quedando de la cruzeta aquella
la cruz como estaba, y se dirigirá por
los deficientes muros de la lateral don-
de la luz era tenue y guastaba por
entrar a través de las muchas vidrieras
de colores, procurando obta de Dios,
y cuando al caer quedaba sobre el Cristo
baldado del altar.

El templo estaba frío y descolorido,
las piedras del altar parecían en
su inmensa boquería como un co-
dazo entumecido, y los murciélagos se
perchaban en las repelinas de las co-
lumnas, y de los muros, volaban a acor-
darse en las capillas como en refugios
más seguros.

Allí estaba el altar mayor con
su vidrieras, ante él la vitrina del cura
con sus sencillos cálices y copas
valeros y gigantescos facistol, con el li-
bro de los sagrados versículos, y la corja
cruzada como la de un puerco.

¿Cómo así abandonando el taberná-

acudió de la villa alveca? S. d. Abundante
habían ido a buscar el pan del al-
muerzo de la sacrosanta liturgia de
Misa, redimidos por la sangre de
Jesucristo? y había un sacerdote an-
te él que le rendirle el debido culto;
que le agasajase celebrando el sagrado
ministerio? como no debía ser así? y el
obispo después de caer de rodillas
ante el altar, corrió a la sacristía
a buscar las sagradas vestiduras, y
abrió aquellos sacrosantos vestidos en que
se guandaban santos, y sacó las pre-
muras que halló a mano, sin repa-
rar en el color ni en los principios
de la liturgia, y se revistió de ellas;
cogió el abandonado cáliz y paten
suelto a celebrar el santo oficio de
la misa, solo, sin ayudantes, sin fie-
les, cubriendo fervorosamente los grados de
aquel altar, y reunidos en él los in-
ferocizados oficios.

Después el introito, luego los versículos
evangelios del Evangelio que allí esta-
ba todavía en el abierto libro, escalan-
do el templo con mayor luz co-

que me alegrara de la resurrección
sion de mi culto, y al volverse para la
pronunciación de finir "Dumtaxat nunc
quod" recuerdo de que me había que
ello a quien fuera aplicable. Al llegar
con sorpresa ante el arrodillado a aque
lla anciana, vilísima devota que al
alba y al anochecer iba a la catedral a
orar por todos.

La misa siguió su ritual como to
do cuando y análogamente. En la vi
na iba abandonado en un ángulo de
la nave, como quedaba un poco de
miso que ^{se desperdiciaba} ~~se desperdiciaba~~ en la nave del
orden, entre los patios del altar una
hostia se preparaba en ^{transfusión} ~~consecración~~ en una
pasa de vino. El sacerdote tembló al con
sagrarse entre sus manos en aquella
su primera vilísima saculada, sin padre
por, sin ser monje, sacerdote y sin al
gozarse. Sobre la lava del templo
se flotaba su bandera en señal de re
gocio, y en otros lugares voladores que
saban en la ciudad la primera ^{misa} ~~misas~~
de una saculada, ¡qué importancia! Era
dejado los tiempos de abandonar todo

to superior y superior, y en con-
gruente a la esencial de la Religión.
Jallé lo esencial, era aquella una
penetrante a la de los primeros cris-
tianos en las oscuridades ignoradas
de la Roma gentil, pero que al cabo
se impondría a ella.

Cuando el diacono consuegro,
y conoditore con el calor sentre la ma-
yor para reos las ultimas de ella,
y el sol habia forrado las cuevas
y las cristalerias de ~~góticas~~ de la re-
linda, y caia deshecho en lluvia de es-
trelas sobre el interior de la latidinal re-
suscitador. Al bajar el sacerdote del thro,
heleno, la vieja se levantó le pidió
la mano para bendecirla, y le dijo en
suprema expresion de anhelo por
ellos: "quiero conforar!"

El diacono despijoro en la de-
vota sacralia de sus estopados
vestidos ~~dueros~~ y dirigiendose al confesio-
nario abrió la rejilla, y espuso un mo-
mento. La vieja, quedando pensosa y
miente, llegó a portos de linojos,

y comencé con voz temblorosa la con-
 fesión de mis culpas. "Padre dijo, viase
 mucho tiempo que espere a un mis-
 trero del castor para descargar mi
 conciencia: tengo un pecado terrible,
 que pesa sobre mí y me asombra. Soy
 culpable de la perdición de mi hija.
 Desearé su oración, me arrojé
 a sus pies y abrí la mano a to-
 das las oraciones, y meo de mi lado don-
 de solo podreba y destrucción podía en-
 contrar. Y después de ver que el
 mundo hoy se arrastra en una inenun-
 ciable ira humana; yo me encienda
 con la bella cruz poder recarla de
 mi esposa. Manuelito, guste en ella mis
 recuerdos la vestimenta de la mujer
 que puede, pinto en vez de succumbir
 la la ha perdido. Me arrojé a la
 de mi pecado."

Exauce or, dijo al diavolo; pero más
 grande es la divina piedad. Perdona
 estas buenas mujeres; más no basta
 eso. Es preciso arrancar las raíces de
 la culpa y sus frutos. igualmente des-
 pues de haber visto de ella, hoy que re-

conquistar su hija para decirle
quien soy y cómo está.

Padre, respondió la vieja: mi
hija es la hija del antiguo campesi-
no de esta Catedral, yo soy la viuda
de él; y aquí vivimos en el muro
de esa torre que tiene una puerta
culta abierta al exterior, y unas se-
culares interminables que llevan
hasta las campesinas. Mi hija se lle-
vaba Colia, ahora no sé que se con-
tra habrá tirado en el mundo. Suja-
do murió de pesar al saber su fuga,
y yo he resistido por la severa ab-
sencia hasta hoy, viviendo misere-
rable y sola en el interior de esa torre,
y viviendo por la noche y meñicas
aquí a rogar al señor perdón de
mis flaquezas, pero imposible arren-
car a mi Colia de su vida de liberta-
daje. Mil veces lo intento sin con-
seguir: yo sé el lugar en donde se
halla, pero a qué va a llamarme
delante a su puerta.

¿Y es imposible ir a verla?
dijo el sacerdote... No, no, no, se la...

gracia una virgula horror el pecado
de la tierra: viví donde el pecado re-
halló, y me batore a batirme en vicio
cruel.

Padre, repitiste la exortación para
nuestros santificados, por la sagrada Ma-
rta alucrona a llamar a la cruce-
ría y a la cruce de ella a la mujer
perdida del zapato.

Recordando convida al pastor de par-
tido al rebato de la par el cordero extra-
ordinario. Los santos que santifican y trans-
figuran el pan y el vino, bien parecen
cumplirse en los al coraron a un mal-
vado para convertirlo.

Y a estas palabras, el sacerdote re-
torció del confesionario, y agitando ma-
nifestó a la iglesia de un lado a la
voz apremiante. A un momento
más no hay tiempo que perder cuando
retorna de ganar un alma; vengas.

Salí de la Catedral. La luz la
cruzaba ya regocijadamente, los santos
de los relablos parecían reanimados y
la imagen de la Virgen estaba por ojos
estáticos, y quedaba como si me fue

na de un animal feroz; y el hecho de
atlar un ayo por haber tirado su dolo-
ra por el hombre ~~secreto~~ ^{secreto} semejante
al hecho de Voltaire en su famosa
canción martirizada enullina de un
dios inmortat. de perdón, de perdón
y de promesas de bienaventuranza.
como el de la guelura de Alarillo.
Medicina Alvaria neta de un
nuevo descubrimiento del nuevo libro de
sus acoturas fijas, de sus banque-
tas y de sus orgas. Era los días del
Carnaval, y las muchedumbres habían
agotado los normales placeres de la no-
che, y comenzaron a salir los ojos más
lucidos, y a bailar tambaleándose por ca-
lles y plazas. Allí se oía el chirrido
de la puerta que abría para dar pa-
so al bardo tambaleante; o sea el chir-
rido del libro bajo el peso que despa-
dia en el portal la muerte a un
muerto; o sea el chirrido del caso
que arrastraba las ceremonias de
la miseria dejando dentro de los al-
berques los del espíritu y todo esto
era coreado por los gritos de los ven-

Andrés Rodríguez, por el ministro
del Tráfico que se reunieron, por el re-
gido de las reuniones de los talleres
que organizaban entonces, de un par
de una quinientas, por el trabajo de
la obra obrera, y en la que
en aquella ciudad de fabricar y poner
los talleres y quinientos reunidos
al momento.

La vieja y cargada, en el diámetro,
ocurrió la gran plaza de las tres edificaciones
existentes, en cuyo centro se encontraba
una casa ^{pequeña} erigida en gigantismo en un
pedro sobre un basamento de granito,
la estatua del dios, presidiendo con
autoridad a los dioses y á los dioses.

Se veía, mirando al galán
y al capot saliese a flotar nuevamente
de ellos, volví a bajar solo entre cuatro
señoritos, en un grupo de cuarenta chicos. De
los veinte me acordé en que estaba dormando
toda; lo he visto desde el trabajo, lo vi
dormitando que en el giro izquierdo de la
torre de enfrente. Al rojo del sol que
se levanta, lo vi en el inclinarse de la torre.

para siempre, y sacando fuerzas de
flaqueza, corrió al campamento agar-
rá las cuerdas de los campamentos y tiran-
do sobre grande sobre hacer que solta-
ran por nuestro buen pastor difunto,
diciendome horror que quedaban reme-
das en esa gran desgracia, toda la
noche tar he hecho cosas por él, hasta
casi vomitar y ahogarme. El día
no sin decir palabra, se acordaba
que tan debida brava las había hecho,
volver tan de caudillo.

De los roles de los grandes ríos
seudicia con las pintas de los resper-
tinas, el viento estaba cargado de con-
feti, y todo parecía indicar que la
tarde y la noche primera del Carna-
val, habían sido sucumbidas y terribles
travesas. Aquellos toros diabólicos de mul-
tiples colores se lanzaban de balcón a balcón,
se movían en largas maderas por todos
quartes, formaban una red inmensa
que aproximaba a la ciudad y que había
cayendo sobre las calles y las pla-
zas. La lluvia, y el día, creaban.

las sobre candidaturas de tres pios de-
gana de loco, pero no se echaba - se
resaca el impulso, y fusileo central
donde iban a bailar en el patio, a ple-
no volutas sacerdotales de lince y al
remedar en grupos lamíneos, la estada
de la divina en una concha sobre
la espuma del mar.

ninfas La puerta estaba cerrada, las ~~ni-~~
~~ñas~~ dormían en brazos de sus fauces
y caderas, o a solas en sus retorcidos, de-
jando una larga melada de orgía.
Escurridura, dentro de sí, recoger
el chorro de agua de la fuente que sal-
taba a la altura en rayos blancos y verdes,
y cantar en sus jaules doradas, las
pájaros azules melodiosos.

El silencio de los tres golpes
a la puerta, dejando a la vieja en la
gradería de la entrada, acorruada
y llorosa. Al tercer golpe la puerta
giro sobre sus goznes, y se abrió a un
día más azul. Pero ella, sin vacilar
se acordó, persiguiendo por ella, a la
adornada portera.

Ella acababa de levantarse.

9/ y en un elegante cubículo, rodeada
de pabellones de seda y espejos, vaci-
camos junto con tocador de oro de fron-
tes de porfíneo y ~~adornado~~ ^{cubierto} de flores
y idólatras, a la vez venidos de seda
con las miradas del dorado cabello rubi-
to, y flotantes como nubes farinea-
doras.

Alí salí al requerimiento
del vocero. Segundo, y poco grande en
comparación al hermano aquel, sólo juzgamos
poco, aquella especie de hombre, en que
ello solía refrigerarse, un joven vesti-
do en púrpura, con la mirada dormien-
dora.

Encomendados al silencio del Señor ha-
bía buscado franguesos aquellos can-
brates. Los pocos ejemplares de sacro-
dotes que quedaban en el mundo eran
tanto timoratos para acudir a buscar
si sus propias miradas a las hijas de
Babilonia, en intentar arrancarlos de su
gineceo. Así es que Celíá quedó ater-
rida, sin saber qué quería de ella, aquel
joven, vestido de satana, y por un in-
стинto instintivo, reaccionó en vesti-

de los y tapers que de aquellos.

Vengo por ti, en nombre de Jesu
cristo, dios y diácono. El me ha en-
viado, ^{date} tu vida en perdición, y quiere
que a él tornes. El peso de tus culpas
no es tan grande como el poder de su
misericordia. Vuelves a tu hogar digni-
ficado; vuelves a tu dios, cristia-
na convertida.

Salí, no sabes qué respondiendo;
y alzada por estas palabras dichas
con totem asombroso, retrocedió hacia
un ángulo del atrio junto a una
estatua de ~~diácono~~. Bufido.

"No tengas impetu, perseguís el
excedente: lejos de la bien, lejos de
la salvación; y quedo sabe se teo dora,
otro amilado; di eres buena, por que
toda mujer es buena, pero eres placu-
en las obras, por que toda mujer lo es. Haré
un esfuerzo de voluntad, y riguroso.

Salí había quedado como sup-
erintendado ante la voz y la mirada im-
parecia del diácono, esto poniendo ar-
ticular palabra, ni resolviéndose a sa-
lir de su amonada de placares, dejó
definitivamente por el paréntesis a re.

jugando con el acúm y luego pasó a
examinarla en las señalamientos de las par-
tidas. ~~El adorno de~~ flores.

Cada día, volaba por allí, y da-
rá tres golpes a la puerta, hasta que re-
spondiera en la cámara, exclamando el día
como con voz sonora; tal que cuando lle-
gara a los aires de la fugitiva y voló
de allí recogiendo por el proceso pero-
no de un momento del triunfo.

La puerta u oír a las amenta-
das recordadas al Collado que habían
permanecido en la misma brevedad,
que al volver a recibir en defensa de Celia
regimen libremente, participaron de sus
circunstancias volando a la comparsa
que parecía una estructura sin pedales,
que también perdió el equilibrio.

Capítulo 30
La Hetaira
La Hetaira

Cada día, despertaba sobresaltada.
Celia, por los golpes sucesivos dados
en la puerta de su cámara. Esta es
la única vida a la que el movimiento

pero los golpes iban poco a poco
penetrando en su alma.

¿Sería seria aquel joven, me-
dote de estropear sus vestiduras, de van-
dalias rotas, y de largas melancolías que
le había hablado en nombre de "Jesús
cristo"?

¿Con qué aquiescencia parvulocida se
llamara a su puerta para anunciarla
de sus placeres?

¿Había aún en el mundo un con-
fesor de la fe cristiana que ya todo
temía por ella parecida como una
última superstición?

Celia había escuchado bella
y extraviada aquel raro ejemplo de
religioso y apóstata. Aunque le había
sufocado una risa, ella se lo odiaba
por que las palabras de sus labios eran
de caridad y perdón.

¡Qué diferente de los otros hombres
que la buscaban! Seres pueriles, van-
quales, blasfemos, la odian como
una criatura blanca, para hacer.

10/ sus apetitos, sus solicitudes un apeto,
una frase de verdadero amor; sin
buscar un momento de ternura y
compañía para ella.

Y sin embargo, aquel encendido
del pecho, era más temeroso que la otra,
más joven, más ardiente, más amor
pero todavía, aunque su fuego y su
amor parecían de otra flama.

Ella cerraba los ojos, para no ver
su figura en el abris, cuando pasaba
hacia el impluvium. En pleno día
con pleno sol el fantasma gris de
su lejanía se presentaba como si hubiera salido
de su propia la cerrada puerta,
para estar en sus ojos aquellas pa-
labras nuevas y significativas a la vez, sin
que se le.

Entrada en la biblioteca ya no se
adormecía silenciosamente como antes;
señal de la gente, y se acordaba en los
alces y en los jardines. Sus compañe-
ras la miraban para, temblorosa,
y decíanle a la vez: "Hagamos a la vez
que se va a la vez".

Y lo daré a la vez, pase

quando en el fantasma de blanca
blanca y de negra vestidura. Cuando
de el seguia la comedia, sus lagrimas
corrían sus volutas ya por la vo-
luntad; y despertaba con la atonía
de la vida y los ojos se abrieron

Con una obusión; Con biera dando
sus ricas opresiones de pagar por poder
gustar a aquel hombre que la había
fascinado

no era precisamente que re-
sultare alzada por un antiguo pñ.
~~falso~~ sus heridas de su conciencia
sea que la oración se comence a que la
buena, en la imagen de su Cristo se re-
ventara a un que ~~había~~ combatido
su pasión religiosa y todos los reser-
vos también sus ideales para
convertirlos.

Con una bien la influencia
personal, el calor de aquel arranque,
el sueno justificando su aquel je-
ron. creyente, lo que la dominaba
había sido queriendo seguirle por el
cuchillo de una para leer la con-

brutalmente que brillaba en sus ojos.

Uegó a desesperarse y aborrecer
con toda su alma a los demás hombres,
a sus galanteadores, a sus amigos, a
sus amantes, y a concentrar su furor
en el diablo.

Un día, no pudiendo resistir más: se
levantó temprano, y pensó el medio
de su escape, y al de la portera
que dormitaba ~~cerca~~ ^{fuera} a la entrada;
abrió la puerta ~~fuera~~ ^{antes} de que sonaran
los golpes que ya repercutían en su
corazón, y echóla en un instante sobre
puerto que abrió a mano fuerte por las
calles hacia el interior de México. Af-
errada, sin saber a donde dirigirse con
placidez, como de sí.

Algunos años después llegó a la
plaza de la gran catedral de México
muy joven, pero ya fijada en la
torre cuadrada de la catedral, que con-
tenía el campanario. Allí en el hue-
co de aquella torre.

Desde parado los días de su vida ju-
gaba en las partidas de alrededor, re-
blando a la cigueta, desde donde se ve

miraba la ciudad toda, y al lado
de su familia en los velados de aquel
estrecho cubil; fletó y risueña, por
que aun no conocia las torres pestadas
del mundo. Su padre no existia ya;
su madre a quien después varias
veces habia muerto ^{tal vez} también, y no
se atrevió a llamar a la puerta de
aquella torre, por temer si que la
vociferación de sus perseguidores,
la volverían y la maldirían.

La caladial tenía la puerta
abierta como los brazos de un Cristo.
Estia allí y lo primero que vio en
el altar de su frente, fue la Virgen de
alabastro, a la que habia consagrado
su vida y sus oraciones. Arrodillóse
ante ella, y quiso besar una vez;
pero en vano por que ya no se acordaba
de las palabras de aquella en-
gética salutación.

Alto y bueno por todas
partes la figura del diácono, el ha-
bíado; solo a lo lejos por la puer-

11/ La de los guardadores, miró salir a una
muchacha vieja. Cuando quiso bu-
scarla para preguntarle, había ya de-
aparecido. Siguió por la inmensa
mar, de la derecha a la izquierda del abey,
de cuyo lado sacó un pequeño que las ca-
yillas estaban desiertas. También por
fin tropezó con la puerta de la mar,
donde ya se encontraba. Se quedó dentro de
ella, y se quedó allí, pero quedó sin valor pa-
ra preguntar. Dentro estaba el agitado de su
respiración.
~~muchacha~~ Se estaba de descompartir de la
colata dejenos de estos. La muchacha, y había
cogido el berrido. Se acercó en la puer-
ta colada, y se encontró frente a frente
con Celio.

Ella sabía ya que vendría dijo con acon-
to de convicción firme, pero suave. Esta es
la casa, la casa del Señor, esta de sus hijos,
vive por esta abierta a la indulgencia y
al amor para sus criaturas.

Celio estaba pálido como una mu-
te, el pecho arido en que se acumulaba no
amenguaba su herida, pero que se agran-
daba por el sufrimiento, tenía una sope-
ra indefinible.

Celio, dijo el diácono y arrodillóse.

y confesara tus culpas. Yo tengo poder
para derrotarlos y derrotarlos como el
agua disuelve la sal.

Celia dió un poco más y se apor-
tó contra el quicio de la puerta. Tra-
to de ~~de~~ gracia hoja de rollo; en toques
soltando las puntas de su manto que
se arriesaban sobre su busto, se encambró a
llorar, en brío. con las manos al em-
blante.

Quedo al descubierto su flotante
lucida. lucia oculto de sus bellas for-
mas, y sus brazos descendiendo resplandeciendo
su asonjando rostro resplandeciendo
como los incandescentes que brillan de las
estrellas grietas.

El presidente sintió un horrible
escalofrío; bajo los ojos al viento, y con un
balsámico perfume.

¿Qué quieres, ocella inuida?

Celia se volvió al oír balbuciar al sea-
coro; levantó la cabeza de adora fragua
y olfateando en el una mirada ardiente
seria, exclamó:

¡Mango en tu barca!

Dixas en barca de Cristo, interminable.

el sacerdote; yo no soy nadie, no soy
nada más que un eco de él. Por su boca
se habla. Es voz pulso de la tierra.

Colia se decidió a entrar, y su alma
se gozaba al de una bella esperanza que
se le estaba ya sobre su persona.

El diácono, portándose por una
mental creencia, la dejó llegar cerca
de él. Estaba vestido con aquella
túnica azul oscura con aquellos bra-
ces de alabastro blanqueados, y aquella ca-
baza de sedida olímpica recubriendo
los molles cabellos.

Algo en la banca repetía y quería
decir las palabras.

Exagerando el tono los pies de
el Cristo; y salió otra gran escultura
de cuerpo entero en el fondo a una pared
de la iglesia.

Déjame gritó Colia, avanzando
hacia el diácono; pero se deteniendo
hacia la pared en que el Cristo estaba
reabrando a la Cruz como el arafrago
a un verdadero salvador.

En aquel momento, Colia se que-

decidió contener la explosión de su
crisis nerviosa, abrió los brazos y cayó
al suelo desmayada en una sentada
con aquella, y ante el atribulado
masculino.

Ella dejó un refugio, y agitando
en sus duras alas alas bendita de la
pila central de la navidad, volvió el
rostro de la historia, mirando fervore
raramente.

El año de un momento, abrió
ella los ojos y se incorporó. Sentada sobre
el suelo, volvió a volver con un
guerra.

Hija de la culpa, entonces, se
dusmo de sí al dios como una hoja
correr las frentes de las lágrimas que
era el agua del Jordán que purifica.

Oye: nuestro cuerpo es barro, barro
brillante, cuya forma dura muy poco
y que al cabo se deshace en polvo y ceniza.
La pasión es fugaz calor de una
avilla que nos turba las altas po-
tencias del alma. Pensamos en lo eter-
no y rechazamos lo pasajero y efíme-
ro. Obtemos en cada instante de la

12/ vida como si hubiésemos ^{de} ~~en el~~ ~~de~~ ~~en~~
vivir en el...

Celia se levanta de fútil manera
la tamborileadora, estaba cada vez más
degenerada, pero había conseguido
los rayos de la tempestad.

Padre, dijo exclamando de pronto con
una débil y desesperada, resaca para
haberse estado en su espíritu ¿Qué he
de hacer para pensar solo en lo eterno
y dejar como si hubiera de morir a ca-
da instante?

Comar la vida pasada por un
día el día con el arrepentimiento
y la penitencia. Ven a rogarme a los pies
de este Cristo, porque yo no soy más que
un miserable rayo, y donde está el que
se quiebra directamente. Alcanza re-
ca tu corazón la fe de tus padres que no
está muerta si bien adormecida. **Reza**
con aquellas palabras que te santa ma-
dre te enseñó cuando era niña entre
su regazo, y que era tanto que ha bro-
tado de tus ojos ~~corro~~ por tu curación
para lavarte de sus manchas y abogar
por sus concupiscencias.

Celia poseída de extraordinaria

temblos asombró y asrojore a los pies
del Cristo, besándolos fervorosamente,
y allí con la cabeza apoyada en ellos
como otra Santa Maria de Magdala
dejó correr abundantemente las ran-
dals de su llanto. La olvidada ora-
ción acudió a sus labios, como acción
aprendida, el grito de su existencia
pareció sumergirse en aquel mar de
lágrimas purificadoras, y entre sus
augustias se la oyó susurrar a la que-
rida madre y pedir el perdón de ella.

El ~~señor~~ ^{sacerdote} quiso en esto ser in-
termediario del Cristo y para compe-
tar la obra redentora, y dejar que re-
quiera en su contrición la penitente,
salir sin ruido de la parroquia, y cor-
rió al finco de la torre del campana-
rio a buscar a la madre de Celio.

Ella se hallaba enferma y con
impasibilidad, herida de muerte, dijo
el sacerdote como Cristo a Larayo;
aunque la pobre vieja apenas podía
moverse, cuando el ~~señor~~ ^{sacerdote} le refi-
rió que iba a abrazar a su hijo me-

climada, hirió su supremo esfuer-
zo, alabó y apoyada en el salio del
nuncio de la torre, y se dirigió a la
sacristía por las llaves de la Catedral.

Celia continuaba en confesion
con el Credo, empujando de sollozos entre
sordidos.

Madre le abrió la caja exclamando
el ~~señor~~^{sacerdote} ¡salvándola! hija, le abrió
a su madre, al volverse las dos y reco-
nocerse se abrazaron estrechamente, y se
agustaron con locura tal que parecían
confundirse en una sola persona.

Elas quedando dijo el ~~señor~~^{sacerdote}
a Celia.

Padre, preguntó ella ¿quiero una
penitencia que cumplir?

La tendrá, repuso el pater de esas
que fortifican en el bien, y la propagan;
que tal. El milido de la verdadera
mortificación cristiana, toda obra es
hecha en Cristo, ha de ser fecunda; es
para nosotros, pero para los demás.
De qué serviría que te cercenaras el ali-
mo en martirizar tu cuerpo, si no
a ti atraían los efectos de ese dolor

Forasista sus merced por sí, vivió
por los demás, su consorte deba ser
nuestro ejemplo vivo.

Beata Colia, perseguida de
juces de una pecadora; tu penitencia
ha de ser un trabajo salvador, una lu-
cha fortificadora y redentora. Talista
de la inmundicia de la culpa; pero de
parte en ella otras víctimas. Huelve
a tu género a rescatarlos; huelve, que
vivificada, y es ejemplo vivo de lo que
puede hacer la caridad. No te amedren
las hebras de tu inmundicia, en tu
fè, a redimirlos todo por Cristo, y haz
que la llama de su conversión presen-
da en aquellas estancias. Alumbra a
quien autro.

Colia estaba sumergida de peni-
tencia, siempre. Ella hubiera querido
del mundo, hubiera entrado en un con-
vento, hubiera consagrado el resto de
su vida a la oración y al ayuno; pero
el ~~deber~~^{deber} le mandaba otra cosa. Al
gineco, y abrazarlo en el fuego de la
fè y de la caridad cristiana.

giacidos, agorreladas, un momento.
Después ella tomó la mano del
sacerdote, y recogiendo el sacerdote
muerto y arrojándolo en el patio
de la sacristía, pasó rápida por las
puertas de la Catedral, donde los can-
tos parecían estar en un sitio
abstruso, cubriendo la gran portada
corintia de columnas estrías,
y angostas, y al pasar se perdió en una
vibración por el viento de
la noche.

Capítulo IV El Sacerdote

Dionisio, que así se llamaba el diáco-
no vivió aquellos días solitarios en su
celda del palacio quincenal. Cumplidos
sus deberes, jugando con el difunto obis-
po, restableciendo el culto cristiano, y
repiensando la primera conversión de aque-
lla segunda Magdalena, pecadora y sepi-
reta del joven sacerdote antes con-
feso y estudianto, que le había lle-

vando a singularizar sus mejores años en
la oración y las oraciones, lecturas, tenerse
en acción y ejecutar como si fueran
de apostolado le devorase.

Estaba seguro de que lo fe en las
obras, no se oficiar para la salvación
perpetua, ni ^{para la salvación} ~~para la salvación~~ de los demás;
y por otra parte si él no operaba, ¿quién
en aquel desolado existencialismo podría
temerlos los padres de los desheredados
¿verdad?

En servicio bajar sobre el An-
gel profetizado por San Juan, a re-
crutamiento el mundo, ir a predicar
de nuevo el Evangelio, pero además tam-
bien a garantizarlo, por que el dilata de
la doctrina de Jesucristo se estaba con-
virtiendo en un poderío, en un
que era Dios. Mas los niños y niños
verían su vida. El mundo de la Montaña
por otra, no tendría sino más que una
desencantada invocación de las bienaventu-
radas, pues en los actos de Cristo, ponien-
dolos por obra, atribuido a los pobres, de
espíritu, consolando a los que lloraban, ac-
diendo a los que habían perdido, pro-
duciendo justicia, reanunciando con todos su

vericordia, y resucitando a todos los que
decoraron, los que arrastraron tras ellos
los innumerables.

Y la gente con palante, los
Apóstoles, los santos, los martires, los
bien seguidos realizando la doctrina
de Cristo, y ésta se fue entendiendo
por el mundo hasta Monasterios y domi-
natos; y después cuando quisieron de se-
guir a los que predicaban, faltaron
los obispos, los apóstoles, los presbíteros ver-
daderos de aquellas divinas enseñan-
zas, todo habiendo de ser gaudium y ex-
pense, sin fuerza de voluntad, sin cohe-
sion hasta quedar en una completa
ruina.

Había pues, que volver sobre los
primeros pasos; comenzar en los prin-
cipios, Apóstoles, que desearían predicar
a la vez que era posible predicar mas
con la acción que con la palabra, tal
que la palabra predicada fuera un
sacramento de la palabra vivida.

El fin con esta idea, que era
reintegradora de la desmembrada Iglesia.

de Cristo, después de decir su mi-
sa diaria en el altar de la Catedral, de
morir, talia como el cazador que
busca un día de fortuna a guisa de
varones para su causa, esto era a las
veces solamente, a menudo iba a
que vivian en el mundo y al pecado.
Iba a desahogar el llamamiento su com-
patriota que decian que temer a las bestias
era a las repultras y que se iba a las
peñascos de los grandes, y a los tejedores
de los humildes, y la pequeña sombra
por su ministerio, una vez caia en
el pedregal, otra en las orillas del sa-
mineral, y en la tierra abogada.

Después ^{prisionero} ~~prisionero~~, ocupado
de su activa persecucion del pecado;
y del cual, que vestiduras iban cada vez
mas ^{ahogadas} ~~ahogadas~~; sus verdades, y que
daron a quedar en las vias, y en las
cruces y pocas veces desfilando de las
barras sobre las escalinatas de las casas,
de los jardines como un jardinero.
No habia pensado, ni se ha-
bia pensado siquiera en examinar
los propósitos del Estado de su vida, y en

des que los registró para ver si
entre ellos había alguno encargado
quedado, encontró con sorpresa un
testamento, en que el Obispo le de-
jaba heredero de las villas que
traía de sus enaguados bienes.

En aquellos cuantos descendidos
del galán a que no se atrevió a to-
car, aquellas pocas susodhas que en-
contró en el escritorio sajón de la ma-
ra de su protector, y que casi acabaron
con sus villas, así aquel testador
con aquella cruz de oro, y aquella rica
sortija de amatista, invigila del don
de ministerio episcopal; aquellos que
son de pecados y de pecados que ahora
han unidos el calaballo y la alcaza todo
era bajo custodia la biblioteca del Obispo
que se había salvado también de la in-
certidumbre regular, y que había formado
el último Prelado libro por libro.

Atendásele a una insigne
venda rigurosa para aquel pobre sa-
do, que se desayunaba con un mendrugo
y un café como si fuera un mendrugo.

bras de la vieja del campamento, que
no le consento fustia. Dicho que para no
perpetuarse era preciso darle todo a los mo-
chos y ~~requerido~~^{seguirle} y él sin tener gran confian-
za en la sequia de que era era con
sejo pero no un precepto, con veniendo
mas bien de que el consejo no le bueno de
de ser precepto, y regla de conducta, y de que
aquí no podía menos de por consiguiente
por venir de Dios mismo, pero vendiendo
necesariamente todos los objetos de
aquella carencia para reunirlos en un
lugar repartible y entregado sumorosa-
mente a las autoridades.

Acordóse pues vender y librar
estas cosas por el valor de que almas, ven-
dido los cuadros de las imágenes y santos,
derregando las piedras del pectoral, y
del cuello para materializar, y tornamos
dinero de la manera uniforme del oro de
aquellas joyas que fundió para que no
se quedaran los campamentos de una pro-
piedad, y vendido con todo el dinero
de un instante se dirigió a las casas
de los sacerdotes que a las afueras de la

Ciudad, sobre su carro, paseaba una
inmensa red de mallas, en que le
encontraban los aprehendidos.

San Marcos subiendo a la ro-
ca a hacer predicación, y fundando
en ella con sus discípulos un patriar-
cado que a la postre había de ser
una pequeña República represen-
tante entre muchos otros. ¿Y
posterior no andaba más resulto ^{en} ~~de~~ ^{de} ~~de~~
para conseguir que disminuyera por el
curso de los siglos la peligrosidad apa-
tada como ~~en~~ ^{islotos} de las colinas, en que
se abraban los palacios y bellas ca-
sas de Medina Almarina.

¿Pero por ventura no eran tam-
bien alimentados de aquellos impetuos que
abonaban de las minorías del cuerpo
que descomponían las del espíritu? La ne-
ligencia de los pueblos debía ir en busca
de ellos para darte la salud física
general, y recibir la efusión de su
amor. Ahí el joven Apóstol fue a la
montaña de los humedades como.

15/ Cristo fue al Penedes, en busca de la bordura en que había de permanecer doctrinero.

Entró en las cuevas, laberintos, donde
se albergaban las audaces familias tra-
ciendas, voló a la cabeza de los su-
focados tendidos en raras fosas, a su
suavidad maravillosa; dio a lo trambien
to el que de cada día que se tenían ya obli-
gado de pedir por amor de Dios, y de mandaron
la temeridad y la caridad de su existencia un
destello de la fe mortificada.

¿Cómo podré olvidar los pechos, aún
en un día, que otra vez mejor que en
perpetuo? ¿Qué religión sin verdaderamente
en otros que la que se encuentra y se dignifica,
y los amaban, desamaban, con los hijos y con
los padres? ¿Qué historia más sacrosanta
al corazón que la del Apóstol? ¿Qué religión
aparte de la Virgen de Guadalupe y de esta
Santa Virgen del pueblo mexicano, por la que
así, decimos, un día del día, una? ¿Qué los
hombres de fe, más dignos de serlo que
de ser aquel Apóstol, que se aparecía en
medio de los desheredados, de olvidados, de
muertos, para llevarlos con el recuerdo
de estas enseñanzas, al Tribunal de su caridad
y sus actos magníficos.

Las mujeres habitantes de aquella
zona — fueron las primeras en pro-
clamar el sacro y querido del cielo; las mi-
nors de menor no se agitaron a él y le buscaban
las costumbres; las enfermas, los tullidos,
los ancianos, salían de las cuevas de aque-
lla vivienda, trogloditas para llorarle
y bendecirlo; y los niños derramaban la
gracia, de sus ojos muertos, por no poder
ver aquel esplendor del cielo.

Envolto mil legiones piadosas se
formaron en torno de él. Cuando había
visto bajar a las nubes, y pararse en
aquella cumbre donde no querían ^{parar} ~~parar~~
ni las pájaras. Luego, subió trabajos-
amente desde la orilla del mar a que
daba vista el peñón como si aquel
singlo vestido de solana hubiera veni-
do de lugares quietos en un bote de vir-
de. Aludido le seguían cuando se alejaba
de la orilla al batir de las olas,
claro y le veían salir en la ciudad y
ocultarse misteriosamente en el silencio
del desierto.

Se acuerda por los siglos los siglos,
de una muchacha de los ojos de cielo, de un niño
de la aldea del último de los montes.

¿Quién era aquel joven, rubio de
repelique de una túnica, vestido de
cardale de una haligine muerta, que
bendecía su mano bendicidora, a Paulo
miserrable? Los niños se inclinaron con
oración por no haber hecho otro tanto
en su filantropía sociológica, y hasta
el mismo principio de Medicina y
química de salud el caso resaladamente.

La curación, madre de muchos
vicios, suela serlo también de algunos
bienes y virtudes, y pronto corrió la
noticia sobre las otras obras, en
delloras por las otras obras, en
por y por el calor. Todos quisieron
verlos en un momento que hacía de las
verdades de las gentes, apañado en un
momento, y temiendo de que se estrópeasen
la obra.

Para verlo era preciso entrar en
aquella catedral, en la puerta, en la
puerta, en la mañana, cuando se
la revelaba de los momentos sagrados
para decir su obligada vida. Entonces
corrían al templo, en tanto que
señalaban los efectos de la fe y de las obras.

10/ del diácono, necesitaba parte del pequeño
trabajo que ya le administraba tan bien,
y entre todo las mujeres que le bendecían
y le llamaban como a un apóstol o como
a un santo milagroso.

El día iba ella, más que nunca, presen-
te y presta siempre con el encanto sobre la
cabeza como una mujer bíblica, pero
en esta vida, la vida es una lucha constante,
mujeres arrependidas, algunas ganadas por
ella para la fe y el amor del mismo apóstol.

Los hermanos, por su parte, habían pasado
mucho tiempo en el gobierno, su extrada, cuando
la en la vida, posteriores a la visita del día
como, su vida era una lucha constante de
algunos y otros, pero en aquella vida,
había una vida, y a veces la lengua con
que hablaba a todos, pero ella ^{era} tan in-
diferente que inspiraba a una ^{total} compasión
y a una tristeza, pero como la misma loca
no podía ser contagiosa en sus acciones y el
vínculo entre los que se reunían en la
ella, contaba del apóstol, aquel, de su mi-
sión divina, y de su vida extraordinaria
tanto por su vida y su vida a algunos de
sus compañeros, y la vida de la vida a ser
por la vida aquella que iba para su vida,
que hacía de ella a muchos y la confundía.

y se echaba por el ^{puerto} ~~puerto~~ para ex-
tenuar la misera vida que los precedía
de paz, de amor y de salvación.

Esta obra, que era a veces in-
strumento de conversión de muchos, y co-
mo si fuese de propaga de bien en bien,
andaba andando sucesivamente una
tras otra en el fuego del olvido. Dios

Aquel gineceo, que se cerró en
poco tiempo, allí todas corrieron en busca
de sus abandonados parientes, aunque
vivieron comunicándose como en pie:
obra de caridad, y sus ejemplos de con-
fesion y de amor vida de virtud exten-
dieron más la fama de los milagros del
cuerpo propagandista, que solo hacía ap-
tivo que saben dentro de la humana natu-
rera; pero que por susitos se volvan
acción prodigiosamente, son del doncello
clamante de los grandes voluntarios andan-
tados por la gracia divina.

La concurrencia de fieles y catecu-
menos a la santa Iglesia Catedral, hizo
preguntar a algunos en sus casas también
las felicitas en su visita Catedral del be-
nignito tanto. También cuando en su
fertilidad, o en sus cristianos para que
se les socorran tan bellamente que.

atrayera a la Ciudad toda, y poder algún
río en la gran mara miseros peronillos.
Pero aunque nunca había probado a tra-
ser sus obras, ni sus predicaciones con arte
por que parecía que solo era cosa de ar-
tificio nacido con la sinceridad y senci-
lidad de un credo verdadero, como la
elocuencia no es más que la natural ex-
presión de los sentimientos y las ideas bro-
tándole enseguida a traídas las bellas pa-
labras como capullos de su hermosa
sencillez.

La primera sermón estruendo de júbilo
hasta en sus comentarios, a pesar de que
dorado entre los labios de los notables pa-
saron volando todos hacia el mismo predicador,
una cavilada de su palabra y hasta en el
tro del Cristo también, probado sorprenden-
te una infante expresión como si un labio
traduciera otra vez aquella palabra.
"Involuntaria" "Hacer Sentir".

Al segundo sermón del joven sacer-
dote, la multitud estaba llena de gente, una
gratificación, otra simplemente en honor, y el
mito fue una exultación todavía. No en
la palabra religiosa de los visos, pero
nada la que venía allí, no era tan

terriblemente ven. arrojados con el Código?
¿Qué multitud de iniquidades eran
aquellas de que querían a la mayor util-
dad, que se vejan como vacas a las mas
barridas pecadoras?

Todas estas objeciones fueron ven-
tidas y pulverizadas, por el discurso de
~~la~~ ~~discurso~~ en el tercer sermón de aque-
lla semana. Parecia que las habia he-
cho en los sermones anteriores de los
sermones Colones y baritas que le escuchaba.
Pero, Vender las tierras y darlas a los in-
dios no queria decir que se fuesen a en-
to visos, quedándose ~~permaneciendo~~ ~~en~~ per-
manentes aludidos en la mendicidad; por
que como bajo su supuesto a las naciones
se les obligaba tambien al trabajo y de-
saguido todo, como podian vivir sin
diligencias en labrando, el ocioso
debiera para la perfeccion humana,
no contentarse con tan generoso, estaba
a que todos extremasen su caridad y
vivieran como hermanos amorosos.
La humildad era una virtud compa-
tible con la grandeza, conquistada a la
excitacion, que no debian ser gente
cansada, sino hacerse mas valiosos

Antes de que Dios quisiera haber dado la
unidad de naturaleza y la goberna nudi-
vidual en su propia la criatura. Si todo se
realizara, pero todo debía venir al ser
comune por individual. Querida para me-
jorar la suerte de las grandes masas, y per-
fccionar cada una de ellas, el estado de la nacio-
n. Queriendo todo al acuerdo comun, por
razones y por fuerzas, y participando la
gloria y los honores, se acordaba a la gran
solidaridad humana, y concurren al
bien de la humanidad. Fealidades, que
no son de un solo ser, sino de un
conjunto de los seres, mientras que
los seres en Cristo se unen en la uni-
dad, y se fin en un gran comunica-
cion. Se perdian todas las injurias,
llegase a convertir a la sociedad humana
en una universal familia, sin distincion ni alien-
de ningun recordado aquellos palos de St. Pablo. "Quam totem
publicam agnoscimus in seculum."
Contributo de sus pecados, el amor al prope-
no como un mismo palos. Caridad
los preceos toda misericordia, queriendo se me-
joramiento y la caridad, que se unen
una vida. Misericordia es completamente de
la fraternidad aquella en que los seres
no deben olvidar todo rencor, por

declarar toda culpa, por lo que siem-
pre como siempre y repetidamente por
la reconciliación, y al fin, como
triste de una serena madre.

Cuando el presidente había ex-
puesto estas ideas y otras muchas seme-
jantes en bello y persuasivo párrafo,
que el auditorio estaba escuchando con fer-
vor por las palabras sencillas y resistentes
del predicador, un hombre de las mas
respetadas de aquella Asistencia quiso:
hablarle en secreto, y le acompañó ha-
ciendo salida del palacio episcopal, don-
de se albergaban aquellos humildes
y las abandonadas vicarias, trogloditas.
Menandro

Después de haber estado
joven y de noble sentimiento, el cual
quiere guardarlo con cuidado. Dijo, quien
era, y como había seguido atentamen-
te sus discursos, y le interrogó si en su
conciencia y ley divina una mujer
perdida podía quedar redimida de
toda culpa, y quemar de toda necesidad
por el asimismo, y finalmente absoluto.

que el cuerpo humano, por el hecho de la
degeneración.

Como ya hemos dicho al presentarte
que sé por que el pecado radica fuera
del alma, en el alma, y ésta es radi-
ante de sí misma, conmoviéndose y la
moviendo al bien o al mal. La materia cam-
bia, el espíritu no. La carne se forma
que desaparece, tal vez la vida, el alma se
permanece en esa inmutable, permanente
condición. El ejemplo que queda mate-
rialmente, ayer, desapareció por la de-
generación continua por el frío, por los
otros cuerpos, cuando con los elementos
actuales, mientras la mente y las po-
derosas químicas siguen idénticas. Que
yo sé que el cuerpo muere, con él sin
morir el pecado, y regenerándose el
espíritu queda regenerando todo el ser.

Gracias por la implicación, dijo
el joven. Como yo la buscaba sin en-
contrarla: y gracias por la luz que se
me aclaró, la claridad sobre estos pro-
blemas. De un mundo exterior más impor-
tante, más relacionada con el alma.

de la Congregación, cuando formase
joven y virata, y respetuoso de
su pasado, observando el perdón de
sus culpas, y comenzando una vida
de virtud?

Es cierto, digo el diácono
y la Iglesia de Cristo ha elevado a
ellos a grandes pastores,

El joven Conde besó la mano
del sacerdote, y su corazón se volvió
la vida nueva, expresión de júbilo. Pe-
ro antes de separarse de ^{allí} quiso
relatar el motivo de su gran concul-
da al hijo del Conde. ^{Hernando} ~~Adriano~~ noble,
rico, instruido, generoso además de in-
título, de una brillante carrera, y de
la cual había de una historia llama-
da Celio, hasta entonces sacerdote
de Roma, y la detención del con-fuero
de los jóvenes de educación italiana,
y de la misma gran amplitud de su
vida de dignificación y virtud, al cam-
bio de la virtud. El joven ^{se} ~~se~~ ^{se} ~~se~~
de su padre a su padre, que le antor-
ra en gran medida su dignidad, si

quedo por ella digna de ello, y por
de que quedo y la carta por la misma.

Si, en el mismo momento el día
suyo, ~~La~~ La conversión de su quedo y la
primera de su misma, ~~En~~ En la misma
gloria que se levanta lo que el día de Mag
dala, que en la antigua, y lo que en su
dificil, no se que sea digna de un hombre
honrado, sino que exista hoy un hombre so
bre la tierra digno de su carácter.

Padre Dionisio interrumpe el Con
sejo y quiere asilo, por los efectos de la
vida de la virtud y el temor son tan gran
des, tan queridos, y sublimes que yo me
abrazo desde ahora a una Religión que
los contiene. Pasa de ella, en este plano y
material, viendo que me rodea, en esta
sociedad corrompida por dentro, y vesti
da por fuera de carnicina limpia, repul
sa blanqueada como lo llamaban en mis
tradiciones, el temor, la virtud, la pureza
de la mujer, con algo material que ven
do jamás se recobra, y la que pasó por
flagras, por ignorancia, o por desventu
ra, ~~pero~~ lo tiene de acuerdo que en un pla
no de vida, y recobra, es la vida
perpetuamente al apóstrofo sin redem
pición posible. En puede ser que se

llevar en sella con líquida de sangro,
ga perede sangrogracia a una mossa vi-
da de honorades y de bien obsequiosos,
siempre llevarán otorgados sobre su fron-
te, el estigma y ningún nombre de
honor le podrá dar su mano.

¡ Oh! recordad el dia como en oro el
mundo se equivocaba, la querida libranza
de preocupaciones renunciando de las doctrinas
de Cristo y se ha entregado a otras supersti-
ciones falsas y crederas para el oculta-
cion de forma, de habilidad y de puntos
exteriores: la que quis ~~con~~ ~~secreto~~ ~~lo~~
~~no~~ ~~muerto~~ ~~para~~ ~~siempre~~ ~~hiera~~ vivo
en honor, la que quis ~~sin~~ ~~secreto~~ lo tie-
ne muerto para siempre aunque se re-
dima, pero para Dios magnifico y
misericordioso, es al contrario: la que pe-
ce ~~un~~ ~~secreto~~ y se arrepintió, resucitó en
su honor y en virtud; y la que quis ~~con~~
~~secreto~~ ~~sin~~ ~~arrepentirse~~ ~~hiera~~ ~~muerto~~
en virtud y en honor corrompido.

El diablo al perdonar estas
palabras parecia definir un dogma
errado en el concepto de la vida y el han-
dido del mundo lo enseñaba, lleve de admi-
nacion y por la devocion, pero aquellas y

19
6 profundas ideas.

Cuando aquel se marchó diciendo
una multitud de palabras para los po-
bres de la nueva Iglesia de Cristo, el día
suso no pudo sueltarse más que por
aflorar momentáneamente en la ciudad de re-
solta, y cayendo de rodillas en su rectina-
torio con las manos cruzadas, y la orón
anunciando de lágrimas, pidió al Señor que
le que le arrancara de los labios y de la
mente el nombre de Colón.

Capítulo V.

La Revelación.

El día en que había asistido una especie
de revelación de algo escondido en sí, al
oir los propósitos del Conde, una súbita
oleada de fuego le subió del corazón, y sa-
ber que aquel hombre amaba a Colón, y
le produjo la exaltación de palabra con
que se defendió. Aquella mortal reunión
aquella entrevista, y una congoja se le agar-
ró a la garganta, pudo ajustado de todas
las cuerdas posibles de su voz, cuando que-
do a solas en la celda, y corrió a llorar.

de rodillas en un reticulado.

¿Qué sería verdad que llevaba dentro sin el ardor el hervor de la consecuencia, contra el que tanto había predicado? Sería en la causa de la concupiscencia, con que vivía en Colón, en cada una de sus acciones y conversaciones. La había codiciado sin advertirlo con ojos profanos, y con sentimientos sencillos de los que el arcángel albergar por aquella joven pecadora.

Aquella duda aún limitada a un momento, le alarmaba; y se dirigiría a dirigirla, no ya a dirigirla, sino a conseguir olvidar hasta el nombre mismo de la nueva Magdalena.

Todo el día lo pasó agitado, y al llegar la tarde, quiso comunicárselo a todos, dándose cuenta con él mismo, y con todos una mortificación y penitencia por el solo presentimiento de haber caído en dicha falta tentativa.

Salía de la ciudad solo y descalzo, sin ser molestado de nadie; se dirigía al este a aquel de las antiguas viviendas trogloditas subiendo por el más áspero de los senderos, desgarrándose en guijeros de las rocas las plantas ~~de los~~ ^{de sus pies}. Cuando

silencio en lo alto, presentando un gran peso
de no imponer a aquel dolor por flagelar su
corazón precioso.

Era la hora del crepúsculo, y desde
aquel quinaso sacudido, descendían de
una parte la ciudad envuelta en un vapor
condensado, y de la otra el mar rugidor
con sus vanderas azules. El sol oculto ya tras
de distantes montañas, dejaba en el cielo incan-
dente fantástico, y el diácono miró aquel
oculto rojo creyéndole contra el ocaso bido
en el cielo.

Extensa por esta más oscura del Padre
Celestial que cubriendo a las más altas cum-
bridas de las montañas, cubrió al final para re-
coger la voz de Jesús, envuelta en el trueno
y bajada escrita en las tablas de la ley y
Cristo se **transfiguró** en el Tabor y murió en
la altura del Calvario. Así el diácono
miró mayor proximidad entre su alma
y su Dios sobre aquella roca desierta, cuyas
cavidades fueron morada de los ángeles, y sobre
ese le creyó no más que de un enjambre
de aves marinas.

Fuero á las once, sus peregrinaciones de la
tarde allí en aquella universal basílica.

del capadocia que se iba extendiendo
con la tempestad y resonando
una a una en las montañas, las torres, de las
ciudades y por las montañas para la noche
en oración en alguna de aquellas montañas
madrugas, como lo había hecho en la
catedral de la catedral, volando el cielo
verde de su Obispo.

El aire helado y húmedo, por ve
nir del lado del mar, le arataba el ro
tro, y le entumecía los miembros, sentía
frío y terror en aquel Golgota sin cruces, don
de solo se oían los gritos de las gaviotas y
los rugidos de las olas que rugían al
pie, pero permaneció de rodillas en su
larga oración sufriendo todas las in
claudicaciones.

De pronto, una ave solitaria ve
nida del mar, se puso ante él, parecién
do que le recordaba y le hacía pensar
con su largo pico, le arrojó una que
dra, no para herirla, sino para signi
ficarla, por que le turbaba su voz, y el
ave no se movió de su sitio. Levantóse
el discípulo para ponerse de espaldas
a ella en otro lugar, y el ave dio un

20
esta vista y se le coló el de nuevo en
frente. Volvió a quitarse de allí al caer
solar, y bajando a una de las curvas se
arrodilló en ella en oración frente al mar,
pero, al ver torcer a volar en derredor su-
yo, y a parir frente a la curva a pocas
pases del punto de vista.

Diminuí por tanto este espectáculo, y
con la cabeza que ya le había en un la-
zo fuerte fuí en el espíritu al mal que
viene a tentarme, agachate de un momen-
to, y hazme saber mis intentos; pero al
ver que se fue acercando y a la claridad de
la luna blanca que encendía como lámpa
para iluminar el portico, fuí tras
figurándome en un monstruo marino y fue-
go en forma de un dios o de un
y luego en un gran hermosísimo que al
descubrir el cuanto me abrió el rostro de
Colón.

Huyo de la visión, quito al momento
naciendo la vista de la Cruz pero aquella
Colón se abastaba con los mejores flotantes
y la técnica descuidada me hacía mirar al
y lo había insinuado.

era por el ángel malo de la Cruz.

mujer que te amara por cinco días
en el Barro, como de tu carne y hueso
de tus huesos, para ser en la vida
tu compañera ¿lo quisieras de ser mal
dita para ti un puñado de virgindad
en cambio de perdición? ¿lo quisieras
de ser tu colaboradora en la obra
de restaurar la fe, ya que lo fué antes
de la heresia luterana, como ma-
dre de Cristo? ¿Quedar tu joven viudo,
te realice la obra de Dios, relacionan-
do la humana naturaleza, por medio
de lo ~~corrompido~~ sensible, cogiendo en la
de frente de la vida, haciéndome obje-
to de abominación? ¿No es lo que
que no debes de hacer ~~ni tener~~ com-
pañía los discípulos, recordables? ¿Si

~~el~~ el cristianismo se relaja en el man-
do bien puede variar su disciplina
rigorosa. Vengo en tu busca, por que
ni que me veas como yo a ti.

El diácono crucificado al cielo aquel
día que que parecía tomar el libro de
la vida, y el diácono, en una vez

Alrededor de un arroyo en un vergel;
y al de memoria las palabras de Testiliano.
En esa la guerra del infierno; tu país
de la que rompiese los sellos del arbol de
vicio. Tu la primera que violaste la ley
divina; tu la que corrompiste a aquel
a quien el diablo no se atrevia a atacar
de frente; tu finalmente fuiste la causa
de que fuesen esto necesarios.

El virrey el Padre de la Iglesia re-
spondió a la mujer, respondiendo al fantasma:
la mujer es buena en el fondo. Todo de-
jétele al Padre. Clarique^{oso} lo afirmó al
exclamarse un día: largo para tiempos
que dedicar hoy al confesionario; ven
que veremos los hombres, por que las
mujeres todas están salvadas. Recuerdo
que ellas existieron gracias al drama
de la Redención, y que estaba profetiza-
do que la mujer quebrantaría la
ley de la perpetuidad. Mira ahora
allí, y ver si por cada punto no hay
cientos de virgenes. ^y Martha de
quien fue el discípulo San Clemente.

21/ y se nuclearon en la hondura los mien-
gidos del mar que se estrechaba con-
tra la roca; pero la fiebre corría
como lava por las venas del peñi-
scuelo, y su torso de aquel fantasma
blanco, via atraído de diversas for-
mas; saladuras, agujeros, ~~hallas~~ de su-
bitos, y se hundiendo en las aguas en
peñones de la sueta. Pudiendo arrojarse
los mien.

De sus labios surgieron a ratos
en locos incoherentes palabras, y quan-
do abrió los ojos via a Blanca volando
lento a su lado, y atropellando a los
vapores que intentaban entrar en
aquella sueta. Los vapores de esa blan-
ca se multiplicaban al redor del rostro
sucumbiendo; sus ojos de zafiro mirando
estaban ocupados sobre los de él, y en
sabores de los aromas y de magias de
los flotantes parecia adormirse con las
blancas espas de la bruma de la su-
edad que en los vapores de batalla
vivían en un tiempo a moriridos.
El estaba entregado y vencido por

la alusión, con pocas melancolías aque-
lla mujer silenciosa y ~~triste~~ ^{piada} se pas-
so una noche de horribles sufrimien-
tos, en aquella lóbrega mazmorra, sin
viendo aquellas suaves risas sobre su
frente.

Cuando las fiebres las envolturas
se disiparon, y la fiebre cesó, el dia-
ceno abrió de nuevo los ojos: pero ya
no estaba allí la visión blanca.

Desconfortado como quedo en un
lecho de dura piedra, y recordando
de que tenía que decir su molidiana
ella se levantó atardecido pero resuel-
to, y salió a la luz del día. El mar
estaba sereno ya como en otros
las tempestades sus murmullos que en la
noche se perseguían, asociando co-
mo pequeñas góndolas sobre las viras,
aquellos arboles, y las murallas en ellas
dormían, y él al salir por su pro-
pio impulso toraba el mar y las monta-
ñas, y la ciudad en la zafra opuesta al cer-
ro, y que degenlabare. regocijándose al

de un solo lado de oro.

Debido sea el creador de todas las cosas,
murmuró el diácono ante el púlpito,
una magnífica que se ofrecía a sus ojos,
y cogiendo su breviario, bajó por la es-
pina, y se dirigió hacia la ciudad toda-
via en silencio y solemne.

Al entrar en la catedral, ya los fieles
le esperaban, apretados en bancos del Pres-
biterio. Salí con el calor de la fiesta,
y cubrió las gradas del altar mayor. Entre
un grupo de jóvenes y mujeres estaba Colia,
con su cara de rosa virgen y su manto de
nubarrón que la embellecía. El diácono
dijo la misa con toda unión religiosa, de-
notando de su cerebro las sutilezas al-
teísticas de la noche pasada, y cuando
se retiró a la inmutable figura de la
~~estrella~~^{estrella} redimida que seguía allí de tie-
po por patio del templo y se dirigió hacia
la salida, vió que le seguía un hombre
de alguna edad, pero firme y atlético que
lo detuvo a la puerta del palacio y que le
habló con tono soberbio y desafiante.

Lois, ¿te interrogas, el que ha per-
turbado esta ciudad con extraños predica-
ciones, el que ha sembrado a la juven-
tud con falsas ideas del honor y del

debes, y has dicho a tu hijo que una
muñeca quibbles puede ser alguna de sus
muñecas con el pretexto de un falso
arrepentimiento? Sin dejarle por-
mular respuesta alguna, levantó la
muñeca fornida, y se la estampó en la pa-
lida faz.

Un movimiento de estorbo se
produjo en las circunstancias, ante aquel
golpe inesperado del Conde ~~Benandero~~^{Benandero}.
Pero quienes irritados alzóvose contra
el para confundirle, pero al recordarle
continuando con ambas manos la ex-
ploración de ira del pueblo, ordenando
que se entrasen, asombrándose del cora-
jo de su hijo y presentando su otra
x muñeca:

Pegado dijo que ya voy la muñeca
de Cristo destinada al maladerio; pero
sabed que habéis desfigurado mi muñeca
tras. El Conde le volvió la espalda y se
marcó arrogante como te; y al día como
cayó en un estado al suelo, siendo llevado
en brazos por un fiel a la sala del pala-
cio. Allí sufrió una tremenda crisis

servidora. La tibia sobre su alma blan-
da y suave dispuesta al sacrificio, y su
temperamento orgánico y varonil estalló
en convulsiones casi epilépticas en que
los gritos inarticulados se mezclaban a las
exclamaciones de los feroces redimidos. Gra-
cias por un Dios, para dominar en aquel
caso el rugido de la fiera hermanita; y
decidir no era Cristo, aunque quería
a todo trance imitarlo.

Ella había sentido palida y des-
concomida después de ver de lejos la es-
cena, a la cabecera del lecho del pa-
cien- te; pero no su visión fantasmagórica,
sino su corporea y viva realidad. Aquel
de la conciencia inferior le había también
revelado una tempestad de ira contra
el Cordero, más la sorbió con las lágrimas
y con una mental oración.

Sabía los requerimientos del hijo
del Cordero, sabía la respuesta del diácono
a la consulta que aquel le hizo, la que
cien del padre a aquel amor que consi-
deraba indigno y reprochable, y el estig-
ma perpetuo que la opinión de los
quintos pocos quedaba, también sobre
ella; pero que le importaba todo ni

pero que amaba al Cordero aquella
insolente actitud cuando ella restaba
ba a su pretendiente, pero pecaba en
casi en ninguna cosa condal.

eso, ella solo amaba la sombra de
un hombre insosquible, un imposible
en forma de espíritu, un alma, extracor-
daria, en cuyo fuego se había abrasado,
y así con un amor desesperado hasta
extenuar, vacilar, y por eso cuando no la ha-
bía sentido jamás, y siempre se ator-
mentaba de su pasado, hallaba, como
el dijo, libre del peso de sus extravíos, res-
ta en su cuerpo y alma como si la ha-
bieran purificado de pecado en el crisol de
la Creación. Y todo lo debía a aquel Apo-
stol a cuya catedral estaba en pie, gloriosa
y atribulada, viéndose representar sobre
su rostro el bafelo mismo del Cordero
~~Abinangro~~
~~Abinangro~~

¡Pobre Martirio de su fe! aquel jo-
ven impetuoso lleno de vigor y de roja
sangre que a los sesenta años
y por ~~su~~ el mandato de su Dios, ambiera
siendo derribar en tierra y pisotear
aquel agresor! ¡Sacrilago! Cuanto

cuando desvanecidos no habia necesidad
para presentarle la otra usujilla, y se pa-
sa desluciendo de un golpe el rostro inco-
lante. Estaba allí injuriado sin defensa
y sin embargo dignificando y en-
grandeciendo. Todo los bienes de la antigüe-
dad pagana eran a' su lado como pig-
meos. ¡Sublime doctrina por la que por
un acto de humildad y amor trocaba-
a' un hombre en semidiós, o como jamás
lo vieron los tiempos!

Acabada la tempestad nerviosa
y vuelto el discurso al sentido, su primer
acto fue perdonar ante el pueblo al Con-
de y abrazarlo en la persona del mar-
voso de aquel concurso. Busquidla re-
ntero' a' orar por él, y a' pedir para él
perdon al Dios de la misericordia.

Era la hora del cuarto sermón
y el discurso apareció en el pulpito en-
tre el murmullo, la devoción y la cu-
riosidad de un innumerable gentío que
enterado del caso, no arde' envidiar por
ver un sereno para aparecer recién
ultragado ante el pueblo. Sin embargo

Giocciro con garbilo, y eligió por te-
ma de su disertación aquel versicu-
lo del Evangelio de San Lucas, et ^{comp} ~~qui~~
070) te percutit in maxillam parati es
alteram " al que te hieriere en una
mejilla, presentale tambien la otra."
Cada vez aunbargo hablo de mi
mismo en de la sacrologa, ofensa del
Conde; pero convaleto a demostrar que en
estas palabras divinas se condenaba la
antigua ley barbara del talion, se pro-
hibia la venganza, se raciocinaba la
humildad y la mansedumbre, con lo
que podian vencerse las pasiones
que producen los agravios, y llevarse
a una practica el perdón y la caridad
Haciendo así decir a un auditorio; y to-
maba más, estas sus palabras y re-
mitaban más en los corazones, por
que todos veian que no era un con-
sejo divorciado de las obras; el abate
todavia marcada en el rostro del apos-
tol con rugin enroscadas la ofensa
de un Conde.

Aquella noche se desahucó de

27/ miso su paz, pero su agrietar un-
pudo curarla, el mismo; y en los otros.
cas. recordándome, que se pasaba mis
que Dios me perdonaba. A la verdad se alima
poco regenerando.

(Capítulo VII)

~~La desgracia de la~~ Redención, honor

Colia, seguía haciendo vida ejemplar.
resuma. Distando el gincoon por las
llacuas de su ~~matróna~~ ^{caridad} y convertidas en
claus peccadoras a la manera de la vir-
tud, yendo volver a abrazar a su madre
y a visitarla solista en el ^{niño} ~~niño~~ de aque-
lla torre de cielos inenablos sea la raze

Allí vivía oculta, encerrada a
la piedad y a la oración, chorreando vien-
per sus peccados y amor, allí llegó un día
el hijo del Conde para ofrecerle su mano
y su fortuna, pero de gran cultura
no por su belleza y por su buena vida
de caridad.

El la había conocido antes, cuando
brillaba como estrella faja en Medicina.

Alvaria, habiase suamorado de un
extraordinaria hermosura: pero
cuando pensó en presentarla ya había
ella la vida burocrática y orgánica que
precedía a su conversión; pero que ya
los tres golpes que venaban a su gran-
ta todos los días habían llegado a
vibrar en su alma.

El día en que el joven Cueto
quiso hablar con ella en todo trance
en el gimnasio, acababa ella de escapar
sin saberlo a donde. Excuso de bus-
carla recorrió la ciudad, y pagó a sus
servidores para que averiguasen su
paradero; pero nada pudo con-
seguir; y que nunca imaginó el in-
finito de responder ellos, que volvie-
re convertida al antiguo lugar de su
culpa a redimir a sus compañeros
de la esclavitud del pecado.

Poco después, cuando la Colata
acento les conlucos de aquel antro de
nada y concurria con algunas de sus
camaradas al templo, oyendo el
cueto que estaba por su vida.

a' ser reus de los romances, del dia-
sabor, vivió a' Colia de nuevo arrullada
sobre el pie de una columna, bajo un
ojiva.

La conversacion de aquellas mujeres
transformó tambien los sentimientos
del joven; vivía rodeado de una mu-
cha merced de poesias de cuentos, y es-
tando en plantas en su espíritu el
problema de si podría o no signamen-
te hacerla su esposa.

Las palabras del diacono le con-
vencieron, y se le fue creciendo una pa-
sion por el corazon y el afecto de la
doncella redimida, y pensando que
así como que su padre el viejo Conde en
contraria todo su noble e Hidalgo, etc.,
seguro se le venia, y por ende en el
una tempestad de irracionalidad que dio
por resultado la terrible escena que se
le sigue.

La casa del Conde ~~Alfonso~~ Menéndez
convenció desde entonces en un volcán en
ignominia. Juan dijo pronto que no había
vivido a' la casa, por, como guerra, etc.

Entre el hijo y el padre surgieron
las más vivas discusiones, que a fuer-
za de debates, y de remover el agua
muerta del pantano, y lloraba la con-
sueña de nuevas ideas morales, al es-
píritu frío y fanático del viejo poder.

[illegible]

24
debía diferenciar si era agua y si
era yerba; acararla, y si corría la puer-
ta a toda experiencia de redención; y
se castigaba con infamia perpetua.
una culpa no siempre paga.

El donde no embargo era intrac-
tigable, y el hijo heredero de su fortuna
y de sus blasones eligió por compañera
a una mujer que había sido pública.
Ella el agua del Tondón no podía
lavar semejante mancha. El mundo
de conspira a la cara; los amigos de
aquella trampa cuando se descubrían
con ella recordaban sus honras y
glorias, y se daban una uofa que ellos
habían sido los primeros. Ella y el muer-
to guardaban al hallarlos, y el sobre todo no
había cuando debía caer un rostro y
corriendo quimeras y sudores fueran, etc.
juntos, suscitaban al vivir, no tolera-
ría rebajamiento semejante, y tenía
entender a aquel mundo espiritual como
pero de la misma infancia, que no se
podía juzgar simplemente con el ho-
nor de una noble familia.

Sajo la impresión de estos re-

terricentos, sacacatibó al Conde en sa-
lida acción; y desde entonces se agravó,
más el conflicto doméstico, permi-
tiendo el hijo en su amor a Celis y
en su deseo de casarla su esposa. Juan
con propósitos asesinos. A la torre
en que ella vivía y cubrió hasta el
segundo piso en que hallaban Celis
al lado de su amigra madre

En aquella habitación cuadrada
y modesta alumbrada solamente por
un brasero, con paredes y bóveda de
villeria, y el techo del interminable
caracol de subida que parecía hacia
abajo el peso de una mina, y hacia
arriba con sus aleteos volaba una
serpiente agitada, Celis recordaba
una figura bíblica escogida de un
diseno de la Calidad; y sobre el tro-
zo de aquel se pintaban líneas, raras,
de Gaudí.

El joven abando desde luego
la cuestión con la hija y con la madre,
volvía a Celis, su primer y último

siguio pidiendo un material y una li-
brería, habiéndose purificado sobre la
muñer muñer. que se le inspiró, y
el hijo de noble familia, rico, honra-
do y de brillante carrera, venia a re-
sistirse la mano de la mujer ya dis-
cipulada, para hacerla su compañera
irreparable.

Quiso la pobre vieja aconsejar-
le de tal propósito, y salia muerta en es-
tado, por no hallar palabras con que dul-
cificar su negativa. Sin fin, trémula y bal-
buciente le dijo, que ella no podía ver
ningún de escándalo, ni sea de desorden
en una casa. Entre ella y el padre media
ba una distancia insuperable, era
ella la que ascendia, y el que iba bajando
descendiendo; y aunque jamás se había purifi-
cado de sus creencias morales, solo le toca-
ba ahora mostrar, y modificarlas, no de-
clinaba el ofrecimiento del padre por que
no lo creyera sincero y estable, sino por
que debía considerarse muerta y pa-
ra el mundo y para sus espumas de la
y entregarse enteramente a su Dios.

En vano intentó el joven con-
der, inutilmente, ruego y suplicas con
sus argumentos persuasivos. Celia re-
quiso firme en su propósito, aunque
suave en sus palabras; aquella actitud
la simpatía y embellecía más a los ojos
del enamorado Ansel.

Verdaderamente estaba hermosa
en su vida, bajo aquella sencilla bôle-
da; recibiendo de frente la caricia de
la luz filtrada por el umbral tantuillet
de la torre. Los pliegues de su vestido
se adornan pareciendo a una ola verde
~~de vestal~~ ~~verdamente~~ y aquel blanco y
torcido cuello saliendo escultórico
del azul, y aquel rostro de yuca blanca,
coronado de denudados cabellos rubios,
se daban el aspecto de una Magdale-
na penitente.

Cuando el joven desesperado
le hizo sus últimas suplicas, Celia
quiso aprovechar aquel momento para
la buena causa, dijo a Mauricio que
ella llamaba al hijo del Conde que

Y tanto la suaba consuecencia es
 que ella a las vanidades del mundo
 y se citase la cruz al yegashu para ser
 un nuevo soldado de Cristo. Ah, malatón,
 lucharemos juntos con la misma fe que
 el mismo ideal; y ya que no podemos ser
 superiores a esos hermanos dentro de la mis-
 ma comunión.  Mauricio se lo prometió;
 así como con las palabras del diácono le
 habían convenido. Acordamente, para la se-
 paración de que algún día podría ella ganar
 el afecto de Colán y de su hijo, dispuestos a de-
 mostrar con los mayores sacrificios su amor
 por ella; y se entusiasmaron por aquella Religión
 rejuvenecida.

Al llegar a un opulenta morada
 anejada en brazos de su madre y se lo refirió
 todo; y ella ~~concedió~~ madre al fin inclinada
 desde el principio a favorecer en gran cosa
 la promesa su apoyo para dulcificar la
 astutia del viejo Coude, que en medio de
 sus alrocas remordimientos, sentía in-
 veniente repugnancia hacia el proyecto
 desatellado de Mauricio.

En la alta sociedad de Medina
 Mariana alababan la sencillez del viejo
 padre. La relajación de las costumbres
 en el nuevo tiempo era insoportable; mas por

lo mismo que abundaban las mujeres
extraviadas, los libertinos, inmorales, las
fiestas lúbricas y las bacanales semejantes
a las de la Roma céntrica, no había ne-
cesidad de elegir compañera ilícita; y si
se buscaba, era entre las no esclavina-
das, para casarla entre doradas pa-
rederas, como a una esclava blanca, sin
que apenas le diera el sol, y tornarla en
condición de una bellísima bestia de
masa al servicio íntimo de su dueño.

Cierto que el feminismo exagera-
do y al fin el amor libre habían sorpren-
dido a las mujeres lanzándolas al domi-
nio de sí mismas, y al libertinaje, pero
por eso y como ~~por efecto~~ ^{por efecto} natural del
egoísmo de los hombres, de sus aversas
exclusividades, y de sus antipáticas
desigualdades al matrimonio reducido ex-
cluso en los tiempos del desenfreno, pasaron
a una adquisición de la mujer por
coste libre, a la compra de un ejem-
plar raro de hombre, que el mundo
guardaba precioso como un tesoro,
sobre el cual ejercía un poder casi
tiránico. Allí se explicaba la rareza

contradicción de su siglo, sorprendido
y obscure que surgieran más que lo
fueron nunca los cánones del honor
moral, y entre cuyas preocupaciones
parecían conjurar abominables las del día
como perjudicados.

Cuando llegó el caso al extremo,
fue con el sermón de aquel sobre la mujer
adultera. Lapidada, había gritado el pueblo
tribunales a los jueces dijo el Código
de Honor, y alata vociferaron a coro. Era
con y sobre en la antigüedad. Y repetición
sumas en pleno siglo XIX. Alata que
blanamente, y realigela después en un
nuevo mandaba el Rey sabio en las
lata. Perdonata y si quedos redimela, ya
alata desde el pulgito el Cristiano. Dio
nuevo y al procurrar estas palabras, in
vocaba el apóstol del Divino Salvador en
el Evangelio de San Juan: "el que de vosotros
este un pecado tiene contra ella la primera
mujer". El diácono relataba aquella
escena conmovida y concluía al ver
desfilan a los acusados recibiendo todos
culpables: mujeres: donde están los que
la acusaban? ninguno se ha condenado

cre'go demasiado, si condemo, Nitig
no pegues ya mas;

Aquello segun el Conde ~~Alonso~~ ^{Menando}
a cuyos oidos llegaron las referencias
de la primera oracion de Dionisio
era el colmo del civilesimismo, y la
patente en serio dada a las mujeres
para fallar a sus maridos, y creyo que
esas ideas trastornadoras completaban
la obra a que el habia querido poner
correctivo. ~~pero que tras de temer~~

Sin embargo en la masa general del
pueblo entrañan aquellas sabias precau-
ciones, como ~~eran~~ purificadores, y muchos
se daban cuenta ya de que el perdón es
más grande y noble que el castigo.

El sacerdote recordaba aquellos concep-
tos de Cicerón dirigidos a Córax en
defensa de un reo que le habia quedi-
mento ofendido. "Héran en la malda" "sui-
do tít, el más grande de los hombres"
este que te ofendiera cometido el mas
grande de los delitos; pero tu mi-
seria grandeza crige de ti no te
pongas al nivel del vulgo de los
mortales. Carteyando tít, lo haces
más que lo hipriau los otros hombres
pequeños; si quieres ser digno de ti

misimo se magnanimismo en la
grandeza; pero lo no, y no te parecieras a
ninguno: por que con ese perdón de vo-
llaras por cima de todos.

Perar perdono; y exclamaba el siervo
no; si esto hizo un pagano para dignifi-
carse y levantarse por cima de los hom-
bres vulgares ¿que no debiera hacer un
cristiano iluminado ya con la luz evan-
gelica, y oyendo las palabras del
perdón de Jeneuisto no perdonar y
matar? ¿Que envejecimiento, que rebaja-
miento al nivel de la fieras, que olvi-
do del mandato de Dios y de la
dignidad propia de un ser racional?

¡Matar! ¿Que cosa tan facil! Em-
pujar un puñal, o doblar el dedo
en el gatillo de una pistola! Ya sonó
la explosión! La esta muerta la mu-
jer. ¿Y que es que con ello el marido
ha lavado su honor?

La sangre nada lava; mancha por
donde para; y si la mujer le manchó
con su culpa, él queda doblemente
manchado con ella, y con su asesinato.
¿Donde irá que no vean sus manos
manchadas de sangre, como un

desatentado criminal. Si tiene hijos de aquella mujer ¿quién les dice cuando pregunten por ella? En cambio si la perdono y contribuyo a apartarla de todo delito, aunque ~~suprimiera~~ olvido de si, caso de que su honor se crea manchado, no lo estará doblemente con un crimen propio.

Ademas decia el diacono ¿quién es eso del honor del marido manchado por la culpa de una mujer? ¿a quién podia castigarse su fustigio por el delito de otro? Se engañaba el mundo; se engañaban todos los siglos que habian formado todas estas falsas leyendas del honor. La culpa de la mujer es suya; y el esposo que la ~~consintio~~ no lo consintio queda con su honor incólume.

Esa es la verdad ética y cristiana.

En cuanto a matar, solo Dios incumbe que es el que dio la vida. Atribuírsela a un semejante, es usurpar el derecho de Dios.

Ni el hombre, ni la Sociedad tienen derecho a matar nunca.

La pena de muerte escrita aun
en los códigos, es una ley bárbara.

La guerra mortífera es una barbarie social.

No lo olviden hombres y pueblo
quien a hierro mata a hierro muere.

Fin del capítulo VI

Capítulo VII

La tragedia Conde C.

Cada fervorosa plática del día, como cuando por los ámbitos de la ciudad, llegaba á las alturas a los palacios de los mas nobles señores, referida de lengua en lengua, y no dejaba ^{de} resonar en los oídos del conde ~~monacato~~ ^{Humano}. Comentábase: en el aristocrático círculo que frecuentaba el conde ~~monacato~~ ^{Humano} adquiría procelos; por era especie de negación, que la fe propia ejerce en los demás: y aunque el conde rechazaba todas aquellas ideas con los prejuicios y animadversión de los tiempos reinantes, no podía menos de sentirse vacilar mentalmente en ocasiones, y lo estaba con el remordimiento de su acción inicua contra el sacerdote.

Habría querido borrarla de alguna manera para consagrarse a combatir libre de culpa la

resurrección de aquel evangelio que derribaba las nuevas bases sociales.

Si no hubiera sido por su orgullo, habría ido a la morada del sacerdote, instalada^{ya} en el piso bajo de la torre de la catedral a rogarse le perdonase su acción apartada; pero pensaba que aún perdonado por él, le quedaría el escorzo de haber obrado mal; y no hallaba medio de que su acto quedase bonado, como si no lo hubiese realizado nunca.

Los nuevos cristianos como los antiguos, encontraban en el sacramento de la penitencia el medio definitivo de borrar la culpa.

Confesarla, arrepentirse, y obtener el perdón del sacerdote; no en nombre suyo si no en el de Dios, era adquirir una paz del que él no podía gozar; y aunque en su moderno racionalismo aparecía todo esto, resultado de una ficción ~~que~~^{no} dejaba de reconocer que obrando sobre el espíritu del creyente producía igual resultado.

que la realidad misma, descargan-
do el peso de la conciencia, del
pecador y serenando su alma.

304-263-1
1-337403
Mientras él barajaba estas
ideas, la condesa sentía en sus
tribulaciones necesidades pareci-
das. Una ^{culpa} ~~culpa~~ recóndita guar-
daba en su seno de que no podía
verse libre. Ella era la causa secun-
ta de sus melancolías, de sus llantos
solitarios, de sus torturas que el conde
atribuía a motivos patológicos.

Aunque perdida su fe como la
de tantas nobles damas de Medina
Almaria, quedaba un pequeño res-
coldo en un repliegue de su corazón;
y acudía queriendo avivarlo muchas
veces para purificarse en su llama.
Aun conservaba un minúsculo
busto de marfil; ~~en un repliegue~~
~~de su corazón~~ lo llevaba en un reli-
cario, y a él le conferaba su pecado,
pidiéndole el perdón que había
menester; pero el busto callaba
por que ya lo había dicho en los
tiempos antiguos todo a las gentes y
dados sus poderes a su olivuelo pa-
ra atar y desatar de tal modo que
lo que ~~atase~~ ~~desatase~~ en esta
sería atado y desatado en el cielo.

54 Era pues necesario buscar aquel intermediario de Dios para que Él en nombre del Cristo de marfil desatara el nudo que oprimía el corazón de la condesa.

En intermediario no había aparecido en muchos años, hasta que surgió sobre el pórtico pulcristo de la catedral la inspirada figura del diácono.

¿Era hacia él y cómo ni cuando se atrevería a traspasar los umbrales del templo para arrojarse a los pies de ese confesor, como era fama lo había hecho la vieja devota para sonjar su conciencia y salvar el alma de belia?

La condesa prefirió llamar al diácono con un repetido pretento; y allí en un propio palacio realizar el acto de confesión y obtener la paz del Señor que necesitaba. Escribió pues al sacerdote, manifestándole que el conde arrepentido de su acción sacrilega quería obtener su perdón; pero que por escrúpulos sociales no se atrevía a ir en su busca, que viniera él a ofrecérselo como supremo cargo de su caridad cristiana; y le citó a una hora ^{en} la que el conde

no solia estar en su casa y en que
ella podia en lugar suyo o ficiar
de penitente.

Cuando el diacono recibio esta
epistola regojose de tener ocasion de
acercarse a otra oveja descarriada
para llevarla al redil de la nueva
cristiandad.

X Hay que advertir que en el poco tie-
po del nuevo apostolado ya como de-
cia Tertuliano del suyo los cristianos
los llenaban todos en la ciudad la
milicia el pueblo el Agora el templo
y las plazas publicas.

Como signo distintivo habian adop-
tado el de los cruzados una cruz roja
bordada sobre las clámides, las vestes
y los mantos llevados a la usanza anti-
gua. Parecian los miembros nume-
rosos de una orden militar:
caballeros Sanjuanistas los hombres
y las mujeres monjas Calatruas.

Donde menos eran visibles estos
signos era entre los senores y damas
de la aristocracia y los altos personajes
del poder publico.

Le condesa huera, quando ~~estaba~~
bordada en cruz, pero la impudencia
del conde le usaba toda a ilustracion.

con embargo de

Conmigo vino lo he en profijado, el
diacono subio de su humilde vivienda a
la que se habia trasladado en aquel
dijo el palacio episcopal a los pobres,
y encaminaron al palacio de los condes
de ~~Albarracín~~ ^{Albarracín} que se alzaba en la acera
grande sea de la ciudad, con sus mag-
nificas arcadas de mármol sus balcones
hermosos, y sus muros de azul piedra
dura rematados en grecas y adornos pom-
puyanos.

Os campos de libras já promissos por la
condesa & sempre ~~se~~ quando prae.

La gran escalinata alfebrada con un
lazo tapiz ~~de~~ ^{de} ~~le~~ ^{de} ~~dió~~ ^{acese} al pin
principal, y abierta la central de las
tres puertas de arco que conducian
a las habitaciones, encuentro. Levado
por otro lacayo, en un gran salon
cubierta de soberbios tapizes y de luan
venerables; con muebles de un siglo
pretérito acaro perdido ya en la
memoria de los antecesores.

La condotera salió hizo sentar al sacerdote en el sillal preferente de la sala y se arrojó a sus pies collozando con lamanguera.

Quiero confesar; dijo en voz baja al
diácono. Mi carta ha sido un pretexto
para haceros venir, y desahogar en

el sacramento de la penitencia
mi corazón, y el sacerdote sorprendi-
do, recebiendo los fueros de su minis-
terio le dijo: mane, pero con firmeza. Di
tus culpas.

Contra todo balbuceo la condena è puede
tener la seguridad de que el pecado,
que es secreto no será sabido jamás. Si
lo es, a testis el diablo; se lo dice
y yo lo sabemos, si de otra manera
no se sabe ni publica.

Fues así, dijo conellamente, un su-
milde dama, y leon entrecolados colozos
y luvimies, que el conyector por curaba
contar, empezó la narración de su
secreto, mientras el diablo no abis mado
cia en silencio.

Cuando estaba ya terminada la
confesion, y el sacerdote absolvía en
nombre de Dios a la penitente abrióse
violentamente la puerta y entró el conde.
¿Qué significa esto? preguntó inme-
diato al contemplar el desorden.

La condena se abrió replicando entre.
El y el sacerdote, y éste permaneció
inmovil en su sitio contestando:
esto es la administración de un sa-
cramento de Cristo, que la condena ha
perdido, y que yo ni lo sé ni puedo re-
cuar. X

Es un canal por donde baja la gracia
a las almas atribuladas, y por donde

86/ necesidades tambien de un balsemo salu-
tifero.

¿Cómo repleto el conde os ofrece a
barrucar los umbrales de mi mansion
sin mi permiso?

No necesito, exclamo el conde, dice no
firmemente. Para prestar este auxilio,
baste no me ha prestado dignos ni ba-
rrocal, ni siquiera el temor de la muerte
me detendria. Si el profeta Ysaie
vestido en su carne de pieles bonas,
me hubiere llamado con los objetos
habia sido remeltamente ~~se~~ penetrado
hasta el para ejercer mi ministerio sin
temor alguno, aunque hubiere quedado
destrozado alli sirviendo mi cuerpo de
fiesto a las fieras. Se donde, si vas luego
tambien, y para que no creais que es
solo una humillacion al adminis-
trare este sacramento, sabed que os per-
done ~~esta~~ injuria que me hicisteis: mas
aun, que os perdone desde el momento
que la recibis: pero os repito que necesi-
tais volver a Dios y limpiar vuestros es-
piritu sin opeia alguna. Sea en los
lamentos de vuestros latidos: en el
color violado de vuestrias mejillas, que
padeis una grave dolencia del cora-
zon.

La muerte os ronda, y cuando menos
lo penseis, caereis desfilomado como
herido por el rayo. Que esto no suceda

sin preparación de nuestro alma
para la eternidad; porque todo lo
de aquí abajo es fugaz y perecedero,
todo mortuorio; hay un churumbeo
se quiere a morir desde instante.

El conde al acercarse se llevó las
manos al pecho sintiendo como se fal-
taba el aire. y la luz ~~de un~~ de un diácono del
diácono, saltó la cordosa de la estancia
enfureciéndose las facciones y el conde
lanzándose en el suelo en medio
de una última hora de agonía a
los pies del diácono y se confesó.

después de haberse confesado y comulgado.
Después fue la declaración de
sus pecados; amonestación y lectura de
palabras del sacerdote, mandados
de confesión y consejo.

Cuando terminó el conde aló el
conde abuyó al sacerdote; la condesa
acudió confundida pero radiante
de alegría; el palacio pareció entre
inocente de júbilo hasta en sus mien-
cimientos.

Loh!

~~Don.~~ ^{Don.} Si aquellas dos confesiones
hubieran sido revoladas por el sacerdote,
la conmocion de alegría habria resul-
tado de tempestad; pero como el mar
quieta en su fondo los cienos que le
suscitan, de su tierra y aparece sereno,
y sereno y ~~se~~ ^{se} halle el pastor que con-
trole con ~~su~~ ^{su} ~~alegría~~ ^{alegría} en vez de envenenar
frecuentemente los campos, así el espíritu
del sacerdote tranquilando aquellos cienos
humanos y repulsiéndolos en lo más
honroso de su ser, serenó las conciencias

de aquellos dos esposos, y lleno de alegría sus almas turbadas por cuales como atonamientos.

La tragedia, con tal quida inédita, y no puede aumentar los capitulos de la cronica mandalora de Medina Almaria.

Habia, sepe mas, y no que la con- dora hacia vida, y ejemplo y utilidad, el conde tenia desahogado el enticipo que lo hacia duro y visto tanto en todo el mundo.

La servidumbre de palacio noto tambien que la condesa no derrama- ba lagrimas ni solas, y que en su pa- antes marchito por la nostalgia se veia un iris de sonrisa y del prap.

La gran sorpresa de la condesa era de la ciudad, fue ver ~~en~~ en el pocho de la condesa y del conde. las en, bordada en rojo distintivo de los nuevos costumbres.

Viento se supo que aquella con- version ~~era~~ era elida a una veri- ta, que luego al palacio el dize con, maravillándose todos de aquella especie de influencias ~~hipnotica~~ que ejercia sobre muchos mexicanos: y que sin virlo se les aproximaban. Y como todo lo maravilloso atrae, no pocas familias aristocraticas

se sintieron como el pueblo subyugado
nados por aquel apostolado de la
faja aún sin tanto poder. Se
buscaron como las mariposas buscando
la luz para alumbrarse sin queriendo en
se llamar.

En las manifestaciones de la puerta
de la catedral magnificas carrozas
incrustadas de flores y marfil, o
revestidas de damas educadas, de
jovencillas damas envueltas en
ricos mantos de púrpura o de
dorado, unas veces las palabras del
predicador, otras sus enseñanzas en el
confesionario, pero no pocas veces
atraídas por la novedad, volvíase
con los ojos llorosos, por que las
palabras del espíritu santo les abría
las puertas del corazón y las recorda-
ciones del confesor que no quería
se convirtiese el tiempo en un tiempo de
moda les resultaban ásperas y destruidas
y a veces cuetes como el caudal.

De todas partes en esas oleadas del
gran mundo de Medina. Almacén, si
algunas resultaban vueltas a sus
aguas rompiéndose, otras eternas mejor
olimpuestas para la nueva fe queda-
ban en las playas cristianas rescatadas
de los oleajes.

Así puede llegar a todas partes,
y alcanzar aquellos nombres de la so-
ciedad de conciencia y de ciencia, la

78
ley evangelica, oscurecido por tanto
tiempo, como las amapolas aparecen
en los campos con profusion. Tal apa-
recian las sencillas ropas en las cla-
vides de los caballeros, en los mantos
de las damas y doncellas, compenetrán-
dose la accatolización de aquella en-
tonces populosa ciudad, y la purifi-
cación moral de sus gentes.

Ya estaban corridos todos los ginecos
por la generosa propaganda de belia;
ya desempolvados las imágenes de los
templos, en sus plantas arrolladas
las multitudes, ya sus campanas to-
caban á viva, y á gloria; ya las nuevas
falanges de soldados de Cristo llegaban
a todas partes á congregar como ovas
su nueva fe y substituir ~~con~~ ~~su~~ ~~nueva~~ ~~fe~~ ~~al~~ terrible ~~de~~ ~~la~~
lucha por la existencia, el suero de
la caridad, levantándose los caídos
de la antigua batalla social, regien-
dore con las dádivas de los ricos, los
sanos albergar para los pobres, los
asilos para los niños abandonados
y los ancianos, los comedores para los
necesitados, los talleres para los obreros
sin trabajo, las escuelas en sus tierras,
hasta una universidad católica,
que se fundó por iniciativa del
conde ^{Benandier} ~~Benandier~~.

Con todos estos beneficios la virtud
se infiltraba en las almas, el amor
y la fraternidad se consolidaban en
todas las clases sociales; no ha-
bía miserias, hambre, ni motivos de
enemigos entre las gentes; los jueces y
los tribunales estaban ociosos, y el mu-
nicipio de Medina Almaria sembrado
de tantas buenas semillas de una sola
semilla cristiana acuerdo acribido. En
todas las grandes empresas de regenera-
cion y mejoramiento social iniciadas,
y que el alcalde en nombre de la ciu-
dad enteras, se adornara con la roja
cruz ~~de~~ ^{hizo} ~~hizo~~ ^{hizo} profesion de fe catolica
como otro Recaredo, lo que tuvo lugar
en solemnissima fiesta celebrada en
la catedral en que el diacono pronun-
cio uno de sus mas maravillosos sermones.

Al terminar aquel acto el pueblo que
llenaba el templo sin haber podido
penetrar quedo cubriendo la inmensa
plaza y las calles laterales como movidos
por un solo viento proclamaban al
sacerdote Dionisio y este queriendo crea-
rse entre el gentio de aquellas aclama-
ciones movia el brazo derecho en sentido
negativo diciendo con voz entrecortada
~~no soy digno~~ por la emocion "non
sum dignus"; pero llevado en brazos
abrazados y bendidos por tantos fieles, re-
corrio que en los primeros tiempos de la
iglesia los pueblos hacian asi la eleccion.

59
de sus prelados, y tuvo que renunciar a
a aceptar tan elevado cargo eclesiás-
tico, ya que nadie había por entonces
que pudiera ejercerlo.

La ciudad entera ardia en publi-
cas demostraciones; colgaron de los
edificios con blancos paños rojos en
que se bordaba la cruz cristiana; re-
sonaron las campanas de todos los
templos; vivas en verdece colores, salían
de todos los pechos enardecidos;
las damas cristianas en numerosas
falanges se agrupaban en torno del
nuevo príncipe de la iglesia anodi-
nándose y besando sus vestiduras,
y él pálido como un muerto, todavía
sin mitra, sin báculo, y sin anillo,
bendecía a todos; pareciera que con
ella mano hémula lanzaba pro-
fundo de las multitudes el flujo divi-
no que las estremecía.

Vió en caridad que no le
ofenderan mitra bordada con pie-
dras preciosas, que se vendieran y
destinaran al fondo común de los
pobres, que el báculo fuera un caba-
llo de pastor, que el anillo fuera de
hierro, y concluyera en la cabeza de un
clavo como los de brisa; y que el
peitoral colgado de un cordón con-
sistiera en una cruz de madera;
pues así fue el leño del Salvador.

①1.357.401

Todo el mundo maravillado de tanta humildad lo apreciaba. La fiesta duró hasta el alarde, con que el nuevo Obispo retiróse a su humilde vivienda de la torre.

Los señores, damas, caballeros fueronse, alegres u satisfechos los unos a sus pequeñas casas, los otros a sus palacios. Todos rebotaban alegría; solamente en la oscura luz del crepúsculo ante el altar de la peñisima de alabastro habia una mujer con el manto descenido tendido en los marmoles del pavimento y desmayada. Era Cecilia.

Fin del capítulo VIII

Citas en latín a comprobar

Canticum notum ante sedem -

Alterum angelum volentem habentem Evangelium
aeternum et evangelizant redemptis.

Exiit Dominus quia venit hora iudicii eius et ado-
rate eum qui fecit celum et terram, mare et fontes
aquarum.

Et cum te percutit in maxilla prope et alteram
(evangelio de t. Lucas.)

Capítulo VIII

El demonio mudo

Cuando recogieron a Belio, y la llevaron a su vivienda, aun líbida y desvanecida, poco a poco se repuso y sentaronla en un silloncillo al lado de su reclinatorio, donde, ante un busto pequeño y una imagen de la Purísima, acostumbraba a rezar sus oraciones.

Estaba densamente pálida, y sus dos largas trenzas aureas, rodadas por delante de su pecho hasta su falda, formando un marco de oro a su enez roja.

La noche se abrió mucho, y quiso volar a saber lo que le había pasado, la causa de su desvanecimiento, y de la vergüenza que aún le duraba; pero allí nada dijo; si no rezando ante el altar de la Virgen de alabastro del transepto, había perdido la virginidad y el sentido.

La mujer acostumbrada, desde niña, a disimular sus sentimientos, poca veces reveló lo que para su corazón. Empeñadas intimas le conmueven, pasiones increíbles la atormentan, inclinaciones abrutidas les descarrian en ocasiones inesperadas, o ante sutiles sucesos.

pensamientos, y la que todo esto
siente, se esfuerza en aparecer serena
y aún lo consigue ocultando el esta-
do de su ~~alma~~ ánimo.

¿Fue la alegría, el ver elevado
al solio apostólico al diácono, lo
que le hizo caer de repente sobre el
parimento, ¿fue la tristeza de ha-
llarse alejada más aún de aquel
a quien debía su salvación, y la
purificación de su alma? ni ella
lo dijo, ni fue posible saberlo con
certeza; pero más bien debió ser esto
último, que aunque recluida belia
de sus pasadas culpas, consagraba
a una vida de virtud y de peniten-
cia, ella pudo sentir, como mu-
chos santos sintieron dentro de su co-
razón, tentaciones de lo que llamaba
el Evangelio, el diablo malo.

Belia había traído al diácono en
unos de sus mas bellas oraciones sa-
gradas hablar de este maleficio expi-
ritu, que no está rodeándonos ni
persecuándonos desde fuera, sino que
tiene nuestro propio corazón por ro-
ñada.

Era él quien le infundía porio-
nos culpables, quien le inclinaba al
mal y al pecado, quien le ~~regu-
saba~~ presentando la fruta prohibida
como hermosa y azucarada, para que

61/ le cortase. El Solio, oia sentir bajo
su pecho aún las reducciones de aquel
miserable espíritu, que se encerraba como
en un ~~caja~~ en su corazón.

Queria desbochar aquellas tentaciones
malas que venian ~~envenenadas~~ me-
zcladas con los recuerdos de la primera ope-
ración del clisón en el cinecen, de
los golpes dados ~~en~~ su pecho, y de los
escenas de la sacristia. Queria olvidar
todo esto, y que su memoria partiera
solo de su vuelta à la fe, à la piedad,
y à la virtud cristiana; pero le era
imposible tocar un eslabón de la ca-
dena, sin que se moviera todos los otros
en su espíritu, y le renovase aquellos
recuerdos que intentaba desbochar.
È seria posible que su conversión se
debiera à una sugestión personal del
Sacerdote, à una pasión sentida por él,
aunque entrasen à formar parte de
ella la misma virtud, fervor del
Apostolado, el nimbo de buena obra que
le rodeaba por las grandezas de
su alma? Si se decía secretamente
"Solio, yo soy de Dios, por que Dios me
crea Dios y me mata en un suspiro. A
pesar de mi conversión, sigo en pecado?"

la congoja que sentí al verte cado-
mado por el pueblo, que me llevó
al pie de la Inmaculada, más de
ser estrañe a lojaba, de mi a que ser
amado, por esto corrí a pedir auxilio
a la virgen contra ^{de} mí misma; y
allí quedé acudida y hubiera querido
quedar muerta.

Desarajando su momento a las
ideas celias, hallábase acitada en su
silloncillo como si un temblor por-
vioso hubiera sucedido a su espasmos;
y dos hilos de lágrimas cian de sus
ojos por sus mejillas, sin que se ma-
do comprendiere el motivo de aquel
llanto.

En otros tiempos cuando la mu-
jer arropentida estaba aún dentro de
su pecho aquel demonio mudo que
el predicador con una franqueza
convicta en el deseo, buscaba a pe-
sura defenderse de una nueva caída.
en aquellos ariles de piedad y oración
llamados conventos, cuya de los rojas
de resguardaban; allí con ayunos,
abstenciones, mortificaciones, renuncia a la
carne indómita y procuraba arrojarse
de sí aquel demonio tentador. Pero
los embates de los siglos de impiedad
y desecimiento, los que habían desman-
delados los templos, quemados los
catedrales, y dejado las imágenes sin

62/
culto, los cristos sin fieles, y las aras
sin sacerdotes, habian tambien a-
menidades de sus convertidos á las
sierras del Senor; y convertidos ~~en~~
estos en almacenes, ó cuarteles de
100 y 1000 almas.

¿Dónde ir pues, á buscar un refugio
que no se habia reconstituido aun
en Medina Ulmaria, por que otras
urgencias de la propaganda de
la doctrina y de caridad habian
reclamado la atencion del diácono
y sus proselitos?

El dia propendia al bien de los
crisios la reconstitucion de aquellos
campes y cristos, y seria la primera
en ocupar las celdas en ellos, para
concurrir a la completa salud
de sus almas con el acogimiento y
la correccion. Mas por ventura ¿seria

X este el proposito que el se pro-
curar la salvacion de los demas con
la eficacia de su propaganda cristia-
na con la practica de las obras
de misericordia, que ninguna se
refiere a la propia persona de quien
se ofrece si no a sus demas her-
manos en Cristo?

¿Desertaría ella de esta gestión tan preciosa en los nuevos tiempos para encerrarse en sí misma y cuidar de sí tan solo como aquel poeta romano que para su propia salvación arrojó la espada y huyó en la batalla de Tiliquest?

No, no le parecía solo un medio adecuado a la situación de sí misma, y de sus demás compañeras; de aquella falange cristiana que había conseguido formar en auxilio de las otras milicias, que llevaban como ellas la cruz en el pecho. La mejor era proseguir su campaña; avanzar en sus frentes como cuentan de un monje y sacro rosario, a todas las mujeres de Aquilino Almonia, yendo en busca de todas las de fe perdida, o dudosa; las de conciencias muertas o atañadas, las caídas que necesitaban auxilio protector, y de aquellas que en el fondo de los mayores antros del pecado debían oír los golpes del diácono que ella daría por el, a las puertas de sus corazones.

Además encerrándose tras la reja de un claustro o tendría la seguridad de que si quedaba fuera el testimonio mudo del que procuraba apartarse, o no lo llevaba dentro de sí misma, y lo introduciría en el convento con sigilo propio, siendo motivo de contaminación

63/ de las que no se tuviere hospedado
en su casa. El diacono habia aconse-
jado en su sermón contra el diablo
mudo, la oración mental, el rezo, la
penitencia, austeridad; pero ~~habia~~ dicho
también que la fe sin las obras no era
bastante para salvarnos, y que eran
aquellas oraciones y penitencias sino
manifestaciones de fe individual, y
no los actos de caridad para el pro-
jimo? Estia resuelto que narrar
vero brevemente sobre este problema, y que
sin revelar la causa de haberse lo
plantado en su mente, consultaría
al prelado su mejor solución y a
ella ajustaría su conducta; pero te-
nias miedo, no fuera que el demonio
mudo se despertase más, y se in-
clinara más fuertemente al pecado
aunque fuese solo de pensamiento.
El accidente ocurrido en la ca-
tedral y la indisposición de la her-
mana ya ya admirada.olia, ocasiono
la visita a sus morada de muchas
compañeras de aquella salame-
nizadora. Los innumerables
devotos de aquella causa y entre
ellos de los condes ^{Mendoza} ~~de~~.

En la entrevista con Belia fue como con un
ti. Estaba ella muy ajena de esperar, cuando a pararon y se arrojaron a sus
pies como a los de una Santa. Ella
debil aún alzarse y llevando a la condesa
y al conde ~~est~~ fuchándose en los brazos
de aquella que la estrecho fuertemente.
"Hija mía, dijo el conde, sientate, re-
rénate y no veas en nosotros más que
dos devotos hijos de cuya salvación es
la causa. Hemos sabido que te halla-
bas enferma, nuestro nuevo credo nos
manda visitar a los enfermos; pero
aunque nada nos diferencia de ellos, habie-
ramos querido también, por que creía-
bamos conocer a la santa joven a
quien debe la ciudad tantas conversio-
nes.

Por Dios señor conde, exclamó Belia con
palabras temblorosas de emoción. Yo
no soy nada, yo nada hice por mi
misma, soy polvo de la tierra llena-
do por el rapido de Dios y donde el
quiere que vaya.

Mi hijo ~~te~~ divino dijo el conde
poniendo a Belia en ~~un~~ ^{en} sus brazos.
"Nosotros te hemos comprendido des-
pués. Hija mía si tu sientes en
tu corazón algo del inmenso amor
que al te profesa, ven a nosotros que
seremos para ti otros padres amantes.
Belia se cubrió el rostro con ambas
manos para ocultar mejor el estado
de su alma, y cerrar los ojos que se le
inundaban de rocío del cielo.

64
1
Cuando señor conde, respondió: yo he
sido una gran cosa pecadora, y ahora
estoy contrita a las obras que han
de redimirme. Estoy perdonada por
la misericordia del sacramento, y
de la penitencia; pero sujeta todavía
al juicio eterno de Dios. De nada
soy digna. Mi vida debe terminar
lejos de las realidades del mundo, en
las colinas de un claustro, que se le-
vanta para mí y mis hermanas; o
rota alguna pena rayada de Sion
donde concluya mi penitencia. Por
estos quedaron perplejas ante estas
palabras, y sin insistir más proclama-
ron todas voces de consuelo a la volu-
vina. Felia, que al rayo del sol ponien-
te que volía acorciarse por la venta-
na de la torre, estaba más hermosa
que nunca, con su palidez de azucena.

Praxideo, se hallaba ausente
con otros catecúmenos, ocupado en pro-
pagar la fe a los pueblos comarcanos;
y por ello no supo el suceso ni asistió
con sus padres a aquella visita.

El día como recién elegido Obispo, si-
acudió prurioso a enterarse de la salud
de aquella a quien llevaba el nom-
bramiento de diaconisa, como lo eran las
santas mujeres de los tiempos evan-
gelicos.

Felia, repudiando la conmoción de
su alma, agradeció la visita, y quiso

declinar el honor del cargo que
se le otorgaba; pero Dionisio lo
explicó que era cargo de estrechos de
brazos, de trabajos constantes, de luchas
y sacrificios / por la fe de Cristo, "la
vaca de marino, cuando se ofrecía
la venación de dar por él la sangre y
la vida,

La diaconisa aceptó entonces;
y no le pareció ya necesario consultar
la resolución del problema que su men-
te se había propuesto; por que elegida
estaba, ya para combatir, y no para res-
tituirse de las luchas a una fataleza de
dobles rejas.

Cuando en toda la entrevista estuvo calla-
do con los ojos cerrados, cayéndole desde lo
fronteras sus rizadas pestañas doradas.

En vez, quiero así poner un
antemural entre él y lo imposible. Si
un pintor hubiera tomado con sus
colores la figura de aquella mujer ha-
sugurada por la fe, con aquellos vestes
blancas sujetos con un ángulo, y
aquellos cabellos caídos por delante
en longas casi deshechas, y aquella roja
cruz sobre el pecho, en pie, y con los ojos
bajos habría hablado al tiempo la
más hermosa de las pinturas, como
Muriello y Rafael no acertaron ha hacer
la forma.

El nuevo Virrey con clámide morada
atada con guion color de la cinta

65
del que pendía un limos nero, con el
bordón del peregrino en la mano, el
peitoral de madera pendiente de un
cordón, y los catellos que larga melena rija
le caían sobre los hombros, semejaba aquel
extraordinario nazareno descrito por el
judío Flavio Josefo, que no ha dado lu-
gar a duda, dice lo que quisea el emper-
ador Trajano, sobre la existencia real del sal-
vador del mundo.

Se despertaron todos, se hizo la noche, la
anciana madre de Belia dormitaba en un
ricon, después de rezar su último pasto-
muerto, y la diáconisa arrodillada en
un inclinación con las manos cruzadas,
ante el altar donde estaba el busto y
la Virgen, á los que daban luz dos ve-
las de cera, inclinada la cabeza sobre
el pecho, consagró a la ~~for~~ oración
largas horas, mientras el resplandor de
los cirios parecía rodear aquella cabeza
de oro de un nimbo irisado de glorias.

Capítulo V^o IV - 9 -

Los cruzados

En la llamada Edad media, surgió en la cristiandad la idea de reconquistar las tierras santas en que se hallaba el sepulcro del Salvador. A la voz de Pedro el ~~Barbado~~ Barba Negro y de otros fervorosos creyentes en Cristo, las gentes se levantaron en oleadas, los señores abandonaron los palacios, seguidos de sus mesnaderos, y unas y otras buques las naves cargadas de valerosos creyentes transportaron a la Palestina, inmensos ejércitos que al principio lograron sus propósitos, fundado allí ~~el~~ el reino de Godofredo de Buylón; pero que acabó hundiéndose al empuje de Saladino.

El Obispo Dionisio habló de este gran movimiento cristiano en el primer sermón de sus sermones pontificales; evocó aquel fervor poderosísimo que estremeció a la tierra entera; pero tanto en estas cruzadas como aquella, contra los albigenses, fue un mal propio de sus tiempos y de aquellos estados sociales, el derramamiento a rios de sangre humana.

86/ No, ni de moros ni de cristianos dis-
cidentes, debia de verteerse una gota de san-
gre siquiera, en una obra religiosa, por
muy grande que fuese.

Aquellos cruzados, no debieron llevar
la espada en una mano ~~la espada~~ y
en la otra el Evangelio para sus con-
quistas; si no el Evangelio solamente; y
mas que ejercito de soldados, debieron
desfilarse por todas partes catequis-
tas y misioneros.

Las conquistas asi habrian sido tardias
pero duraderas; muchos habrian vertido
su sangre propia como los martires
pero de esta gota habia sucido un
nuevo propagandista. Era mejor dar
la vida propia por la fe, ~~que~~ que no
por la fe arrancar la vida de los demas.

Asi el Pablo llevo la luz del Evangelio
a muchos reinos de la tierra, convirtió
a los gentiles con su palabra y con sus
epistolas, y se murió sacrificado, pudo ir
hasta el trono de Dios y recibir la corona
de su gloria sin llevar las manos mancha-
das de sangre.

Eso queria el Emperador Niceno, era pedir
al pueblo que llenaba la catedral, las pla-
zas, y las calles de Molino, Almaria, que
aquella ~~luz~~ cruz puesta sobre sus cristianos

pechos fueren la de una nueva cruzada,
para conquistar no solo las tierras
santas, sino todas las tierras del mundo,
todas las ciudades y todos los reinos; ex-
tendiéndose las feroces legiones
por todas partes; pero sin efundar con-
sola el nombre de Cristo en los latidos, y
la promesa de salvacion para los pros-
critos.

Y un clamoroso viva dado por el pueblo
todo, resonó en la torre de la catedral;
y en todos los ámbitos de la ciudad, y a cris-
tianizada.

Se organizaron legiones apostólicas de
misioneros, y de damas catequizadoras,
al frente de las cuales iban ya fortalecidas
por la oracion las diaconisas, solas.

El Obispo Dionisio lo había organizado
todo, habiendo nombrado entre los mas pia-
drosos y versados en teología, cuanto muchos
obisados ^{y sacerdotes}, para que ejerciera con aquellos
falange su ministerio espiritual los
cenos, y los otros predicaran en los
quilpletos de los templos ya restaurados
la nueva cruzada universal.

El mismo Dionisio iba con
su santo pectoral y su bordón de
peregrino, de pueblo en pueblo, y al-
corchó en corchó, predicando el Evangelio,
llamando a la verdad divina a
todos los hombres, y muriendo si era

preciso por su redencion como fiel discipulo de Cristo, sabiendo que su sacrificio habria de ser secundo.

Nada de fundar reinos a la Godofredo, ni de librar batallas con los saladiños de la nueva era.

Adelantarse, aconsejarse, abrir sus ojos a la luz de la verdad y sus conciencias dormidas a los sentimientos cristianos; ~~en~~ ^{en} ganando así las almas y las vidas para el verdadero reino de Dios.

¿Que ~~son~~ ^{uno} ~~los~~ miserables insectos que no venen por la propagacion del número y la tenacidad del instinto? Los más formidables seres que al hombre mismo en ocasiones ~~de~~ las mosquitos de la langosta, débiles insignificante surgen aca y alla de sus agujeros en pequeños grupos, se juntan y marchan en cordones. Trabajosamente por las tierras incultas, forman luego manchas que caminan hacia los campos, rebatan todas las barreras que se les oponen, rellenan con sus propios cuerpos las zanjas con que el hombre quiere cortarles el paso, y siguen avanzando, crecen y se multiplican y se enseñorean de los sembrados, y de los huertos, y hacen retroceder rendido al labrador impotente, para contrarrestarle: hasta que levantan el

vuelo y van á conseguir otros triunfos
en nuevas comarcas. Si eso hace este
morquito miserable ¿qui no ha de
hacer el hombre unido al hombre ~~en~~
~~de abstracción~~ cuando la razón y la fe
le llevan al proselitismo, a la lucha
pacífica pero tenaz, nó en pro del
mal y de la destitución, sino del
bien y de sus grandes obras?

El Obispo Antonio apareció solo, inerme
como el lo queva en pueblos y
ciudades aún no cristianizadas. A
su presencia, las gentes creyeron que
había descendido del cielo el apóstol
- S. Pedro.

Enfermos y niños, ilíquidos y pobres,
fueron tras él como en los tiempos
antiguos.

Su palabra suave y enternecedora
abrió las puertas de los corazones en-
durecidos, sus obras misericordiosas le
granjeaban todas las voluntades, y la
flor roja de la cruz surgió por todas
partes, formando nuevas falanges de
luchadores inermes.

Los Príncipes y los Reyes llamaron a
sus palacios al nuevo Apóstol, y acabaron
por arrodillarse a sus pies como el
conde ~~manacato~~ ^{Manacato}.

No era un triunfo muy ^x febre en todo
aquellos la eficacia de la gracia divina
y el triunfo de Cristo combatiendo y el-
fudado durante tantas centurias.

Uguedaban a estas explosiones religiosas
la necesidad sentida de una fe,
y el mismo diferentismo que ensenar
mucho del mundo habia derrumbado
todas las sectas y todas las religiones.

No, ya no habia albigenses que comba-
tir, ni herejes que quemar, ni templos
masónicos, ni sinagogas judias, ni
capillas luteranas, ni ideo los budistas,
ni Ahecos ni califas; ni siquiera may
quitar dedicadas al culto de ~~los~~

x El mismo foio de reunir no ha-
bia encontrado ni cismáticos de
oriente ni jupes ni conelastas. To-
do lo habia pulverizado al pison
nivelados del desceirnio. Los hom-
bres se habian llenado de ciencia y de
poder; pero sus cerebros y sus concien-
cias se hallaban vacios de religion y
moral; y cuando una tierra esta in-
culto por mucho tiempo ^q llega un
nuevo colonizador que la descubre
y la tiembra, la cosecha es segura y es
firme.

Un necedid con la talor del Obispo
Dionisio y sus solanges de cruzados.

Por todas partes ya reinaba el establo de
semillas cristianas fructificaron Eu-
ropa y America se poblaron de pie-
des y se reedificaron los templos y ^{Episcopos}
se nombraron por aclamacion ~~de~~
~~renew~~ y renovo su voz en los pulpitos
y se reanularon las misas interrum-
pidas, y se administraron los sacra-
mentos olvidados, y el agua del bau-
tismo conio para todos, incluso has-
ta los reyes que doblaron su cabe-
za ~~por su redencion como fides~~
~~discipulos de barto requies que su~~
~~sacrificio tendria que ser fecundo.~~
ante la fela marmosion de aquellas
linfas del Jordani, y que pusieron co-
mo antes lo cruz rohe sus coronas
reales. El Obispo Dionisio que no
solo hacia un personal propagan-
da, sino que escribia a epistolos a
los pueblos que no podia visitar,
o a quienes preparaba para su visita,
como S. Pablo a los ^{los} efesios a corintios X
y a los romanos creyo tambien de
su deber disipar a ~~los~~ ^{los} filosofos y
sabios ^{renuentes} ~~renuentes~~.

Hasta entonces habian admi-
rado su fervor y su piedad religiosa.
Despues se vio el profundo saber
de aquel ~~sebo~~ ^{sebo} de Alejandria.
Elemente

69/ En mis epístolas reboso la alta filosofía y la ilustración científica de Dios. mismo que había compartido con estos estudios los de un *theologia dogmática*. Muchos de aquellos sabios y teólogos monacamente escépticos, vacilaron, concluyendo por abrazar la religión cristiana; los que quedaron sin convertirse fue una escueta minoría, que no tuvo influencia ninguna sobre la masa general. Lo que en su vida había tenido resultados maravillosos, lo tiene entero. había sido conquistado para la fe; y en cada gran comunidad había sido nombrado Obispos por aclamación general, como fue electo Dios mismo: y todos ellos adoptaron igualmente signos de humildad evangélica, no teniendo dos lunetas ni los pares de sandalias; y viviendo de la caridad de los fieles, repartiéndolo al frente a los pobres, y construyéndolo con las limosnas de los que daban sus bienes a los pobres granulos, arillos, hospitalales, escuelas, comedores, á donde se daban a los ^{indigentes} ~~pobres~~ alimento y a su vez, lugares de oración en que confortar los espíritus.

— Cuando todo ello estaba bajo orga-
nizado bajo la proteccion de los reyes,
y de los gobernantes, surgió la idea
de celebrar un gran concilio ecumeni-
co. Todos los obispos de la cris-
tíandad acudirían bajo las bue-
das de la gran Basílica de S. Pedro,
donde había lugar para 80.000 espec-
tadores, y en ese concilio se dictarían
las nuevas leyes de la disciplina
eclesiástica, y se haría el nombra-
miento de pontífice.

El jubilo fue enorme en todas
las naciones; y mejor bien elegida
la sagrada Roma para celebrar
aquella gran asamblea de pastores
de la iglesia. La misma Italia
palpitó de entusiasmo, olvidando
las antiguas discusiones por el poder
temporal de sus papas.

El Obispo Dionisio satisfecho de
su gran obra regresó a Medina Alma-
rida; y recibió hospedaje en el palacio
del conde ~~Benavente~~ ^{Benavente} quien no con-
sintió en modo alguno siquiera ha-
bitando en la lóbrega y humeda
vivienda del piro bajo de la torre;
pero no se hizo esta sin que el conde
asegurase al Obispo que el palacio
había sido dividido en tres partes con
entradas distintas una para aloja-

miento de pobres, y otra muy modesta para el alojamiento de los curules y su hijo; y cho. algo mas amplia para el obispo que no permitio que en ella hubiere muebles de lujo, alfombras ni tapices; sino un modestísimo apar con una cama, un reclinatorio, un Cristo, y una amplia sala de audiencias, y un gabinete de trabajo.

Retiro pues Dionisio del piso bajo de la torre sus pocos libros dejando a la madre de Belia los muebles que alli habia; y cuando laolia coniro bajo a esa vivienda y la encontro desolada, sollozó amargamente como si para ella hubiera muerto alli una persona querida.

Cap

Capítulo X- 10-

! Popom habemus !

Roma, la ciudad eterna, como la llamaban los que conpendaban la eternidad en unos cuantos siglos, a pesar de los muchos otros transcurridos en que desapareció la fe de los pueblos, seguía en pie con todas sus riquezas y reliquias históricas, conservadas como un monumento de edades ~~pasadas~~ pasadas. Aunque desiertas, su Basílica de S. Pedro y sus iglesias, todas, y vacio su palacio del Vaticano.

La renovación cristiana que se operó en el mundo conmovió principalmente a la ciudad de los pontífices, cuya muchedumbre anunció ya verdo en la sede Apostólica, restaurando la capitalidad del Orbe cristiano, y devolviéndolo a la ciudad toda su influencia y todos sus adeptos.

El anuncio de la congregación de un gran concilio que se celebraría en la iglesia de S. Petrópolis que concurrirían todos los obispos del mundo, produjo un delirante entusiasmo, y el rey de Italia, (por que todavía había Reyes entre los hombres que parece oblegarse por instinto a la monarquía como las abejas y no al anarquismo armónico de las hormigas) fue el primer

711/ entusiasta considerando el puesto pre-
ferente que ocupaba su reino, convertido
en centro de la cristiandad. El hubiera
realizado de buena cuenta el poder tempo-
ral a los nuevos papas, como los pipinos
de otro siglo, si con ello hubiera asegurado
que Roma requiriera siendo la metrópoli
del mundo cristiano; entonces mas en-
ranchados que antes por que abarcaba
a todas las gentes, destruyéndolos como habían
quedado los jaismas, las confesiones hebrei-
cas, protestantes, y aún las religiones
hindúas y mahometanas que con sus
budas, confucios y mahomas habían
parado a recios muertos, cual ~~hale~~
los dioses paganos de la antigüedad.

Pero los tiempos habían cambiado
muchos y ya no era preciso el poder tem-
poral al papado ni ~~en~~ ^{por} las terribles
excomuniones del ~~Medioevo~~ ^{por} para
que dominase el papado sobre pueblos y Reyes.
Roma tenía que ofrecer más que
sus territorios, sus Basílicas y sus pala-
cios, fundamentos éticos y espirituales
para que el nuevo Papa afirmara sobre
ello su poder; pues ante el rigor evan-
géllico de la pobreza, de los ministros
del Señor, las fastuosidades no eran lo
atrayente, ni la pompa lo obligado.
No tardaron en llegar de todos los
puntos del globo, los olímpicos que tenían

que celebran el grandioso concilio.

Venian con vestiduras humildes, es-
trepeadas sandalias, pectorales de
madera negra, como la cruz del sal-
vador, con hábitos de anciano pastor,
y sostenidos con la caridad pública
que aun les parecia munificente.

Ante las riquezas vaticanistas que
daban suspenso, y aunque comprendian
y disculpaban que los reyes hubiesen acumu-
lados alli tantas riquezas y tesoros,
no se sentian inclinados a recibirlos
prefiriendo la sencillez de los prime-
ros tiempos cristianos de los evan-
gelistas y de los ~~evangelistas~~ apóstoles
que sin tales medios habian consegui-
do derribar los falsos dioses de Gre-
cia y de Roma, vencer con la ~~piedad~~^{caridad}
las persecuciones sanguinarias de
los emperadores, y evangelizar a todos
los pueblos de la tierra.

El dia del gran concilio llegó
por fin, y las naves inmensas de la
Basílica, de S. Pedro apenas podian
sostener a la muchedumbre de
prelados allí reunidos. No habia
de todas las ciudades de la tierra, de
todas las razas, y aun puede decirse
que de todos los colores de todo el
albo y rubio de la Europa del Norte
a los negros inteligentes de la Abisinia;

desde los rojos del centro de América, a los amarillos y tristes del Japón; de la cuna donde los numerosos de la raza caucásica, de la gran raza blanca, pre-
fenda por Dios para formar un pueblo
elegido; para inspirar a sus profetas,
para escoger a la Virgen de Nazaret, de
que había de nacer el Redentor de los
hombres.

Presidió el Obispo más anciano y
dijo que la elección había de hacerse por
inspiración divina; nada de cabildos
ni componendas, nada de candida-
turas artificiosas, ni de cambios de
votos, ni cohechos de voluntades;
una sola voz que saliere de todos
~~los~~ labios brotando de todos los cora-
zones y ante un momento de oración
mental pidiendo la luz y el favor
del Altísimo.

Silencio solemne siguió a estas
palabras, luego las miles de voces de
los prelados pronunciaron uniso-
nas un nombre; Papa Dionisio. El
presidente repitió: ~~Papa~~ Papa Dionisio!
Dios lo quiere. Y Dionisio cayó des-
mayado, teniendo que auxiliar muchos
a él y reanimarle. Por todos los ámbitos
de Roma, corrió enseguida la noticia
de Papa Dionisio; el Obispo de Medina
Almaria, y él se revestido ya de sus
ornamentos salió a la puerta de la

Barilica y bendijo al inmenso pueblo que estaba de rodillas.

Después se retiró, tomó posesión de un alto ministerio; y por el, continuó el concilio sus tareas.

Habia que recoger del naufragio de la iglesia cristiana los dos ramos de verdades y recapitularlos; había que reformar las disciplinas conformes a las nuevas exigencias de los tiempos, había que determinar cuál sería el lugar de la nueva Sede Apostólica.

Todos los dogmas fueron, reiterados y proclamados por unanimidad de aclamación; también y en todas las iglesias de las cinco partes del mundo sellaron una misma fe desapareciendo diferencias y distingos.

Cuando fue proclamado el símbolo del concilio de Nicea, los Obispos arrodillados rezaron el credo en voz alta voz que retió y repercutió en las bóvedas y pareció animar a los santos de las capillas, y a las pinturas rafaélicas.

Momento emocionante también fue el de la proclamación unánime de un dogma de la pureza de María. Los prelados cayeron de rodillas sonaron las campanillas de plata de los altares, como tocadas por ángeles invisibles, estallaron los

organos en un himno magnífico;
y en la Capilla Sixtina los coros
de cánticos, entonaron una salve
compuesta por el primer maestro de
aquel siglo con letra de un más gran
poeta que empezaba "Salve Maria
Virgen pura de los cielos &c."

Parada la intensa emoción acordóse
conceder a su santidad el nombre de
Pío X que había ~~por~~ elegido, y que estaría
encomendados a su alta sabiduría
la ratificación o modificaciones de
la disciplina, y la liturgia, y la elec-
ción de ciudad para sede pontifi-
cal.

Levantada la sesión del gran concilio, el Papa recibió a numerosas comi-
siones de peregrinos que de todas par-
tes fueron a rendirle homenaje.

Entre ella estaba la falange de Dia-
conisas de Medina Almaria, al frente
de la cual iba Belia.

Esta con nombre de todas, pronunció
salubres palabras de gratitud al
Cielo por aquella designación, de ado-
ración y sumisión; y se arrodilló ante
el y besó sus sandalias.

Todas las peregrinas entonaban cánticos
de júbilo y el Papa le daba su ben-
dición muy conmovido.

Apenas acabadas estas ceremonias
y audiencias, incluso el grandioso
teómeno de acción de gracias. Pío
XX se retiró a orar primero y a me-
ditar despues sobre sus altos deberes.

En la disciplina poco pero im-
portante lucia que corregir.

Habia que establecer el voto de
sobriedad de los sacerdotes, las clases de
autoridades, ~~campos~~ los templos y la de
graduacion inmediata de los insig-
nos, habia que restaurar los anti-
guos conventos, no para hacerlo solo
refugio de almas atribuladas y
llamada por Dios a era vocacion
ascetica, sino para que fuesen tam-
bien lugares de estudios, como cuan-
do los frailes del convento de Ales
se dedicaban a buscar y copiar los
libros de la antigua edad eldrica,
y S. Bonifacio de Aquino fundaba su
escuela filosofica y teologica. Los
monjes sentian la obligacion de
hacerse sabios para discutir y vencer
a los sabios sabios del mundo; las
religiosas, lo de adoctrinar y educar
a las niñas y jóvenes para poder
cumplir sus deberes, como hijas,
esposas, y madres. Era aca de
salvacion del espiritu, lo serian no
solo para las que en ellas entrasen
si no para los de fuera con
lo que estaban ligadas por vinculos
de caridad. Ganado el cielo no era

74/
in volando hacia arriba, cortando
las apuntes con el mundo si no
respirándola y arrastrando también
conigo a la tierra pesadora).

La institución de las diaconisas de
los primitivos tiempos cristianos
subsistiera, por que estas piadosas mu-
jeres podían llegar más cerca del
corazón femenino, ^y ~~no~~ ^{aun} hablar a los
hombres con mas ~~facilidad~~ ^{facilidad} ventidada
permanencia.

Las practicas religiosas, debian poner-
se en armonia con las creencias de
la hiebre. Y el torso rayal sobre la
piel / del Hermitaño / de las reclusas
ni el cuerpo abandonado de las
limpietas de las termas; ni el agua
benedicta enterrada en los tristes
motes fcos de infeccion para las
gentes piadosas si no corrientes y pa-
ras como la del Jordán.

Ah las iglesias habian que saneaban,
ventilándolas y abriendolas al ambiente
y a la luz. Nada de ventanillas cer-
radas, ni puertas estrechas, ni de obscu-
ridad, buscando un misterio material
que no era monasterio en el recinto de los
misterios divinos. Muchos edificios nume-
rosas puertas y ventanas laterales con
todas las aberturas que la arquitectura gó-
tica quisiera admitir, los muros de
piedra y mármol, y las columnas que
sostenían la estructura seculares de construc-
cion reciente y no ~~mas antiguas~~
constituyen su tipo o sea de arte.

de las eubólicas.

Los ornamentos sagrados completos sin oro, ni pedrerías, para servir en los oficios divinos, como los que hacían de los catecúmenos como signo de curiosidad de curiosidad.

Los votos religiosos temporales los que eran renovables, ni perpetuos para que no se entendiérase que los que se hacían en un momento de arrebatamiento místico de efervescencia, renunciaban a su libertad, y se convertían en esclavos de sí mismo.

En cuanto a los cantos de los cánticos de los templos, nada de música profana, por muy bella que fuera; por que en vez de llevar los fieles a la oración se recordaban escenas o sucesos poco edificantes de óperas, de conciertos teatrales.

Allí fue afirmando Pío IX. algunas de sus ideas para su más próxima encíclica; y aparte dejó como muy presente la de los deberes caritativos de los ricos y los pobres, así que relacionando la obediencia que se hizo con tiempo contra el consejo de Luis XIV. para su efecto, ~~eliminando~~ que se despoja los ricos sus bienes, los pobres se hacían ellos pobres, y se convertían en ricos los donatarios quienes a su vez tendrían que hacer lo mismo con los pobres, estas mutaciones se resolvían en una indeclinable consecuencia, que los ricos

tendrían que participar de la pobreza de los pobres, y los ricos de la ~~riqueza~~ ^{riqueza} de los ricos, y que así se compactaran todos entre todos cristianamente, recordándose la miseria de los unos y las alturas de los otros.

Lo que le preocupó grandemente fue la elección de ciudad para sede Pontificia. Roma tenía alto mérito para continuar siendo tal. El marino de la Piedad y el Pólo, selló este pacto de alianza con ella.

Todo fue el apostolado de ella, por Jesucristo, como piedra fundamental, en Jerusalén, y en Roma se instauró en los cristianos alieron su tumba, y las mártires de ella en su sangre santificando la.

Por el Generalato de fue allí cerca del mar de Galilea, donde Cristo pronunció el "Ea est Petrus". No fueron aquellos lugares sede Pontificia, administrado por el Juan, los de la predicación de la Bienaventuranza, los de los milagros del Salvador, los de su Pasión y muerte, los que conservan su culto y su memoria, y están consagrados por los pasajes del Divino Maestro, resonando aún en los espacios sus santas palabras dichas a la Samaritana, y a la Magdalena.

Mientras tanto, lugares estuvieron en poder de los infieles. Roma que tuvo

que ser la única con derecho presunto
a la sede Apostólica.

Pero después cristianizó el mundo
todo, ¿cómo preferir que abandonara aquel
X suelo de la sacrosanta Biblia, cuando
dando a subalternos, e imposibilitando
el culto de sus recuerdos y la adoración
de sus recuerdos religiosos, Pío XX pensó
que existían además una razón al-
ta política para elegir a Jerusalén.

Roma, era la capital de Italia, con
un Rey, con un gobierno que lo regía.

El Pontífice, en su territorio, ¿tenía que
parecer un rival del Monarca, o
un prisionero de él como tantos re-

habían considerado X. Con poder tempo-
ral, merced a la soberanía, del Rey;
sin poder temporal, sólo tenía el lu-
gar inmune del Vaticano. Aquella

ciudad no podía jamás inter-
nacionalizarse. Jerusalén y su co-
muna si ya internacionalizada.

X Las autoridades de todos los reinos
estaban subordinadas al pontífice
pues para él se había hecho así.

Pío XX pues, apto por Jerusalén,
pero por no abandonar de las cir-

cundancias de Roma ni a sus gober-
nantes, salió en visita pontifi-
cal no acostumbrada, pero que él
quiso hacer, y se embarcó con sus

sumisiones para Palestinos para es-
tablecer en ella un pontificado, nom-
brando un Patriarca de Armenia, que los
representara en ella.

Y al vez fueron los primeros saltos
del gran pontifice. Fio X X.

- Capítulo XI - II

- En Tierra Santa -

Helia habia hecho una promesa por poder ahogar en su corazón al demonio malo, la de ir en peregrinacion a los santos lugares. Su madre habia muerto parados los primeros tiempos de su dolor, creyó llegar la ocasion de cumplir su voto, con algunos diaconos, felices y delicias. Se alzó subió para las tierras santas en devota peregrinacion; desembocaron en Gaffa, continuaron las corrientes rectas, halladas por tantas paros de severos ventos, y llegaron a Jerusalem la ciudad santa de los oráculos, destinos, principios, nacimiento del ultimo dia de la redencion. Habian pasado algunos años y muchas histojas por el alma de la diaconisa; pero no se habia manifestado su hermanura y hasta la más bella judia que la acompañaba peregrinando por aquellos sitios santificados por las huellas del Salvador, parábase a verla cuando resucitaba a algunas de aquellas mujeres bíblicas que dejaron a través de los siglos la estela de su fe.

Sus ojos brillaban olivinos, pero mas
serenos que antes; el papel de su rostro
consecraba sus puras lineas, pero reuel-
taba... mas placido mas evangélico
con el sello de la piedad y de la
unción religiosa; y ni una hebra de
pelata se mezclaba en las trenzas al-
oro de sus cabellos, siempre formando
marco a la sencillez puesta sobre
su pecho, signo de la nueva vestimen-
tación.

Habia Elio comenzado su peregrinación y sus ^{oraciones} ~~peregrinaciones~~ por la
gruta de Nazareth, despues recorrió las
riberas del Jordán y los lugares en
que se creyó el nacimiento de la mon-
taña en que Cristo creció sus do-
ces predicaciones de hombres; oró en el
Huerto de Getsemani; y ante los olivo-
s sagrados del monte Sion, que
aun parecen tener sus raíces en
aquellos tiempos en que Cristo unió
allí sus amarguras; y por todas partes
al encontrarse con las cosas los recuerdos
del hijo de Dios hasta el mismo Cal-
vario donde Elio pasó una noche
entera en oración, y sintió confortado
su espíritu, redimido sus antiguas
culpas, y purificado todo su ser
como el de Elías. Hacíasele
grande su sorpresa cuando
supo que el pueblo se preparaba a

recibir en Jerusalén al nuevo Pon-
tífice Pío X X, que iba á establecer
sede apostólica. Podía
volver á arrodillarse ante él, y
besar sus sandalias; como lo hizo
en Roma. El Pontífice antiguo
había esfumado para ella, el
ruido mudo último que se arose
en su corazón, había sido ahogado
definitivamente con la oración y
la penitencia. Pío X era para
ella una luminisfiguración de Cristo,
que había querido asentarse en
aquella ciudad de los crucificados
y crucificados de la redención, para
darle su bendición postrema tan-
to en los últimos momentos de
su vida mortal.

Pío X no quiso ser festejado ni
recibido con ~~palmas~~ y ~~hijos~~, re-
cordando la espina de estas demonstra-
ciones, y cuando pronto se tuercan
por las volutas del pueblo al
gusto de crucifijarse. X

Era un pastor que iba a apacentar
alli dispendiosas ovejas del redil cris-
tiano. Solo quería violadora fi en
aquel pueblo recién como tiello, que
el agua del Jordán enfere sobre todos,
y lavar las manchadas de pecado
original, y del delirio que como
monstruos los descendientes de
los antiguos fariseos, se priman

alo eu i con evio a Jesus, narrando su sacra da historia, su sacrificio, y su muerte alli donde il con una sola palabra hubiera podido exterminar a todos sus enemigos, y hundir en el polvo aquella ciudad insensata.

Y lo ~~XX~~ iba, alli a reverenciarla, de sus el culpas; a levantarla de un abatimiento de tantas siglos, y a fundar su Sede Apostolica entre aquellos buenos sacerdotes que mencionan las pagas fieles angulares del nuevo y grandioso ^{edificio} de la cristiandad. Plamaba a todos, repitiendo con S. Pablo non est iudeus nec grecus non est servus neque liber neque et masculus neque femina, vos unum estis in Christo.

X A los no hay ya judios ni griegos no hay niervos ni reñores no hay hombre ni mujer todo es vosotros sois uno en Cristo.

A esta invocacion, indieronse hasta los mas acobados, los que pudion pensar que el nuevo reino de Dios iba a estar en diferencias historicas de razas en aquella Palestina durante muchas centurias, sojuzgada por el islamismo, y antes por el judaismo, y los centurios romanos.

Al saber que todos eran unos
iguales y hermanos del Señor, el
Papa fue considerado también el
pastor de todos.

El Papa Adriano, fue internacio-
nalizado. En vano quisieron los justos
no cambios del tiempo anterior.
Dionisio, restablecer el reino de Dios;
reuniéndote, poniendo fin al castigo
de su desobediencia, y modificando el
templo salomónico contra lo pre-
dicho en la Sagrada Escritura, como
empeso fracasó completamente; a
pesar de las oraciones de los milio-
narios israelitas, y cuando se
supo en las Cancillerías, la decisión
del Pío XX de fijar la silla apostó-
lica en Jerusalén todos los Gobiernos
se pusieron al habla y sin está-
blecer poder temporal ninguno que
el Papa no necesitaba, ya, muchi-
simos delegados que administrasen
aquellos territorios de la Judea
que procurasen su restauración
y florecimiento; y estuviesen con-
tados en torno del Papa, como
representantes de las naciones
del mundo para sostenerle, defen-
derle y acatarse.

Estos delegados iniciaron su mis-
ión paralela al Papa, y a la
para la representación internacional,
y como había fracasado también.

La sociedad de las Naciones, que des-
pués de la gran guerra mundial
creara. Wilson en el siglo XX, para redi-
mir las discordias de los pueblos, los
nuevos embajadores perseguidos por el
Japón, formaron tallo tribunal que
había de codificar el derecho interna-
cional, privado y público, y mantener sin
x fusión de salvar la justicia de entre
los Estados más eficientemente que a-
quellos Estados, y que el Tribunal
de la Haya.

Había que establecer la paz perpe-
tua; y para eso a la fe religiosa que
los unificaba, vendida como auxiliar
al dicho razón escrita de las Nacio-
nes, como ya las clamaron los roma-
nos, y que como tal razón debía de
reinar sobre las pasiones, y los econos,
cuando el corazón humano o las
conveniencias de los Estados no se
reputaban a la voz espiritual del
pontífice.

! la paz perpetua; antes que Kant
la cantaba en sus salmos de gloria, la
bucana de los amos y de los cristia-
nos; pero hominibus bonum voluntate
¿por qué? ¿no había de establecerse
ahuyentando para siempre el rano vie-
to fantasma de la guerra que con-
tinuaba en la historia todas las páginas
de la historia?

La guerra era una gran revolución
ya solo la humanidad, un efecto
de la caída del hombre paradisíaco.
Desol. bien puesta los max. grandes
generales de los reinos, todo era
un encadenamiento de ~~facilidades~~ ^{facilidades}.

El macular del arno que bien escri-
mio contra su hermano, habia transfe-
rido en el cuchillo y el hacha de Silex
de los hombres de la edad de piedra,
en las armas de metal, y de las edades
del hierro, y del bronce, en las espadas
de los caballeros legionarios, en las ti-
zonas de los caballeros, en los arcabuces
y las lombardas, en los cañones Knap
Hochmiedes, en las ametralladoras
en los Benaventos, y los mauer, en
los acorazados, y en los aeroplanos
de combate, en las granadas de ma-
nos y los gases asfixiantes, y por fin
en el mortífero de los rayos violetas
con rayos llamados "rayos diabólicos".

Todo era la misma quijada hu-
ta empleada en el suicidio, todo
era infernal y diabólico como la
última manifestación de ella, todo
debía pronunciarse y encerrarse en
como que se llamara "museo de la bar-
barie" impidiéndose definitivamente
la lucha de los pueblos.

Para ello habia que destruir todas las
armas, arrasar todas sus fábricas
y depósitos, y dejar incógnita toda

los hombres de la tierra. Además
que las naciones firmasen solemnemente las paces perpetuas, manteniendo el estalupio de sus fronteras y territorios; que aquel tribunal presidido por el Pontífice dirimiera con laudo inapelable todas las discordias; y cuando algun pueblo no se sometiese a sus dictados y pretendieran guerrear, que tampoco se le rindiese á saqueo y fuerza; si no con un pacífico é inimpeturable bloqueo, y una especie de boy cõtage - que le haria ceder forzosamente.

Todo esto se inició por Pio IX, en las primeras sesiones que presidio de aquellos embajadores, ó delegados de los reinos, y de las repùblicas del mundo; y así se empezó á poner en practica y se sometió á la aprobación el plan de modificación del derecho y la nueva escritura que tenían que firmar los plenipotenciarios de los Estados.

Gran día fue aquel en que concurrieron ante el idio del pontífice en el templo del Santo Sepulcro de Jerusalem, y firmaron el acta de fraternidad, poniendo por testigo al Pío hombre, y haciendo la señal de la cruz por cima de cada firma;

y grandioso resultó el acto de
la solemne misa, en que ofició el
Papa mismo, del *Tantum*, y que repi-
lieron todas las iglesias de la ciudad,
todos los peregrinos llegados, y todos
las gentes afluídas por aquel histo-
rico suceso.

Entre las mujeres de la peregrina-
ción estaba la diaconisa Belia, que
con los ojos estáticos, creía ver descen-
der de los cielos, santos, Potestades
y Arcángeles, para asistir a la gran
obra.

Opórtose era eso más sublime y fecun-
do que un amor carnal que se
venciera al diablo, al principio lo
hubiera desviado de su santo mis-
sion, aquel deseno viviente de la
idea divina encarnada en Jio-
nisio, y aquellas transportes expe-
ritualísimas al verle en el roble pon-
tificial, dictándole sabias leyes á los
hombres, después de haberle reconse-
jado con santos encamientos que
misericordia y que abyecto encuentro
al demonio mudo que lo quiso des-
cubrir, y que por fin ahogó en su
pecho con oraciones y penitencias
acérrimas. Belia comprendió a la
Sta Magdalena regenerada por
Cristo, purificada por su sola palabra,
cayendo a sus pies para lavárselos

81/
con la adoracion religiosa: y se los veia
como humilde ruego con sus cabellos
¡oh! si visto hubiera, estandolo allí, ella
hubiera hecho lo mismo; y hubiera
muerto fervorosa a sus plantas.

Habría querido más, ser en cada mo-
mento supremo uno de aquellas mu-
jeres que adoraron a Cristo; la suma
citara, Maria Salome, cuantas le
rodearon y se unieron desde su cruce-
da en Jerusalen hasta su resurreccion.
¡Oh! si hubiera visto a Cristo en su
pasion y resurreccion! ¡Qué dicha haber
podido oír de su santa presencia y
de su palabra para verle después a la
derecha de su Padre celestial, y ser cla-
madas a los primeros lugares de su
Gloria.!

Embarazadas con tales visiones mis-
teriosas de la vida espiritualizarse, y
hacerse casi incorpóreas.

La faz se transparentaba la blan-
cura de sus manos y de sus pies dejaba
ver sus finas venas; era un alabastro
cristalino; pero se medido que el espíritu
se rebela a la materia y ésta queda
vencida, a veces tiende a escaparse de
su

caparazón, y se des-
vela. Luminosidad como un blanco lirio
de los valles, de Nazaret y sus devotas
amigas se entusiasmaban al verlo.

Su voz sin perder la dulzura de
siempre, tenía un timbre más agra-
do y melancólico y sus arrastres
ajustes azules parecían aversar su
alma tierna, pidiendo permiso
para volar.

Hna tardó el desfallimiento de
la diáconisa, alarmó a sus amigos
que la colocaron cuidadosamente en
un lecho, llamando a un médico:
este apenas la palpó, notó que su
vida se acababa por ir cesando po-
co a poco los latidos de su corazón.

Hubo que administrarle los sa-
cramentos, y al saberlo contagiado por
XX el mismo quiso ir a consolarla
y bajo palio, la pie, al son de argentas
campanas, ante el pueblo que se
acordillaba a su paso, y que suponía
iba a dar el Señor a algún rey
o príncipe moribundo, llegó a casa
de belia, entrando como cualquiera
otro ministro de Dios en su aposento.
Belia, hija mía, le dijo, ¿qué te pasa?
y como supiera por el médico que
no había tiempo que perder, la absol-
vió, y dio la comunión, que ella recibió
con alegría.

Gracias Santi Padres, murmuró con
voz baja, apática, inteligible: se dur-
mió para siempre sin afección,
sin desfigurarse su faz hermosa y

para como lo habia visto desde su conversión.

Pío IX que le habia dado su bendición apostólica, salió de la estancia vertiendo sollozosas lagrimas. Los amigos de Betia rompieron en llanto, rodeando su lecho, le amortajaron con un habito de la época de los colores, y le cubrieron de blancas rosas de los puertos de Estemani.

Al momento se supo la noticia del fallecimiento de la admirada y triste manera. El pueblo se agolpó en la puerta de su casa, y siguió al féretro al ser llevada a un lugar sagrado próximo a la ciudad. Allí la enterraron en un sepulcro con el flanco de las diaconisas sus amigas, de las mujeres de Jerusalen. Se halló en su tumba de rosales de Jerico y se colocó una lámpara de manual blanco con un nombre rotamente Betia diaconisa. En aquellos lugares de la rayada biblioteca, durante su cuerpo como los de las santas mujeres que acompañaron a Cristo. Su última voluntad fue que se le enterrara como la de ellas al inmortal ^{seguro} de que hablaba Fray Luis de Leon.

Pío IX anteponiendo a sus sentimientos la elevada misión que habia recibido de Dios del mundo cristiano entusiasmado se abra pacificadora y su nombre a la posteridad recordado de todo mundo de admiración.

En la plaza de la catedral de Medina Almaria, en que habia sido erigido el tronco que repre-

sentado al libro perruniento
se eleva otro con la gran figura de
Pio XX y en la esquina principal
de la Tiran en que tambien
estaba la estatua de una Bacante
se colocó rodeado de jardines sobre
un pedestal, la escultura de Blau-
co marmol fuero de la diacomira
Colia

Fui de la novela

~~Donde diga Hetaira pongas Hetaira~~
~~donde diga Gineceo pongas Gineceo~~

Advertencias

Donde diga el manuscrito Hetaira
debe ponerse Hetaira que era el nom-
bre de las cortesanas y galantes mujeres gri-
gas -

Gineceo. Se usa en la significacion
que tenía en tiempo de Vespasiano - Lugar
de manerio

~~Exemplo~~
Lo que queda del pasado.
Novela / por Antonio Llerena.

Don Casimiro era un señor que vivía solo y aburrido en su castillo de los Ucles.

No le había casado por no ligar su vida a una mujer, pues de joven amaba la libertad. Sin embargo nunca pudo decirse que fuera un libertino.

Si contrariar fue un fracaso; un fracaso que le daba su generosidad al abrir las manos a todo el mundo sin pensar en lo que se le escapaban. Muchas de esas personas que llegaban a arruinarse.

Precluso con sus ideas fue condescendiente y respetuoso; y tal vez por ello se le dijo obispo de los Ucles y fue las feministas.

Una vez cayó en sus redes una preciosa tórtola de diez y seis años. — Por Dios, le dijo ella, ¿quiere que le sea

viendo la república. — No me conoces, yo soy mejor que
focas las cosas buenas, la muerte ha sido propiamente con-
migo. — Dándole un beso en la frente la despidió pa-
sa al sueta de su sala mientras la joven lloraba en agrio
dolorimiento.

Esta vez tenía una novia hermosa y tentadora
como pocas. Él iba a caballo hacia la paraje a su an-
te en el campo, entre marañales y hablaban los dos por los
bosques del jardín, pero una tropa estaba la casa o...
Dio aviso a su padre le dijo entonces. Pasaron una hora
calle de Villanueva, y el caballero galante pero respetuoso
se limitó a aproximarse a la joven su impaciencia. Él
no se lo perdona como.

Y así con Emma en sus horas de solas se
saba la parte de su vida. Dado un momento de sa-
tisfacción de tener mejor que si las hubiera concurrido en
conquistas.

dar el camino de la vida, y reprimir a aquellas errantes
dores ligas que van fincación en confusión!. Desgraciada-
mente esto es un imposible. pero estoy ~~seguro~~ seguro de que al fin
de quedar de lo que fue, lo quizás lo bastante para con-
rar el fantasma de las felicidades perdidas!. Haber par-
tir a los mismos sitios en que esto ha nos ofreció a que al-
deramos, dejar este castillo que es un cubero para mi,
buscar y encontrar tal vez aquellos cubos que no es un
solo a los dos, que cada cual por sí es digno de ello
¡Joaquín y Rosaura!.

Y farijando en su mente es-
tas ideas, leyendo que Henis ya en su soltero un oficio
que le sacara de su maridado, todo un timbre apara-
ció su agudo de ~~camara~~ a lo de él. — Se paró todo
para un viaje que fuese en presencia.
— Señor, respondió el agudo de ca-
mara, pensad bien lo que hacéis es invierno; los nie-

-3-

res coronan los cerros y las almenas del castillo: viajar
en cabero. a pie en suelta. edad es peligroso. para. nues-
tro. salud.

Don Jaime. con acento imperativo le
replicó: - No importa.

El arriero se inclina respetuosa-
mente y se fue a preparar los equipajes.

III

Lejos de castillo de la Vega, cruzando bosques y caminos es-
caberos, llegó a una aldea en un cabero con Caspe a la ciu-
dad de Valladolid. llegar de sus aventuras juveniles, dicién-
donle a la calle de San Francisco en que se alojaba elegante-
la casa que habitara.

Ala entrada de ella supo por el portero que
a pie con felicidad en fondo de lo que se alegró sabien-
do las cosas y haciendo al dueño por donde se iba.

El Sr. de Brindos enseñándole varias habitaciones

[illegible]

En mi querido Sr. amigo, presento
mi memoria para un beneficio, pues lo sea me jura
fo. que se caluma con mi gente. En el ya me sea de fe,
pues como había en la casa de la casa de la casa
que había que un hombre y publicano se casa con una.

movimiento y yo no habian dado caso de este.

Como paraba siempre al Ministro no cumplia
 se con el caso que me pertenecia un sargento o antes de
 resolverle lo conte al Ministro y por fin le dije V. tiene
 que decidir por meritos o por sueldo.

Ento. que elegir un sargento me case
 y a los pocos meses en una revolucion de Sevilla le di
 por un balazo a mi hombre y me quedé sin un sar-
 gento tambien.

Despues, volviendo a cuando se venido
 a parar aqui a campare en esta fuerza, y la unica
 desgracia que me sucedo es haber encontrado a V. en ella
 aunque como V. ve los años no pasan un balon y yo no
 soy como era.

Don Carlos cruzo las manos en señal
 de dolor, y confiriendome a Publ. reconocio para si la
 verdad de aquella afirmacion. No es eso lo que fue.

cuanado tenía diez y seis años. Venella. muchacho. de tez
de rojo o rose. de largos brazos entre coracas de hermosa
figura, el pecho es el cuello con folio de listos azules y
blanco como uno. continúa a tener las mismas rebotaduras
de. en la. espalda de faz marchita, el cabeza canosa
y de coloración amarillenta. Del parado suyo solo
sucedio una vez. miembra. ~~el~~ Mealeito el tiempo que
foco lo amalo y lo cagaba! ~~el~~

—¿Quieres el secreto que se le avisó al
médico? preguntale si así y como él digiera que no
la cambiara se retiró llorando y acongojado.

-6-

samora que habia guiado la calera en el viaje, le ordeno que enganchara y se esperara a la puerta.

Pagot u. bebe estancia en la fonda y llamando a Jabel para despedirse de ella, le entregó un billete de propina que ella no quiso recibir y entonces

de las manos exclamo con voz temblorosa: — Ven acá, hija mia, han pasado cuarenta años y ya no somos los mismos ni tu ni yo, pero fuiste dulce ilusion de mi juventud y no puedo desahucarme de ti sin recordarte... y abayando a ella la beso en la frente como a aquella noche y los dos se despidieron sosegados.

IV

Don Cosme buscaba alguna compensacion a su feno, moraba en la calera y se dedicaba a la venta de mariscos de Maracaibo que llevaba de legua de Miraflores.

10: Pensaba no podía haber cambiado;
ella era intangible, incorrutable, imitable, como una
diosa olímpica - y el tiempo, vencido por su inmensura
fuerza, que había rendido a sus pies.

El caballero hacíase la ilusión de ver
por entero y completamente lo pasado y aunque go-
zaba a caballo sino en caballos concebidos a este pe-
ca importancia.

Llegó y paróse en lo quinto de
cubierta con aspecto estupefacto. Un berge de hierro
estaba demorándose y retorciéndose en unos rios de agua
que salían de la noche. La mano le sacaron furiosa-
mente y fue preciso que una libradora hija de aquel
que de otro tiempo cultivaba las tierras aumentase
a los caros para dar base al recién llegado.

Por donde significo su casa de ver
los jardines y aquel camino de limoneros que atraviesa

-7-

la puerta y el tabaco. le acompañe de buen grado.

¡~~Madre~~! las cosas habían desaparecido y estaban
cubiertas de polvos, los timones habían buroto
y habían plantado un su huaca para el embargo;
casi todos los marinos de la flota estaban ataca-
dos de gonorrea, uretritis y micción, y la casa prin-
cipal de que dependían las máquinas y las compa-
ñías iguales, y en unos otros ancianos los aconsejaba
la comitad y el pueblo, y me acordaba de las barcas.

Don Cosme el rescatador los espantó, querien-
do dar fe a sus fáblicas visiones, no se atrevió a preguntar
nada de lo que fue, pero lo hizo malograr su visita; di-
jo simplemente: ¡si lo cuenta Morúa!

¡Bah! respondió el dueño, y yo no se mara-
do con el. refirió a tiempos antiguos, y yo solo tengo cu-
arenta y dos años. Quien fuera Don J. M. no se me

padre que tiene ya ochenta años y este debe pasar cincuenta en esta lucha. No los saldré yo recibiendo y porque esto siempre malucho, encerrado en su cuarto y sentado en un sillón; pero a memoria no hay muchos que lo ganen.

— Quiero verlo buen hombre, le manifesté don Cosme, me interesa saber muchas cosas de los dueños que hace cuarenta años firman esta posesión.

— ¿Qué se le o comprado? preguntó el labrego algo escamado temiendo que al oírle de uno variase de personal.

— No, exclamó don Cosme, lo que se compraría de aquí no son las tierras, ni los prados, ni las patatas, ni no algo que no se me puede vender; lo recuerdo y los dichos de otros días.

El labrador se encogió de hombros, no pronunciando una palabra; y a los reiterados ruegos de don

Como le llevo a su casa - con permiso y le presento al octo-
gonario Pedro, que hacia ~~una figura~~ representado a la
reflexion ~~una figura~~ la cara de ~~la~~ que se capiron en las
circunstancias.

El antiguo labrador, el tío Pedro, como
llamaban en el pueblo al octogonario, al recibir
la visita de don Carmelo, se abstuvo mucho y contes-
tó a todas sus preguntas en silencio. Herorato sintiéndose
zandoso del ~~carpe~~ ^{mucho} silencio y a que le obligaban su
soledad y su reflexión.

¡Hao! sentido de ella con su temblo-
no; que triste es llegar a viejo y para tener una ve-
sta cosa! Esta yince - lo es ni su cambio; ¡Que
diferencia - de cuando la posia mi niño con
fuerza, acompañada de su hijo lo niño Pedro
ro! ¡Entonces la casa se veia con sus balcones
verdes abiertos al sol, y sus rosales de color, y sus jaz-

mineros entrechándose a las ventanas! ya recordas
v., lo primoroso de sus fachadas, donde la morada
tenia flores de todas clases, y la puerta rebosando ro-
sarios, y su larga calle sentada de limoneros en
filas...

El tio Pedro hizo una pausa, exultan-
do con su mirado el efecto que hacia en don Cos-
me este recuerdo; pero el se reprimio haciendo
el disimulado y el anciano continúo de esta ma-
nera...

— ¡Fiecos limoneros! ellos tuvieron
la culpa de que t. y la señorita Rosaura no se co-
saran... la verdad es que ella le llamo allí sin pi-
cardia... ¡Ea!... Era una santa. Era una
hija, sin caprichos y caritativa, que no cabia en
ella malicia ninguna. Era que t. iba todas las no-
ches a hablar con ella tras el porton de hierro, en

que una y otra hora y se dió sin duda: sin reflexio-
nar: que entre, y allí en un banco de piedra ba-
jó los limoneros podemes pelar la papa mas
agusto. Tanto y portandose como un catalano le re-
prendio sucesivamente su imprudencia, y ella ofendida
le escribió a la aldea siguiente de ^{San} Pineda; pero crea-
me lo a mi van a su todo, por que ella me lo con-
tata; la subido Chasaco - sperato, que lo volvier y lo
no volvier nunca mas.

Me pobe enojado y escurrea Mo-
rudo, perdio el apete, el que me demandan en un
arbo me preguntan. El Tio Lloro, dice lo que od-
ia. El de la Policia que si por un fin tragaba lo
contaba.

A esto se noto en la casa un cambio muy
sorprendente a una ruina. Los frutos se vendieron mal,
el Gobierno aumento las contribuciones, y tuvieron que pagar

de tarde y con recargas; lo mismo a durada. Tufo que
hizo fregar la finca a un carbonero en su negocio, y las re-
ditos se lo comían. Puse el plazo. El acreedor, no qui-
so dar promesa. y salió con una ejecución y vinieron
a embalar. ¡; Un día aquel el Del embargo mismo
se! El Juez gozó en vez de a cuenta todo lo que había
en la tienda, y luego dentro en la casa. y ~~la~~ fue mu-
cho con mucho. y con todo arrastró el delirio que
hubo, no sé cómo a las señoras mas que las camas y las
cortinas de lino. Cuando llegaron a un armario peque-
ño en que la señora Rosaura tenía guardadas cartas
de M. y un retrato, ella pidió de rodillas que se lo des-
paran. pero los bastardos aquellos no pidieron. caso de que
eran. Lloraron lo que había dentro, y se llevaron el mueble.
Cuando el mozo, si no hubiera sido por no mejorar
la cosa, sacó mi escopeta y empujé los tiros con toda ella.
No me me paró en las piernas y me puse mas sangran-

30. cuando salian, que aguzarle mi' puerro mastin que
le morcio en lo - puerro. El que como lo apuntó.

Cada uno como nativo - no lo está y con-
fintate comparado con lo que vino después.

Ya fines si le advierten al carbonero que
vino al canto de un mes a probar. Version de ella con
el Juggado, en el que iba el que como lo apuntó con
el puerro. Liado del moribundo; con cierto que me pre-
guntó si el uno estaría rabianito y yo le digo que si,
que había muerto de rabia, a lo cual el carbonero se
cubrió a un lado y los demás del Juggado se apartaron de
de la puerro. Pericla y lo mandaron al pueblo a que
lo viera otra vez el médico y lo viera una finchazo que
curaban la rabia. ~~ya pasaba el tiempo~~

Ya hacia el medio, carbonero y Juggado
medieron a la casa donde la señora y su hijo
abrazados lloraban triste mente y le dijeron que se retiraran.

11-
de la casa y de toda la puerta porque todo me de aquel
cañallero; ¡Para me dieron de darle una puñalada!
¡Sección! ellos como mandes coronarse
despidieron de mí y de mi mujer, de los árboles, y la se-
ñalito también los en puerto de flores que uso por últi-
ma vez como un llanto.

Al salir por el portón de hierro la amori-
ta Basaura, se abajó a los barcos donde solía poner sus
manos y los besó locamente diciéndoles; ¡adiós! ¡adiós!

1 Con la mayor frialdad entro el carbonero y
me cito quedando como si quisiera y como quisiera. Me
enfado y busco otro y dirigiéndome al puertecillo de flores
embredado a risotinas con estas y me mando que lo abra-
re todo, que allí plantara Yotata que me diera fuerza.
Lo mismo digo más allá en otro puertecillo de naves, se
demandando que se pusieran margaritas de pimientos. Nada
respondo: Para poner farra, digo cortar las limoneras del

plazo que parecia que se quezaban al golpe de la racha
y al finir la noche...

Y ya ve V. el carbonero acabo muriendo
pobre; la finca en manos de sus herederos esta con destre-
za, y una menzura habiendon que vive a Sevilla donde
tienen unas parientes de familia.

Ya no se como me va puesto con
estas cosas.

Don Cosme dio las gracias al Sr. Pedro
por todo el relato, le espuso las razones comerciales, y le
dijo - Buen punto ya se de saber que fue el con-
trato Rosaura y su marido. Mañana salgo para
Sevilla; formo este solo como recuerdo, y le doy un dij
de oro que solo a la fuerza pudo poner, que formara el
anillo.

Don Cosme habia pasado en Sevilla sus bellos

onas estudiantiles, y al llegar buco en antiguo alojamiento de la calle de la Reina frente a la finca, y el pasadizo de la Marquesa de La Motilla; pero, oh, Dios! también allí solo recuerdo del pasado triste respos. Las casas habian sido derribadas y se buscaban en sus solares los cimientos de otro edificio, que no tardaria para el albastrero me recuerda.

Se encamino en busca de uno de los grandes hoteles de la Plaza Nueva, y ya estaba con vertido en un Banco Hipotecario. Hasta los hermosos miradores de las balcones laterales de la plaza, habian sido arrancados por orden de uno de los jefes ecles.

Todo esto me recuerda lo que fue de la finca izquierda del faro central de la plaza. Antes de esto se llamaban, que decian su nombre de San de las Delicias al que los rodeaba, habian sido cortados tambien aquellos arboles de verdor eterno y de ro-

las formas y en las tardes primaverales, en vez de pollas
se enjaseaban de ginetas en caballos enjaezados a la andalu-
za y de lujosos coches tirados por poncos de casta española.
Se levantaban en alas raras hembras, solo mugaban
y se entrecruzaban rápidamente esas feos vehículos lla-
mados automoviles, que parecían tener los caballos por-
dentro y por encima capotas chatas y ridículas.

Don Cosme quiso dar un vistazo a la
Universidad en cuyos aulas cursaban sus primeros años
de derecho, pero solo encontró excrementos calcinados, le
habían pegado fuego los Barbaros de la Revolución;
los mismos que andaban a tiro y saqueos por todas
partes.

Sevilla, la alegre ciudad de la Corte del
Cero y de la Fiesta, quedaba en ruinas en un halo de tris-
teza profunda. Por donde iba, hasta los hombres carecían
de sus frases típicas y las mujeres de un provincial gracioso.

Estas impresiones alarmaron a don Corne sobre el objeto
de su viaje. Le vino a la cabeza eternamente joven y risue-
ño había con el tiempo perdido todo su valor, su en-
canto, ¿que no sería de Rosaura, después de cuarenta años com-
batida por la tristeza y los infortunios?; ~~Al~~ el tiempo to-
davía fe en su inextinguible delicia; se acordaba de haber
visto que Nemes de Lenclos, a los veinte años, rendía
los corazones de los jóvenes atenienses y brillaba como la
más hermosa. Entre las hermosas ¿había de ser menos
Rosaura, la de los de nardo y rosa, la de largos cabellos
negros envueltos del negro, la de formas esculpturales como
franca los tuos ~~de~~ ^{de china} ~~de~~ la de ojos de por-
firio, que en las ~~noches~~ ^{noches} oscuras mirando a los cielos nublados
desigaban las sombras que encandaban las estrellas?
Don Corne se dedicó en adelante a buscar
o donde fuese a su hijo, y teniendo indicios de que es-
tarian en Calano. Buscó la casa donde estaba la

portero mas viejo y esta le informo el fin de todo.
— ¡Dona Juana y la muchacha Rosaura?
se van, aqui han vivido en el piso tercero. ¡Que
buenas fueron con migo! ¡Pero las señoras de mi casa!
ya no pueden hacer nada por mi. Hace años que
murió la doña. Supieron mucho, fiesta escases y de-
nó Juana acaba enferma del pasado y la muchacha
Rosaura se fue a tísica galopante.

Don Cosme, pálido como un difun-
to tambaleándose y agarrándose a la pared no
quiere saber mas, le dio cinco duros a la portera,
y salió sostenido por su auido de camarero.

Tomaron un coche que pasaba vo-
cio. Mando don Cosme al auriga que le llevara
a una tienda de flores, y allí compró un magnifico
ramo de rosas clavel y azahar, en seguida le dijo
al cochero: — Llévame a la ciudad donde voy

los muertos. Como el cuerpo se quedaba fútil-
jo, lo arrojó: — Al cementerio hombre — y cor-
rió rápidamente el carruaje. 71

El convento vista una media
lejana de Lovello - Es un hermoso paraje don-
de abundan las flores, los arboles, y las estatuas,
tal que al entrar en el ~~convento~~^{el} caballero con su
criado exclamo este: - ¡Píior, eglando a qui-
cas magras e novirge.

Don Cosme recorrió las largas
filas de las tallas de nichos, sin encontrar los de
la madre y la hija; pero al volver, por la par-
te central del fronton ~~maestuario~~ se halló frente
a un ~~temple~~ del ~~marino~~ sobre el que había
una estatua de mujer de marmel también con
la mano apoyada en la mejilla, y codo sobre
un hazo de columna que le leía esta ins-
cripción:

Resauro!
¡Hija mía!

Don Cosme se arrodillo, depositó el ramo de flores sobre la tumba de Resauro y rezo largo tiempo fervorosamente.

Afuera; algunas nubes cubrían el cielo y como una lluvia menuda que al rodar por el haz de la estatua doliente de la madre ~~se resaca~~ ^{se resaca} llanto vertido de sus ojos.

El guardián del cementerio avisó que la puerta se iba a cerrar.

Don Cosme besó la lápida de Resauro y sostenido casi en peso por su aguda de canchales montaron en el carruaje y se encaminaron a Sevilla, mientras las nubes gozadas derramaban el agua a tormentes.

VII

Volvio don Cosme maltruchto y enfermo

a un castillo de los Celis. De su emersion a lo
que ~~parece~~ de su pasado, solo trajo ilusiones
vanesas, fugaces, vanas, y la traición de Pa-
uca que se le quedó clavada en el corazón.

Su enfermedad estaba pendiente de él,
y sus numerosos colonos acudían diariamente
a enterarse de su salud.

No eran estos encubiertos enemigos,
el propietario de las tierras aceptando el
momento de despegarse. Al contrario pedían
a Dios en sus oraciones le conservara la vida
para que siguiera haciendo buenas obras por
que hay que agradecer a un que nada diga de
ello. Tal principio es el viejo castillo no
era un propietario magnífico y caritativo.

Habia perdido el castillo y todas
las fincas de su comarca, de su fin el Comde
de los Celis, pero en vez de explotar con rentas su-

dados a los labradores de sus tierras, se los dio
a censo enfiteutico, por cantidades minimas,
anuales, con lo que el tenia muchas y seguras
entradas, y ellos llevaban sus hijos con muchos
fanegas y sus dejenzas con hospitalizos longos y
jalmores y ademas de sus ingresos propios con
como atendia a las enfermedades de aquellos
que llamaba hijos suyos a los regalos de bo-
cos de las muchachas, a las carceras y a los de las
uas, autos y fiestas de aquella gran colonia.

Don Carme enfermo y todo no
dejó de atender tambien de su propio recubio y en
lo posible a lo que traia de si habia deseado en los
pasados tiempos. Venerosamente reflexiono que aque-
lla Isabel a quien estrecho locamente contra al pe-
cho cuando joven, por sus actividades de muchacha
rustica no debia seguir viviendo de carcerera en
una fonda. Esto fue un cheque de venticin-

co mil pesetas y se lo envio con una carta en que
le decia que se quitara de vivir y que se comprara
una casita para habitarlo y solias tambien si
querias morar alquiladas y vivir de sus productos.

Enseguida como otro cheque de veinte
mil pesetas y lo remitio al tio y deo, para que
el y su hijo compraran a los herederos de la casa
Bonero la casa y marañal en que vivia y la casa
era pero a condicion de que not pudiesen poner
ni hipotecar la finca. y de que arrancaran las
patatas y los frijoles del Puerto y lo plantaran
de las rosas y claveles que antes tenia y por fin
de que quitasen las jarras del patio central
y lo pidiesen en nuevo de linconeros.

Al dia siguiente furre unas y carta

11976 **E** otro cheque de veinte mil pesetas que diri-
gio a un Arquitecto amigo mio de Michel
mar, encargandole que se comprase en el

armenterio un terreno alrededor de la tumba de
Araucano que le fuese en torno una artística
berza de hieno, y que pudiese plantar ^{la tierra} de limo-
nros y de flores.

Porasía no se olvido con su hijo Cu-
ra del pueblecillo que iba a decir. Misos pocos los
domingos en la Capilla del castillo. Mis V. sin
Cura. Las cosas van muy mal para la Iglesia y
yo no quiero que el pueblecillo y mis Colonos se
puedan sin Cura y sin Culto. He pensado y ma-
ñana lo hace ante Notario constituir una
pension vitalicia de quince pesetas anuales
para que V. y los Parrocos que le necesitan no
se queden en gran pobreza, vivan y cuiden el
Culto y del Templo, ya que sus feligreses son pobres
y no pueden atender a esas necesidades.

Y con efecto al día siguiente otorgo la escritura ante
un Notario que hizo llamar.

MTE

Debe

El médico que visitaba a don Cosme comunicaba sus malos augurios a la comunidad de la casa; pues el enfermo no tenía presente, asegurando que padecía una enfermedad del corazón incurable y peligrosa.

~~Para~~ Para ~~profesar~~ profesar a aquellas niñas como hermanas de la Caridad, tenía la guarda del castillo una preciosa y santa hija llamada Carmen, y apenas esta supo la terrible enfermedad de don Cosme se ofreció a cuidarle, se constituyó a su lado día y noche y le suministró medicinas y alimentos y don Cosme que gozaba la vocación de su enfermedad le llamaba Sor Carmen, a lo que ella consintió.

Toda la comunidad del castillo y colonos de la comarca se hacían lenguas de la sujeción

con que aquello santo joen unidase al caballero. 90

En pasaran pesnens con ataques
de shogo de don Conne, hasta que
avocado el cura y administrador los
Sacramentos, fallecio el pobre enfermo de un
colapso entre las lagrimas y las oraciones de Lar.
Camen., amocillada a sus pies las oraciones del
Cura auxiliandola a su cabecera y los gemidos
de la servidumbre ante su lecho mortuario, y
del pueblo que invadido el castillo.

El entieno del Caballero fue mo-
desto porque asi lo dispuso; pero hasta las pie-
ras de la comarca parecian haberse levantado
para ir tambien en su cortejo.

A los nueve dias se abrio el testa-
mento del finado en el que reconociendo y sati-
ficando sus deudas y pensiones nombraba en di-
comitante de sus bienes por terceras partes, a su

Haber

-B-

Debe

colonio, a. Isabel y a Don Esteban. Dejando a
plenitud legados a sus herederos.

Don Tome murio con un sob. menor
diciendo el de no haberse casado cuando joven
con Aurora...

Fin

